ELLA VALENTINE



Las lecciones de MR. REED

Las lecciones de Mr Reed

ELLA VALENTINE

1ª edición septiembre 2024

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stockimg

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

Epílogo

1

Ryan

—¿Y dices que te gusta el arte abstracto? Tengo algunos cuadros de Pollock colgados en el salón. Son unas reproducciones muy buenas. ¿Te apetecería verlas? —preguntó Katherine, la chica rubia a la que acababa de conocer en la barra de aquel bar.

Sentí un tirón en los pantalones. No había nada que me excitara más que encontrar una mujer con las ideas tan claras como las mías. Normalmente, para llegar a ese punto, tenía que mantener antes una larga conversación insustancial sobre temas que no me interesaban, lo que resultaba extenuante. Y más desde que trabajaba tantas horas que el tiempo disponible para el sexo y las mujeres se había reducido en un 90 %.

—Me encantaría, Katherine. ¿Vives muy lejos?

—Cruzando la calle.

Katherine colocó su mano sobre mi muslo izquierdo, y mi polla se sacudió ante su provocación. Aquello era bueno. Jodidamente bueno. Con un poco de suerte, ni siquiera tendría que ver a Pollock porque, para ser honesto, sabía de arte abstracto lo mismo que de astrofísica. Es decir, nada.

Katherine se excusó un momento para ir al baño, y yo pagué la cuenta. Echar un polvo aquella noche era justo lo que necesitaba. Estaba estresado y cansado. Esperaba que entre los muslos de aquella rubia el estrés y el agotamiento desaparecieran.

En aquel momento, noté la vibración del móvil en el bolsillo de mi americana. Debí ignorarlo. Ignorar llamadas es lo mío. Sin embargo, no sé por qué lo cogí y respondí.

Hoy, me pregunto qué habría pasado si no lo hubiera hecho.

Supongo que mi vida habría sido distinta.

Pero respondí la llamada, y la voz histérica de Easton estuvo a punto de reventarme los tímpanos. Ni siquiera entendí lo que decía, más allá de algunos insultos sueltos que capté entre los gritos.

—Tío, o hablas como una persona normal o te cuelgo —dije, alejando el móvil de mi oído.

—¡Esto es un desastre! ¡Un desastre! —exclamó, esta vez a un volumen mucho más aceptable.

Me acerqué el móvil al oído.

—No tengo mucho tiempo, así que será mejor que empieces a hablar y te dejes de lamentaciones.

—Lo siento, estoy muy nervioso. No consigo que Marie deje de gritar y Nora lleva llorando una hora sin parar. Las hormonas del embarazo la tienen fatal. —Marie era la hija pequeña de mi mejor amigo y socio. Le pusieron ese nombre por Marie Curie, y tenía tres años. Hacía unos meses, Nora volvió a quedarse embarazada, y desde entonces, Easton estaba al borde del colapso nervioso una media de dos veces al día, lo que se traducía en que apenas podía trabajar en nuestro negocio, y yo me veía obligado a hacer horas extras—. La cuestión es que me encuentro en una situación muy jodida, y tú eres la única persona que puede ayudarme.

—Ya ves. Teresa de Calcuta me llaman ahora —ironicé.

—Esta tarde reventó una cañería en la cocina y, cuando llegó el instalador, encontró amianto. Por lo visto, la casa está repleta de esa mierda, así que nos quedaremos en casa de mis cuñados mientras hacen la desinfección, lo que puede demorarse varias semanas. Y, tío, esto es una olla de grillos. Ya sabes que Becca y Holden tienen dos niñas, y luego también está mi suegra, que se rompió la pierna hace una semana y se mudó temporalmente aquí. —Soltó un suspiro lleno de frustración—. Literalmente, no hay ningún rincón de esta casa donde pueda estar solo y tranquilo.

—¿Y desde dónde llamas ahora?

—Desde el baño. Pero tengo a Marie aporreando la puerta para que abra, porque, por lo visto, mear en soledad es un lujo que como padre no puedo permitirme.

Reprimí una carcajada. Gracias a Easton, estaba empezando a valorar la opción de no tener descendencia.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti? —dije, intentando ir al grano, porque en cualquier momento regresaría Katherine del baño, y no quería que me encontrara hablando por teléfono.

—Necesito que vayas a buscar a Tessa al aeropuerto.

—¿Tessa? ¿Tu hermana?

—Pues claro, Tessa, mi hermana. ¿Qué otra Tessa podría ser? Su avión debe estar a punto de aterrizar y yo no puedo escaparme. De verdad que no puedo. Tengo que conseguir que Nora se calme. Desde que nos han dicho lo del amianto, la pobre está fatal. Ya sabes, quería dejar todo listo en la habitación del bebé y, con lo que ha ocurrido, a saber si podremos volver a casa cuando nazca.

Me froté las sienes y resoplé, dándome cuenta de lo que su petición significaba. Ir a buscar a Tessa suponía renunciar a la noche de sexo casual con Katherine. Y no es que tuviera nada contra Tessa. Tenía un recuerdo muy bonito de la Tessa adolescente a la que conocí, y estaba seguro de que la Tessa postuniversitaria sería igual de genial, pero, ¡joder, quería echar ese polvo!

—Oye, ¿y no le puedes decir que coja un taxi? Me pillas en un momento complicado.

—Podría, pero esto no es lo único que necesito que hagas por mí, amigo mío. —Cerré los ojos con fuerza, teniendo un mal presentimiento. Que me llamara así solo podía significar que lo que venía no sería nada bueno—. ¿Podrías acogerla en tu casa unas semanas? —Quise quejarme, pero empezó a hablar atropelladamente para impedir que lo interrumpiera—. Será muy poco

tiempo, hasta que encuentre un piso en el que vivir. Iba a quedarse con nosotros, pero con todo este jaleo del amianto es imposible. Y en casa de mis cuñados no puedo meterla.

En ese momento, Katherine regresó del baño. Se había retocado los labios y ahora lucían más rojos y mullidos que antes. Esos labios estaban destinados a hacer grandes cosas. Pero, lamentándolo mucho, no aquella noche. O, al menos, no conmigo.

¡Mierda!

—Está bien, iré a buscarla y la dejaré quedarse en mi casa —dije, refunfuñando antes de colgar el teléfono sin oír su respuesta. En aquel momento, Easton no me caía demasiado bien. Luego fijé mis ojos en Katherine, que se tocaba el pelo coqueta mientras me miraba—. Katherine, lo siento, pero me ha surgido algo…

***

Llegué al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy hora y media más tarde. Me retrasé más de lo normal en el trayecto por culpa de un atasco en el camino. El estrés y el cansancio seguían presentes, y a la fiesta se había sumado la frustración. Katherine se mosqueó bastante cuando le dije que me había surgido algo y que tendríamos que dejarlo para otro día.

Estaba claro que encontraría a otro interesado en el arte abstracto y que no habría otro día.

Me dirigí a la zona de Llegadas y empecé a buscar a Tessa. Según el panel, su avión había aterrizado hacía rato, así que debía de estar esperando en alguna parte. Recordaba a la chica de 18 años de la que me despedí antes de que se marchara a estudiar a California. Era delgada y tenía un rostro muy dulce. Desde entonces, solo habíamos coincidido de nuevo en la boda de Easton, y ni siquiera podía recordarla con claridad.

Le envié un mensaje a Easton pidiéndole su contacto y continué buscando por los

alrededores.

Podría estar en alguna cafetería o haber aprovechado para visitar alguna de las tiendas del aeropuerto; la cuestión es que ninguna de las personas que vi por la zona era ella.

Mientras esperaba con impaciencia la respuesta de mi amigo, me fijé en una chica que estaba de espaldas frente a mí, junto a dos maletas enormes. Llamó mi atención, por supuesto. La mía y la de cualquier hombre que estuviera a menos de un kilómetro a la redonda, porque era el tipo de chica que atraía miradas.

Tenía un cuerpo bonito, con curvas en los lugares adecuados, y sus piernas se veían kilométricas gracias a los tacones que llevaba. Vestía una minifalda vaquera que se ajustaba perfectamente a su culo ligeramente respingón, y un top que dejaba al descubierto una franja de piel en la cintura. Su piel estaba bronceada y lucía una larga cabellera oscura con mechas californianas.

Sentí curiosidad por verle la cara, así que pensé que no pasaría nada por avanzar un poco y mirarla mientras esperaba a que Tessa apareciera. Incluso podría acercarme a ella y pedirle el teléfono, ¿no? Así la noche no estaría perdida del todo.

Di unos pasos hacia adelante con disimulo y, cuando llegué a su altura, me giré un poco para mirarla. Tenía preparado un comentario elocuente para iniciar una conversación, pero las palabras quedaron atoradas en mi garganta cuando me topé con sus ojos verdes y la reconocí.

Y es que la chica que tenía frente a mí, aquel bombón de culo respingón y piernas kilométricas, era nada más y nada menos que Tessa Parker, la hermana pequeña de mi mejor amigo.

2

Tessa

Lo primero que pensé cuando mis ojos se cruzaron con los de Ryan fue que estaba soñando. En serio. No había otra forma de explicar que el mejor amigo de mi hermano y mi primer amor estuviera frente a mí en el aeropuerto. Creí que me había quedado dormida en el avión y que mi subconsciente me estaba jugando una mala pasada. A fin de cuentas, Nueva York siempre me traía recuerdos de Ryan y del amor unilateral que había sentido por él.

Tardé varios segundos en darme cuenta de que aquello no era un sueño y que realmente era Ryan quien estaba frente a mí. Habían pasado más de cinco años desde que decidí olvidarlo, y hacía tiempo que había superado mi antiguo enamoramiento, pero eso no hizo que el impacto fuera menos intenso. No me había preparado mentalmente para el encuentro. Sabía que iba a ocurrir, por supuesto, porque iba a trabajar en la empresa de Easton y Ryan, lo que implicaba tener que verlo a diario, pero tenía otra idea de cómo sería nuestro primer encuentro.

Para empezar, no habría estado recién bajada de un avión, con todo lo que eso implica, ni llevaría ropa tan poco elegante. Me había comprado varios trajes chaqueta y vestidos para el trabajo, en un intento de parecer una mujer adulta y profesional. Con aquella falda y el top con el nombre de mi universidad, me veía como una cheerleader de pacotilla.

—¿Tessa? —La voz de Ryan me sacó de mi aturdimiento.

—Ryan, ¿qué haces aquí? —pregunté con brusquedad.

Estaba molesta, muy molesta. Toda mujer tiene una fantasía muy concreta respecto al reencuentro con su primer amor, y esta pasa por sentirse bella e irresistible. Todo lo contrario de lo que sentía en ese momento. Ni siquiera me había retocado el maquillaje durante el vuelo, y teniendo en cuenta que había visto *La vida es bella* por enésima vez, y que, por enésima vez,

había terminado llorando a lágrima viva, debía de tener el maquillaje corrido como un mapache.

—He venido a buscarte. ¿Easton no te dijo nada?

Negué con la cabeza.

—Llevo desde que llegué intentando ponerme en contacto con él, pero no responde ni a mis llamadas ni a mis mensajes.

—Ya veo… —Soltó un suspiro cargado de cansancio—. No se lo tengas en cuenta. Digamos que tu hermano no está teniendo un buen día. La cuestión es que me pidió que te recogiera, y aquí estoy. —Sonrió—. ¿Abrazo?

No esperó a que asintiera; se acercó a mí con los brazos abiertos e invadió mi espacio personal. Me quedé rígida mientras me abrazaba, incapaz de corresponderle. Su olor, una mezcla de perfume caro, jabón cítrico y su aroma personal, me envolvió por completo y sentí un ligero mareo. ¿Cómo era posible que su olor no hubiera cambiado ni un ápice en todo ese tiempo? Seguía oliendo igual y seguía provocándome la misma reacción de descontrol.

Ni aquellos cinco años lejos de él habían podido cambiar eso: su olor me estremecía de arriba abajo y me aceleraba el pulso.

—Me alegro de volver a verte, peque. Apenas puedo reconocerte —susurró en mi oído.

Peque. Para él, yo siempre fui una niña. La hermana pequeña de su mejor amigo. Nada más.

Cuando rompió el abrazo, volvió a mirarme a los ojos, y yo intenté mantener una expresión neutral, pero no conseguí sostenerle la mirada por mucho tiempo. Me puse a la defensiva.

—Lo mismo digo. Yo tampoco puedo reconocerte. Te ves mayor. ¿No son eso patas de gallo? —Señalé su cara fingiendo preocupación—. Deberías mejorar tu rutina facial.

—¿Eso es lo primero que tienes que decirme después de tanto tiempo? —Hizo un mohín.

—Lo siento, tienes razón. Olvidé las convenciones sociales. —Forcé una sonrisa—. ¿Cómo estás, Ryan? ¿Cómo te han ido las cosas?

—No tan bien como a ti, por lo que veo —murmuró apartando la mirada con un carraspeo. No entendí lo que quiso decir—. En fin, ¿vamos? Tengo el coche en el aparcamiento.

Cogió una de mis maletas y me indicó que lo siguiera por el aeropuerto hasta su coche. Caminamos en silencio, un silencio tenso que ninguno de los dos supo romper. Yo tenía las emociones desbordadas después de aquel encuentro inesperado; lo único que quería era llegar a casa de mi hermano y meterme en la cama.

—Por cierto, hay algo que aún no te he dicho —comentó una vez que nos subimos al coche.

Lo miré de soslayo mientras metía la llave en el contacto y arrancaba el motor.

—¿El qué?

—La casa de tu hermano está inhabitable. Vas a tener que vivir conmigo las próximas semanas.

***

Durante el camino, Ryan me explicó lo del amianto. No es como si pudiera prestar demasiada atención a lo que decía, porque intentaba procesar el hecho de que iba a vivir con él. ¡Íbamos a compartir el mismo techo! ¿No era una locura?

Quería matar a mi hermano por haber planeado aquello sin consultarme. Tenía 24 años, era una mujer adulta, ¡era yo la encargada de tomar mis propias decisiones! Decidir dónde vivir y con quién era asunto mío. Lo había siempre. ¿Por qué se entrometía ahora?

Cuando llegamos al apartamento, ni siquiera pude disfrutar de lo bonita que era la decoración, porque mis pensamientos estaban atascados en el mismo punto: iba-a-vivir-con Ryan.

Años atrás me había marchado literalmente a la otra punta del país para olvidarlo, y ahora me veía obligada a vivir con él hasta que encontrara otra cosa. No tenía ni idea del tiempo que

me llevaría, teniendo en cuenta que quería algo en Manhattan, los precios estaban por las nubes y mi presupuesto era limitado.

Al menos el piso de Ryan era enorme, el típico loft neoyorquino, con paredes de ladrillo visto y cocina abierta al salón. Es decir, si hubiéramos tenido que compartir uno de esos apartamentos minúsculos, con una sola habitación tan común en la ciudad, la situación habría sido aún peor, así que no podía quejarme. Además, la habitación en la que iba a quedarme era amplia y estaba bien equipada, con una cama doble, un armario empotrado y un escritorio.

—Instálate mientras preparo algo para cenar. Imagino que tendrás hambre.

Quise decirle que no, solo por el placer de llevarle la contraria, pero se marchó antes de que pudiera responder. Y, bueno, la verdad es que sí estaba muerta de hambre. La comida del avión sabía a cartón y apenas había probado bocado.

Aproveché ese rato para vaciar las maletas y colocar todo en el armario. Luego, regresé al salón, donde cené el sándwich de pollo que Ryan me preparó. Hablamos un poco sobre esto y aquello, nada importante, y luego me excusé con la intención de volver a la habitación y descansar, aunque estaba segura de que aquella noche no conseguiría pegar ojo. Porque iba-a-vivir-con-Ryan.

—Nos vemos mañana, Ryan. Que descanses.

Me di la vuelta para alejarme, pero escuché su voz.

—Descansa tú también, peque.

Sentí un pinchazo en el corazón.

Peque.

Peque.

Cinco años atrás, me llamaba así siempre, y a mí me gustaba porque era un mote cariñoso. Sabía que él me veía como a una hermana pequeña, y me conformaba con ser eso. Mejor ser su

hermana que no ser nada. Pero… las cosas habían cambiado.

Me detuve en seco y me giré para enfrentarlo.

—¿Podrías dejar de llamarme de esa manera? Ya no soy ninguna niña.

—Oh. —Pareció sorprendido por mi reacción—. Perdona, es una vieja costumbre.

—Pues no me gusta. Tengo un nombre; llámame por él. —Soné borde, aunque no me di cuenta del tono hasta que lo vi levantar las manos en señal de paz.

—Vale, vale, tomo nota.

Volví a girarme con la intención de marcharme de una vez por todas, pero la voz de Ryan me retuvo una vez más.

—Te he echado de menos… Tessa.

Nuestras miradas se cruzaron y su sonrisa se torció un poco, lo suficiente para acelerarme el corazón.

¡Maldito corazón! ¿Quién le daba derecho a latir tan rápido sin mi permiso?

Me limité a mover la cabeza en un asentimiento, fingiendo indiferencia, y finalmente conseguí llegar a mi cuarto, donde dejé escapar el aire que, sin saberlo, había estado reteniendo.

¿Y se suponía que debía pasarme semanas en esa situación?

¡No podría soportarlo!

Al día siguiente, empezaría la búsqueda de piso.

Porque ya no sentía nada por Ryan, pero los recuerdos del pasado aún estaban demasiado vívidos, y corría el peligro de confundir las cosas.

Y no pensaba permitirlo.

3

Tessa

10 años atrás

Observé el edificio residencial donde se alojaba mi hermano y contuve las lágrimas tanto como pude. No sabía si solo me pasaba a mí, pero cuando las cosas iban mal, era muy capaz de controlar las emociones hasta estar frente a Easton. Entonces todas salían, derramándose y formando un caos tremendo. Me preguntaba cuántas veces habría asustado a Easton con la intensidad de mis sentimientos, pero no me importaba demasiado, en realidad, porque todo iba mal y necesitaba que me abrazara y me consolara, al menos un poco.

No podía escapar de ella. De mamá. Lo sabía. Tampoco quería, aunque en días como aquel sintiera que me asfixiaba el hecho de tener que vivir bajo su mismo techo. Mi madre era una mujer enferma, no es que me odiara, es que… es que tenía muchos problemas. Quería verlo así porque sabía que era lo lógico y racional, pero habíamos tenido una discusión terrible y me había gritado cosas tan feas que no había podido soportarlo.

Me fui hasta Cambridge en busca de mi hermano intentando conseguir… nada. No sé. ¿Un abrazo, tal vez? Estaba desesperada. Y triste. Era una mala combinación tener solo catorce años y tendencia a magnificar los sentimientos.

Entré en el edificio y fui directamente hacia la habitación que tenía anotada. Easton me había dado la numeración tiempo atrás por si alguna vez podía visitarlo pero, hasta el momento, no lo había hecho. Me recoloqué la mochila sobre el hombro y avancé hasta llegar a una puerta de madera lacada. Toqué con los nudillos y contuve las lágrimas. Tenía que ser fuerte, no podía echarme a llorar nada más verlo porque se iba a asustar y preocupar. Yo quería demostrarle a

Easton que era capaz de confiar en mí para cuidar de nuestra madre y me pregunté si no habría sido una mala idea ir a verlo.

La puerta comenzó a abrirse y yo aflojé la tensión automáticamente al pensar en mi hermano pero, cuando estuvo abierta del todo, no me encontré con él, sino con el chico más guapo que había visto nunca. Y había visto muchos chicos. Como adolescente de catorce años, de hecho, pasaba mucho de mi tiempo mirando a los chicos de mi alrededor. Pero ninguno era como él, eso seguro. Tenía el pelo castaño como muchos otros, pero al mismo tiempo era único. Y sus ojos eran de un azul tan intenso que, por un instante, me pregunté si no podría ver el mar al mirarlo fijamente. Era alto y fornido y al sonreír se le marcaba un pequeño hoyuelo que casi me cortó la respiración.

—Ho-hola. —Odié cada letra que dije tartamudeando como una idiota—. Busco a Easton.

Me felicité a mí misma por conseguir decir una frase de tres palabras de una vez, pero solo hasta que él aumentó su sonrisa y se apoyó con los brazos cruzados en el marco de la puerta.

—Easton, ¿eh? ¿No eres demasiado joven para él?

—Soy su hermana.

Fui tajante porque la idea de que pensara que era algún tipo de ligue de Easton era bastante repulsiva por distintos motivos. Él se puso serio de inmediato y estiró una mano en mi dirección.

—Soy Ryan, ¿cómo estás? Pasa, tu hermano está trabajando, pero puedes hablar conmigo.

Ryan. Había oído hablar de él un sinfín de veces. Mi hermano no dejaba de nombrarlo en casi cada conversación que teníamos. Decía que era buena persona, que por fin sentía que había hecho un amigo y, alguna vez, incluso me había dicho que le encantaría que lo conociese. Lo que había omitido es que Ryan era prácticamente perfecto físicamente. Suponía que Easton, siendo heterosexual, no se había fijado, y tampoco estoy segura de que me hubiese hablado del os atributos físicos de su amigo en otro caso, pero estaba allí, sentada en la cama que se suponía que era de Easton y mirando de frente a un chico que iba a provocar muchas fantasías en mí, estaba

segura.

—¿Va todo bien?

Yo era una chica desconfiada por lo general. La enfermedad de mi madre había forjado en mi hermano y en mí un carácter que a veces podía ser brusco y desagradable. Tenía catorce años pero no poseía las preocupaciones típicas de las chicas de mi edad. De hecho, hablar con ellas me resultaba tedioso. Y no lo decía porque me sintiera especial. Ojalá hubiera sido como ellas. Ojalá me hubieran interesado las mismas cosas que a ella, pero no. A mí solo me interesaba que mi madre tuviera un buen día y ese, por ejemplo, no fue el caso.

Se lo conté a Ryan. No sé por qué. Creo que fue porque sabía que Easton confiaba en él, así que decidí que yo también lo haría. A su favor diré que ya había oído hablar de mi madre, era evidente porque había cosas que no le sorprendían, pero se mantuvo serio y me escuchó todo el rato mientras le contaba la pelea a gritos que habíamos tenido porque ella se negaba, de nuevo, a tomar su tratamiento.

Cuando acabé estaba exhausta. No había llorado, por fortuna, porque habría odiado verme aún más infantil a su lado, pero estaba agotada.

—Debe ser muy difícil convivir con ella.

—La mayoría de los días entiendo que es una persona enferma, pero otros es lo peor, te lo juro.

—Te entiendo. Y si te sirve de algo, creo que lo estás haciendo muy bien, peque. Tu hermano está orgulloso de ti, siempre me lo dice. Y ahora que te conozco, yo también lo estoy.

Aquello llenó mi pecho de una satisfacción estúpida, porque yo no conocía a Ryan ni debería sentir su aprobación como algo digno de celebrar, pero tenía catorce años, el chico era guapísimo y el simple hecho de que me oyera sin juzgarme y me dijera que me entendía servía para que mi autoestima se viera un poquito reforzada.

—El problema es que vuestro orgullo no me sirve para manejarme con ella —dije con una sonrisa triste.

—No, eso es cierto, y ojalá pudiera hacer más por ti, pero ¿sabes qué hago yo cuando he tenido un día de mierda?

—¿Qué?

—Me voy a mi hamburguesería favorita y me como la hamburguesa más grande y grasienta que pueda encontrar. Si consigues que te duela el estómago, tus pensamientos variarán.

Como consejo no era gran cosa y, por lo delgado que estaba, se notaba que hacía mucho deporte, pero cuando Ryan me ofreció invitarme a una de esas hamburguesas, no me negué.

Fui con él por la residencia, observé cómo saludaba a las chicas y, sobre todo, cómo lo saludaban ellas a él, y fui consciente de que Ryan era un ligón. No me sorprendió. Los chicos así de guapos y simpáticos eran populares. Lo que sí me sorprendió fue que una chica lo paró y, cuando intentó sumarse a nuestro plan, Ryan la frenó.

—¿Por qué no has dejado que venga? —pregunté mientras caminábamos.

—Esta es una cena de amigos.

—¿Somos amigos?

—Claro que sí, peque.

Algo en mi pecho se hinchó de un modo estúpido e incontrolable. Tanto que apenas fui capaz de acabarme la hamburguesa que Ryan me pidió cuando llegamos al restaurante.

Comimos y luego, como Easton aún no había llegado, se ofreció a llevarme a casa. Lo permití, porque pasar más tiempo con él era tener más tiempo para verlo y disfrutar de su compañía, y durante todo el tiempo que duró el trayecto fui pensando en lo guapo y amable que era. Y lo listo, gracioso e inteligente.

Para cuando llegamos a casa y volví a la realidad, enfrentándome al hecho de que tenía que

regresar con mi madre enferma e irascible, ya sabía que mis días habían cambiado para siempre, porque desde ese mismo instante Ryan ocuparía gran parte de mis pensamientos y fantasías.

4

Ryan

La mañana siguiente a la llegada de Tessa estaba en la cocina intentando no quemarme con la masa de las tortitas. El día anterior había estado un poco irascible y estaba seguro de que era por la sorpresa de saber que tenía que vivir conmigo. Conocía a Tessa. Odiaba importunar o molestar, así que era comprensible que la noticia la hubiese pillado desprevenida, pero estaba dispuesto a solucionarlo haciendo algo que en el pasado siempre le encantaba: tortitas con forma de estrellas.

El problema era que no tenía un molde y, al parecer, mis habilidades no podían ayudarme a hacer una estrella de tortita sin que esta pareciera deforme.

Tessa salio del dormitorio vestida con un traje mucho más formal que el día anterior. Estaba impecable. Su maquillaje era sobrio pero natural. Su pelo estaba suelto y era… preciosa. Me recriminé inmediatamente por pensar esto último así que mostré el plato de tortitas que ya tenía hecho.

—Buenos días, ¿cómo vas de hambre? He hecho tu desayuno favorito.

Ella se acercó, observó el plato y, por un instante, pareció sorprendida. ¿O debería decir “confusa”? Me miró y luego, para mi sorpresa, se echó a reír.

—Están muy… originales, pero ya no desayuno tortitas.

—Ah ¿no? ¿Y qué desayunas?

—Café.

—¿Y qué más?

—Nada más. Solo café. Mucho café.

Fruncí el ceño de inmediato.

—Deberías comer algo. Lo necesitas para…

—¿Para qué? ¿Crecer?

El tono de sorna de su voz me hizo fruncir el ceño más aún. La miré. Desde luego estaba muy bien crecida, pero eso no podía decirlo así que me limité a señalar la cafetera.

—En el armario hay termos, por si necesitas alguno. —Me hizo caso. Cogió uno, lo llenó hasta arriba y se dirigió a la puerta—. ¡Eh! ¿A dónde vas?

—Al trabajo. Ya he pedido un taxi.

—¡No necesitas un taxi! Podemos ir en mi coche. De hecho, ni siquiera tendrías que ir hoy al trabajo. Puedes tomarte unos días para…

—No, gracias, estoy impaciente por empezar a trabajar para Easton y para ti. Y no te ofendas, pero no creo que llegar en el cochazo del jefe me haga ningún favor a la hora de hacer amigos entre mis compañeros. —La miré sin saber qué decir. Al parecer no hacía falta, porque Tessa siguió hablando—. Estoy muy ilusionada con esta oportunidad, Ryan. Y muy agradecida con vosotros.

—No tienes por qué dar las gracias. Estamos seguros de que serás muy valiosa y eficiente en la empresa.

Lo decía de verdad. Tessa iba a ayudarnos a desarrollar la aplicación médica que Easton tenía pensada para ayudar a la gente con enfermedades como la de su madre. Una App que sirviera para hacer un seguimiento de sus medicamentos, síntomas, posibles dudas e, incluso, tuviera un botón de emergencia que conectara directamente con especialistas de la salud que pudieran ayudar a las personas enfermas en caso de necesitarlo. Tessa se había especializado en Ingeniería biomédica, así que era un recurso de gran valor para la empresa.

—Bueno, me gusta ser eficiente.

—Deja el taxi —insistí—. Ven conmigo.

—No, gracias. Me gusta ser eficiente y me encanta ser una mujer adulta y funcional. No necesito que seas mi chófer. Ni mi cocinero de tortitas con forma de estrellas. No soy una niña, Ryan. Hace mucho que dejé de serlo.

Salió de casa sin darme tiempo siquiera a despedirme. Observé la puerta con la boca abierta, la paleta de haber cocinado las tortitas aún en la mano y una sensación que no sabía cómo descifrar. La confusión llenaba mi cabeza y eso era malo. Muy malo. Porque en lo referente a Tessa Parker, lo único que debía llenar mi cabeza era el cariño fraternal.

***

Llegué a la empresa un poco tarde y con dolor de estómago después de comerme todas las malditas tortitas porque no iba a tirarlas, pero tampoco sabía qué hacer con ellas. Estaba de mal humor, pero no sabía por qué.

Bueno, sí, porque mi queridísimo amigo y socio, Easton, había metido en mi casa a su hermana y se había desentendido del todo. Podía entenderlo, de verdad, comprendía muy bien los motivos por los que Tessa estaba bajo mi techo pero eso no hacía que las cosas fueran más sencillas. No lo eran, porque ella era una mujer que, al parecer, no tenía nada que ver con la adolescente adorable a la que yo estaba habituado, así que no tenía ni idea de cómo lidiar con la situación. Y todo empeoró cuando entré en la empresa, pasé por la sala de descanso para tomar un café y la vi hablando con varios trabajadores como si llevara un siglo trabajando allí. ¿Cuánto tiempo podía llevar allí? ¿Una hora? ¿Cómo podía haber hecho amigos tan rápido?

—Buenos días —saludé.

—Hola, jefe —dijo Cindy, una de mis trabajadoras—. Qué buen fichaje —dijo señalando a

Tessa, que rio encantada—. Viene dispuesta a hacer grandes cosas.

—Así es —confirmó la propia Tessa—. Estoy lista para trabajar duro.

Aquello no debería haber hecho que tuviera pensamientos… raros. No, no debería, pero allí estaba.

—Vamos, te enseñaré las instalaciones —dije en un tono un tanto brusco.

—Oh, no te preocupes, Adler se ha ofrecido nada más que he llegado y ya lo he visto casi todo. Hemos parado al ver la máquina de café, porque el pobre Adler sufre de insomnio últimamente y necesitaba cafeína, pero ahora seguiremos viendo el resto.

—Adler necesita cafeína, ¿eh? —murmuré.

—Sí, exacto. Yo estoy bien servida porque preparé mucho café en casa. —Sonrió dejándome claro que no pensaba decir que, en realidad, esa casa era la mía y ese café lo había hecho yo.

Lo dejé pasar. Después de todo, estaba ocupado mirando a Adler, el becario, y entrecerrando los ojos con cierta sospecha. El modo en que podía visualizar la adoración que ya sentía por Tessa no era, ni de lejos, enternecedor. Era más bien incorrecto e inapropiado. Se sentía atraído por ella, solo tenía que ver cómo la miraba, y eso me cabreaba porque ella era la hermanita pequeña de mi amigo. ¡Y aquel era un lugar para trabajar, maldita sea! No para ligar. Quería decir algo que les dejase claro que no se permitían las relaciones íntimas en la empresa, pero no tuve ocasión, porque Tessa se colgó literalmente del brazo de Adler y le sonrió de un modo que hizo que a él le temblaran las piernas. No lo había visto, pero estaba bastante seguro de ello.

—¿Me enseñas la terraza? Es lo que me falta y mi hermano siempre presume de las vistas que se ven desde ahí.

—Claro que sí.

—Te la enseño yo —le dije—. Justo voy a pasar por allí.

Era mentira. No iba a pasar por allí. ¿Para qué demonios querría pasar por la terraza para ir a mi despacho que estaba en aquella planta? Pero por alguna razón no quería que fuera con Adler. No me fiaba de él.

—Oh, no te preocupes, jefe. Estoy segura de que a Adler no le importa guiarme y enseñarme todo lo que no sé.

Aquello sonó raro. Sonó… sonó raro. no quise pensar en ello, pero cuando Tessa salió de la sala de descanso sin siquiera mirarme empecé a preguntarme si no estaría molesta conmigo por algo. No sabía qué podía haber hecho, pero aquella mujer se alejaba demasiado de la imagen que tenía de la dulce y tranquila Tessa. Y estaría bien si fuera porque ahora era así, pero algo me decía que había más.

Pero ¿qué? ¿Qué podía haber hecho yo para enfadar a la hermana pequeña de mi mejor amigo?

5

Tessa

Cuando mi hermano me explicó que la casa de sus cuñados era una olla de grillos, pensé que estaba exagerando. Easton tendía a magnificar las cosas; era uno de sus defectos más destacados. Cuando era pequeño y se hacía un rasguño, aseguraba que se desangraría o que sufriría una sepsis que afectaría su cuerpo de manera irreversible. Easton era así, y lo quería a pesar de su dramatismo, así que cuando llegué a casa de Becca y Holden, sus cuñados, estaba convencida de que me encontraría con una situación que no resultaría tan crítica. Error.

Aquello era incluso peor. Por una vez, mi hermano se quedó corto.

Nada más entrar por la puerta de la casa, la cabeza de un poni de color naranja salió volando en mi dirección y se estampó contra la puerta de la entrada, a escasos centímetros de mi cara. Detrás del poni llegó mi sobrina Marie, seguida de Anne, a quien reconocí como la hija menor de los King.

—¡Le has roto el cuello a Sunny! Te dije que tuvieras cuidado —dijo Anne, al borde de las lágrimas, mientras intentaba insertar la cabeza de la tal Sunny en el resto del cuerpo.

—Solo quería ver cómo era por dentro —dijo mi sobrina con un encogimiento de hombros.

Mi sobrina de tres años tenía la manía de desmembrar sus juguetes para, según ella, ver cómo funcionaban por dentro. Tenía ese tipo de mente analítica, y su forma de jugar era, digamos, poco convencional.

Al percatarse de mi presencia, Marie saltó a mis brazos y me llenó de besos.

—¡Tíaaaa! Ya estás aquí. Mamá dijo que me dejaría comer helado cuando llegaras. —Me cogió de la mano y me condujo hacia el salón.

—¿Puedes quedarte con ellas un momento? Necesito ir al baño —me pidió Becca, quien me

había abierto la puerta.

Le dije que sí, apiadándome de la pobre. Tenía la cara desencajada. Si yo hubiera estado en su lugar, también habría querido ir al baño. No para desahogar ninguna necesidad fisiológica, sino para escapar de aquel caos, aunque fuera durante unos instantes.

Aquello parecía una gymkana con tantos juguetes por el suelo. O debería decir trozos de juguetes, porque mi sobrina se había encargado de desmenuzarlos todos. Era como Jack el Destripador, versión niña de tres años.

En el salón, la situación no mejoró mucho. Sentada en el sofá, jugando a la consola, estaba la hija mayor de los King, Lizzy, que ya rozaba los nueve años, y que me saludó con un movimiento de mano sin apartar la mirada del televisor.

Desde allí se podía ver el interior de un despacho cuya puerta estaba abierta, y atisbé a Holden, el cuñado de mi hermano y uno de los empresarios más importantes de Nueva York. Hablaba por teléfono y parecía visiblemente nervioso, cosa que no me sorprendió en absoluto, teniendo en cuenta que Lizzy tenía el volumen a tope, Anne había empezado a llorar desconsoladamente por el destino de su poni preferido, y Marie no dejaba de gritar emocionada lo grande que sería el helado que se iba a comer.

Vamos, para volverse loco.

Mi hermano y Nora aparecieron entonces, discutiendo. Discutir formaba parte de la dinámica de su relación desde el principio. Por lo que alcancé a escuchar, Nora quería denunciar a la agencia que les vendió el piso por omitir en las especificaciones la presencia de amianto, y Easton no quería meterse en un litigio que probablemente perderían. Fuera como fuese, el ambiente ya de por sí cargado se volvió aún más irrespirable.

—¡Mami! ¡Mami! ¡La tía ya ha llegado! ¿Me das el helado? —preguntó Marie.

—¡Marie ha roto mi poni! —lloriqueó Anne.

—¡He perdido la partida por vuestra culpa! ¡No puedo concentrarme! —se quejó Lizzy.

La puerta del despacho de Holden se cerró de un portazo, demostrando que probablemente su paciencia había llegado al límite. No pude culparlo. Me pregunté si quedaría alguien cuerdo en aquella casa.

***

—Siento no haber ido al aeropuerto por ti ayer, Tessa. Pero ya ves cómo están las cosas aquí —dijo Easton un rato después.

Después del portazo de Holden, la madre de Becca y Nora salió de su habitación y puso firme a todo el mundo. Aunque la pobre iba en muletas y apenas podía moverse, consiguió reconducir la situación de forma admirable. Dio helado a Marie, obligó a Lizzy a subir a su habitación y logró que la cabeza de Sunny volviera a su lugar. Aquella mujer se había convertido en mi heroína.

Aprovechando la calma repentina, mi hermano sacó un par de cervezas de la nevera y me pidió que lo siguiera hasta el jardín trasero. Nos sentamos en dos tumbonas, dejando que los rayos del sol de la tarde nos acariciaran la cara.

—Lo entiendo, pero no debiste haber enviado a Ryan en tu lugar. Además, no me parece bien que le pidieras que me acogiera en su casa sin consultarme antes.

Mi hermano me miró sorprendido tras dar un sorbo a la cerveza.

—Pensé que te caía bien. Antes de marcharte a California te encantaba pasar tiempo con él y solías decir que era como un segundo hermano para ti.

Claro, solía decir eso porque no podía decirle la verdad: que estaba loca e irremediablemente enamorada de Ryan. Así que lo disfrazaba con un falso amor fraternal.

—Pero han pasado años desde entonces. Y mi presencia en su casa debe importunarlo. En todo caso, no debiste tomar esa decisión sin tenerme en cuenta.

—No es como si hubiera tenido más opciones, Tessa. La alternativa era que te quedaras durmiendo en el sofá de esta casa, y ni siquiera era una alternativa, porque te quiero y eso supondría tu ruina.

Asentí; ni de coña iba a quedarme.

—Bueno, en todo caso ya estoy buscando piso. Espero mudarme pronto —musité, enfurruñada.

Ver a Ryan me afectaba. Mucho. Demasiado. Y no quería dejarme confundir. Me había costado demasiado olvidarlo.

Suspiré al terminar mi cerveza y dejé el botellín en el césped. Había una piscina vallada que en ese momento estaba cubierta, y pensé que sería agradable tomar un baño allí en verano. Se notaba que los King tenían dinero. Solo alguien con una situación económica como la suya podía permitirse una casa como aquella en el corazón de Manhattan.

Sabía que no podía quejarme de mi propia situación económica, pues en los últimos años, y gracias a la ayuda de Easton, había mejorado mucho, pero a veces me preguntaba cómo debía sentirse la gente que nacía y crecía en una familia normal, con padres normales que no estuvieran enfermos y a los que tú, como hijo, no tuvieras la responsabilidad de cuidar.

Sabía que ese no había sido el caso exacto de Holden, porque sus padres habían muerto cuando él era demasiado pequeño, ni de Becca, cuyo padre arruinó parte de su infancia también, pero sí que era el caso de la mayoría de la gente que conocía.

Y esa reflexión me llevó a pensar en mamá.

Las cosas habían mejorado mucho en los últimos tiempos. Ahora estaba en una residencia de lujo que Easton pagaba, rodeada de profesionales que se encargaban de que tomara su

medicina y que la ayudaban en sus crisis. Al principio, costó convencerla de que aceptara mudarse de casa, pero cuando vio en el folleto que la residencia parecía más un hotel de cinco estrellas que un asilo, le faltó tiempo para hacer las maletas.

—¿Has visto a mamá últimamente? —pregunté a mi hermano, que también había terminado su cerveza y cerraba los ojos al sol, con expresión relajada.

—Sí, fui la semana pasada y la encontré coqueteando con el hombre de la habitación contigua. —Sonrió—. Quién sabe si dentro de poco nos anuncia que tenemos nuevo papá.

—Agh —me quejé, provocando que él se riera—. Calla, eso sería demasiado raro.

—Es joven, tiene derecho a volver a enamorarse.

—Sí, supongo que sí —concedí, pues por mucho que la imagen mental de mamá con un hombre me provocara rechazo, tenía que aceptar que tenía todo el derecho a ser feliz.

—¿Y tú qué? ¿Cuándo vas a enamorarte? —preguntó, abriendo uno de sus ojos para mirarme—. Nunca te he visto suspirar por nadie.

Me dieron ganas de decirle que no me había visto suspirar por nadie porque tenía la intuición de una piedra, porque siendo adolescente me pasaba los días suspirando por Ryan, tanto que más de una vez el propio Easton me había llegado a preguntar si estaba enferma. En lugar de eso, fingí indiferencia y lo imité, cerrando los ojos con el rostro hacia el sol.

—Enamorarme no entra en mis planes. Antes quiero experimentar.

—Creo que prefiero no saber lo que significa eso. —Aunque tenía los ojos cerrados, pude imaginar su mueca de asco.

Yo me limité a reírme mientras me concentraba en ese pensamiento. En California había tenido mis rollos, pero estaba tan concentrada en mi carrera que apenas los había disfrutado. De vuelta a Nueva York, esperaba que eso cambiara.

Porque enamorarme no era una prioridad, pero disfrutar del sexo sí lo era.

Quién me hubiera dicho a mí que una cosa iría de la mano de la otra.

6

Tessa

El agua del efecto lluvia de la ducha tipo spa caía sobre mi cabeza aportándome paz y claridad mental. Bueno, más de lo primero que de lo segundo. Porque desde hacía varias horas la claridad mental había salido volando por la ventana. No entendía muy bien que le pasaba a mi cabeza con Tessa, pero esperaba que toda aquella contrariedad desapareciera pronto, porque me hacía sentir muy incómodo. Incómodo, por decir algo. Porque incomodidad no era exactamente la palabra que debería emplear para describir lo que me ocurría.

En todo caso la ducha me había sentado bien y salí de ella sintiéndome relajado y con una actitud mucho más positiva que con la que había entrado.

Me sequé bien con la toalla y cuando terminé, caí en la cuenta de que me había olvidado el pijama sobre la cama. Mierda. Ir desnudo por la casa no era algo que me molestase, de hecho, la desnudez me resultaba cómoda y dormía sin nada encima, pero ahora que convivía con Tessa, aquello ya no era una opción. No podía salir del baño de aquella guisa. Cuando entré en la ducha aún no había llegado de visitar a Easton, pero ¿quién me aseguraba que no lo hubiera hecho mientras tanto?

Me enrollé la toalla en la cintura, entreabrí un poco la puerta y la llamé un par de veces, en un tono de voz alto para que pudiera oírme desde cualquier punto de la casa. No respondió, así que di por hecho que no estaba allí. Perfecto, podría llegar a mi habitación y vestirme sin problema. Con toda la calma del mundo, salí del baño y crucé el salón en dirección al pasillo… en el mismo instante en el que Tessa aparecía bajo el umbral de la puerta que daba al recibidor.

Ella gritó, yo grité, y probablemente nuestros gritos fueron oídos por toda la comunidad de vecinos.

Tessa llevaba puestos unos auriculares, por lo que no había podido oírme cuando la llamé antes de salir, provocando aquella situación tan embarazosa. Por si fuera poco, yo había elegido una toalla minúscula para tapar mis vergüenzas, y dejé muy poco a la imaginación. No ayudaba que los ojos de Tessa se hubieran quedado fijos en la zona con la boca abierta.

—Oye, perdona, no sabía que habías llegado y… —Pero Tessa no podía escucharme, porque seguía con los auriculares puestos y con los ojos clavados en el mismo punto sin reaccionar.

Maldije en voz baja, me dirigí al dormitorio, me puse unos bóxers y un pantalón de chándal y volví a salir al salón donde Tessa parecía al fin haberse recuperado de la conmoción.

—Tienes que avisar cuando llegues a casa, eso es lo que hace la gente civilizada —dije exasperado.

Tessa alzó una ceja, cruzándose de brazos a la defensiva.

—¿Sabes lo que también hace la gente civilizada? Vestirse donde corresponde.

Ignoré la forma en la que cuadró los hombros y subió un poco la barbilla con altivez. Pero bueno, ¿de dónde había salido esa Tessa y que había hecho con la Tessa que yo conocía?

—No ha sido premeditado. He olvidado la ropa sobre la cama por error.

—¿Y lo de elegir la toalla más pequeña que había en el baño también ha sido un error?

—No pensé que tendría que preocuparme de que alguien pudiera quedarse embelesado mirándome la entrepierna.

—¡Yo no te he mirado la entrepierna embelesada! Estaba en shock.

—¿En shock? ¿Es que no has visto nunca antes el cuerpo de un hombre desnudo? —Ni siquiera recuerdo por qué dije eso, ni por qué cuando lo hice mis ojos se oscurecieron un poco.

—Por supuesto que sí los he visto. He visto muchos. Decenas de ellos. —Mentía, era obvio que lo hacía, porque su voz tembló un poco al hablar.

—Con qué decenas, ¿eh?

—Pues sí, decenas. Tampoco es que hubiera mucho que ver según he intuido.

Solté una carcajada sarcástica y me acerqué un poco más a ella, que se mantenía digna frente a mí con la barbilla levantada y los brazos cruzados. La tensión nos sobrevoló y yo noté que algo dentro de mí se encendía. Una especie de llama intensa que debería estar apagada en presencia de alguien como la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Debía ver a Tessa de forma fraternal, no como alguien a quien quisiera empujar contra una pared y castigar sus insolencias a base de besos y caricias.

Di un paso hacia atrás, recuperando espacio personal. Podría acabar quemándome con aquella llama si no andaba con cuidado.

—¿Ya has cenado? —pregunté suavizando el tono de voz.

—Si he cenado o no lo he hecho, no es asunto tuyo —soltó aún enfadada. Me hizo una peineta y desapareció por el pasillo.

Bueno, si pensé que nuestra situación mejoraría pronto, iba mal encaminado.

Resoplé, pasándome una mano por el pelo. Había sido un borde, y luego la situación había escalado de forma desproporcionada.

Necesitado de hacer las paces, hice un par de sándwiches para cenar y fui a buscarla a su habitación en son de paz. Pensé que me mandaría a la mierda, pero a pesar de sus recelos aceptó cenar conmigo en el salón.

Nos sentamos en la isleta de cocina, uno al lado del otro, y el ambiente entre nosotros pareció mejorar.

—¿Qué tal fue tu primer día de trabajo? Te fuiste de la oficina sin despedirte y no pude preguntar.

—Ah. Fue bien —Se encogió brevemente de hombros, mordisqueando una esquina del

triángulo de pan de molde—. El proyecto me motiva mucho y todos han sido muy amables conmigo. En especial Adler, se nota que es un buen tipo.

Toda la calma que había recuperado en los últimos 10 minutos se desvaneció de un plumazo.

—Bueno, yo no diría que es un tipo —dije sin motivo. De hecho, Adler era una buena persona hasta donde yo sabía, incluso se había inscrito en un programa de voluntariado para ayudar a los desfavorecidos. Pero de alguna forma, que Tessa lo tuviera en buena consideración no me gustó—. Todo el mundo sabe que es un mujeriego empedernido. —Otra mentira—. Así que ten cuidado con él.

—No soy una niña, no necesito que me digas de quién debo o no cuidarme —espetó.

—No lo decía en ese sentido, pero si te engatusa con alguno de sus trucos para intentar llevarte a la cama…

—¿Y quién dice que no lo engatuso yo a él? —Soltó el sándwich sobre su plato y me miró de nuevo muy enfadada—. No seas tan condescendiente conmigo, Ryan. Tengo 24 años, sé perfectamente lo que me conviene. —Retiró el taburete de la isleta y se levantó—. Me voy a la cama, ya no tengo hambre.

—Tessa, no quise decir que… ¡Tessa!

Me dejó con la palabra en la boca. Ni siquiera se giró cuando la llamé. Estaba claro que algo debía haberle hecho a Tessa para que estuviera tan a la defensiva conmigo. Todo lo que salía de mi boca le caía mal. Pero ¿el qué?

Mis recuerdos de ella eran todos buenos. Lo pasábamos bien, nos divertíamos y nos teníamos cariño mutuo. Entonces, ¿por qué ahora actuaba de esa manera conmigo?

7

Tessa

La mañana estaba siendo estresante, pero no por el trabajo. O digamos que era con la parte laboral en la que Ryan estaba comportándose como un imbécil.

Todo empezó cuando llegué por mi cuenta a la oficina y recibí el café que Adler me había comprado con una sonrisa.

—No puedo creer que después de verme tomar café un solo día sepas cómo me gusta.

—Me gusta ser observador.

Sonreí, porque me pareció dulce y encantador por su parte. También me pareció dulce y encantador que coqueteara conmigo como si estuviéramos en el instituto. Era algo muy limpio e inocente y se notaba que se ponía un poco nervioso ante la idea de ligar conmigo. Reconozco que participé un poco en el coqueteo, pero era divertido, aunque tenía bastante claro que no iba a salir con él, ni con nadie de la oficina. Prefería separar mis relaciones personales de las laborales. Acababa de empezar en aquel trabajo y aunque tuviera cierta manga ancha por ser familia de Easton, no quería dejarlos mal.

Para ser completamente sincera, la única razón por la que coqueteé más esa mañana con Adler fue ver el modo en que Ryan se comportaba con él. Más que hablar, le gruñía cada vez que se dirigía a él. El mal humor era permanente hasta tal punto que, en un momento dado, entré en su despacho y lo miré mal.

—¿Se puede saber qué te pasa con Adler?

—¿A mí? —preguntó a la defensiva—. No me pasa nada. Más bien me pregunto cómo es que su ritmo de trabajo ha bajado tanto desde ayer y si no se deberá a que está más pendiente de

ti de lo que debería.

—¿De qué demonios hablas? Solo está siendo amable.

—Pues debería ser menos amable, porque está llevándote por el camino del escaqueo y solo llevas aquí dos días.

—¡No me estoy escaqueando, Ryan! No seas imbécil ¿quieres?

Pareció sorprendido y no era para menos. En el pasado habría preferido morir antes que hablarle así. Mucho menos le habría insultado, pero allí estábamos, años después, convertidos en adultos y gritando insultos gratuitos. Bueno, lo último solo yo. Estaba a punto de disculparme, porque después de todo no quería que nuestra relación fuera así de tensa, pero entonces él habló y se cargó mis intenciones.

—¿De verdad eres tan ingenua como para ignorar el hecho de que te empotraría contra la puerta del baño comunitario de este edificio si se le presentara la más mínima oportunidad?

Fue una salida que no esperaba. Me quedé mirándolo con la boca abierta y creo que él se sintió igual de impactado. Por un momento me lo imaginé pensando cómo diablos había dicho algo así, pero entonces se recompuso y me miro tan altivamente que solo pude devolverle una mirada de odio y salir de su despacho.

Quizás debería haber ido a mi puesto de trabajo, pero no lo hice. En su lugar recorrí el pasillo que me llevaba hacia el despacho de Easton y entré sin esperar a que su secretaria me diera paso.

Estaba sentado tras su enorme escritorio y me quedé paralizada por un instante, tomando consciencia de que Easton se había convertido en un gran hombre de negocios después de pasar por Harvard y había sido, en parte, gracias a mi esfuerzo. No era vanidosa, pero nuestra infancia había sido una mierda y, cuando tuve que ocuparme de mi madre para que él pudiera estudiar y seguir adelante, lo hice porque estaba convencida de que haría hasta lo imposible por ser el hombre que era en ese momento: fuerte, guapo, bueno y triunfador. Viéndolo allí, con la gran

cristalera a sus espaldas y concentrado en su ordenador, supe que había hecho lo correcto al renunciar a mi adolescencia por cuidar a nuestra madre.

—¿Ocurre algo, peque? —preguntó mirándome con cierta preocupación.

—Estoy muy orgullosa de ti y no sé si te lo digo lo suficiente —respondí.

Easton se quedó pasmado un instante y, después, se levantó y se acercó a mí con una sonrisa dulce. Iba a abrazarme. Conocía a mi hermano tan bien que sabía que iba a hacerlo, pero entonces la puerta del despacho se abrió de nuevo y apareció Ryan ladrándole algo acerca del trabajo.

—¡No puedes largarte de excursión al despacho de tu hermano cada vez que te digo algo que no te gusta! —gritó.

Iba a responder, pero Easton se ocupó de hacerlo por mí.

—Eh, no sé qué ha pasado, pero ese no es un tono que yo vaya a permitirte con nadie, Ryan. Y menos con mi hermana.

—Tu hermana debería ser más profesional. Soy su jefe.

—Yo también lo soy, así que más te vale no ir de jefazo cabrón con ella.

—Créeme, Easton, es mucho mejor que yo vaya de jefazo a que vaya de… Bueno, es mucho mejor y punto.

Mi hermano parecía confuso, pero no más de lo que yo lo estaba. Quise preguntarle a Ryan de qué estaba hablando, pero se fue antes de que pudiera reaccionar, así que volví a quedarme a solas con Easton, que frunció el entrecejo en mi dirección esta vez.

—¿Debería preocuparme la convivencia con Ryan? ¿Ha pasado algo? ¿Se está portando mal contigo?

—No, no se está portando mal conmigo, pero esto ha sido impactante para los dos. Estoy deseando encontrar un sitio para poder vivir sola y tranquila.

—Ten paciencia, peque. Solo llevas unos días con él y, aunque ahora haya usado un tono inapropiado, le confiaría mi vida si fuera necesaria. Es un gran tipo y cuidará muy bien de ti.

—No quiero que cuide de mí, Easton. Ni él, ni tú, ni nadie. Puedo cuidar de mí yo misma.

—Pero eres mi hermanita pequeña —dijo en un tono lastimero que me hizo reír.

—Sí, pero aunque sea tu hermana pequeña, soy una persona adulta. Me iré de casa de Ryan tan pronto como encuentre un apartamento para mí.

—Bueno, de todas formas no tengas prisa o ansiedad. Apenas llevas unas horas con Ryan. Estoy seguro de que solo necesitáis reajustar la convivencia un poco.

Por un instante quise decirle a mi hermano que no se trataba solo de las horas que llevábamos viviendo juntos, sino de los años que yo había pasado enamorada de Ryan en el pasado. Había enloquecido por ese hombre prácticamente así que no, no era solo una cuestión de esperar a que por arte de magia la convivencia se volviera más sencilla. ¡Si ni siquiera entendía algunas de las cosas que decía! Como acababa de ocurrir. Dudaba que Ryan y yo llegáramos a sentirnos cómodos el uno con el otro lo suficiente como para vivir en paz. Yo, al menos, no.

Para mí no era fácil enfrentarme a la adolescente que suspiraba por que Ryan le hiciera la cena de un modo romántico. No quería comerme siquiera los sandwiches que preparaba por si de pronto volvía a saltar la chispa en mí y me hacía ilusiones a partir de acciones tontas que él solo hacía como amigo. Tenía que controlarme como la adulta que era. Me había llevado años superar a Ryan y no podía caer así como así de nuevo.

Y para eso tenía que salir cuanto antes de su casa, porque comer lo que me cocinara, oler su perfume en todas partes y verlo semidesnudo en el pasillo no eran cosas que fuesen a ayudarme a dejar mis sentimientos por él donde correspondían: en el pasado.

Podía hacerlo. Sobre todo tenía que mantenerme positiva. Olvidarlo me había costado años de disciplina y entrenamiento y ahora tenía una oportunidad de oro para demostrarme a mí misma que lo había hecho bien. Con sobresaliente.

Todo iría bien… siempre y cuando él dejara de taparse con toallas minúsculas.

8

Tessa

7 años atrás

Elegir en qué universidad quería estudiar era un infierno para todos los adolescentes, pero si te enfrentabas a la libertad, como era mi caso, aún más. Easton había acabado la universidad y se pasaba el día trabajando o intentando empezar un negocio con Ryan, así que tenía poco tiempo libre, pero el poco del que disponía lo usaba para preguntarme una y otra vez, de forma incansable, si ya había elegido universidad. La respuesta corta era que ninguna estaba lo bastante lejos, pero algo dentro de mí sospechaba que eso le haría daño. Una parte de él entendería que era porque necesitaba desesperadamente alejarme de mi madre, pero la otra se culparía precisamente porque yo había cargado con ella durante buena parte de mi adolescencia. Y no había sido fácil. Lidiar con un enfermo nunca lo era, pero ella… ella tenía algo que me hacía daño de un modo permanente. Vivir bajo su techo, cuidarla e intentar tratarlo con cariño había sido verdaderamente complicado en muchos momentos. Algunos días solo me había mantenido en pie la idea de que cada vez faltaba menos para que Easton acabara la universidad y volviera a casa. Y entonces sería mi turno para volar.

Me concentraba tanto en eso que, cuando de verdad llegó el momento, no era capaz de elegir una universidad. O más bien no sabía si estaría a la altura de la que me gustaba, porque sabía que daban bastante importancia al español y yo, ahí, no estaba tan puesta por más que lo intentara.

En lo referente a los idiomas tenía una teoría que no estaba comprobada científicamente pero tampoco lo necesitaba: estaban las personas que nacían con el don de absorberlos y luego

estábamos las personas como yo: que hablábamos uno, el nativo, y cada vez que intentábamos aprender uno distinto sentíamos que piedras en el cerebro.

Aquel día estaba en casa lamentándome por ello mientras Easton me insistía en que tenía que elegir universidad ya.

—Tú no lo entiendes —le dije—. Es como una relación supertóxica. A la que puedo acceder no me enamora, y la que me enamora posiblemente no vaya a elegirme.

—No lo sabrás si no lo intentas —me dijo él.

—Lo ves muy fácil.

—Y tú demasiado difícil. ¿Cuál es el problema? ¿El idioma? Elige uno, el que sea, y deja que Ryan te ayude. Se le dan bien prácticamente todos.

Mi corazón se aceleró con la simple mención de su nombre. El muy estúpido todavía no había entendido que teníamos que olvidarnos de él. Después de dos años desde ese primer encuentro, ya era hora de que lo hiciera.

—No puedo hacerle esto a Ryan.

—¿Hacerme qué?

Me sobresalté cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe y entró sonriendo, como si hubiese estado esperando el momento adecuado para hacer su aparición estelar. Yo estaba en el pequeño salón junto con Easton. Mamá estaba durmiendo una de sus siestas interminables, por fortuna, así que estábamos solos y en calma, al menos hasta que el mejor amigo y futuro socio de mi hermano apareció y mandó al diablo todas mis intenciones de pasar una tarde relajada.

—Tessa no quiere elegir la universidad que le gusta ni decirme cuál es por la única razón de que exigen un nivel alto en idiomas.

—En idiomas, no, en español —corregí a mi hermano poniendo mala cara para que supiera que me había sentado fatal que se chivara en cuanto había tenido oportunidad.

—No dijiste que era español —dijo él con un encogimiento de hombros.

Intenté recordar que no podía odiarlo por no saber lo mucho que estaba afectando que se metiera así en mi vida delante de Ryan. Después de todo, él no tenía ni idea de lo que yo sentía por su amigo, así que supongo que solo se comportaba como el típico hermano mayor pesado.

—Soy bastante bueno en español —dijo Ryan.

Ignoró por completo la tensión que reinaba entre mi hermano y yo. Se sentó a mi lado y dio un toque a mi pelo. Mi corazón se aceleró y tuve que recordarle que, en realidad, había sido un toque de lo más fraternal. Algo que también le habría hecho a una hermana pequeña, así que más le valía a ese estúpido músculo de mi cuerpo no alterarse por el más mínimo roce del modo tan humillante en que lo hacía.

—Ya sé que eres bueno en español, pero no puedo enviar tu solicitud en vez de la mía, ¿verdad? . —Mi tono fue un tanto defensivo, lo reconozco, pero estaba avergonzada y nerviosa. Cuando tienes dieciséis años quieres impresionar al chico que te gusta, no mostrarle lo inutil que puedes ser.

—Eh, calma, peque —dijo él riendo, para nada ofendido—. Lo que quiero decir es que yo puedo ayudarte con eso.

—No, no puedes.

—Sí que puedo.

—Sí que puede —insistió Easton.

Quise hablar, oponerme y quejarme, pero los dos parecían haber alcanzado ese nivel de compenetración en el que, sin importar lo que yo dijera, ellos acabarían tomando decisiones que consultarían con conversaciones silenciosas que yo no alcanzaba a entender.

—Oye, Ryan, te lo agradezco mucho, pero…

—Te ayudaré. Está decidido. Empezaremos tus clases mañana mismo.

—¡No está decidido porque yo no he dicho nada!

—No hace falta, peque. Necesitas impresionarlos con el español y yo puedo ayudarte. Está decidido.

—Repito que yo no he dicho nada.

—Mañana nos vemos. Traeré la merienda así que no prepares nada.

—Ryan, esto es absurdo. Easton y tú tenéis un negocio que montar y…

—Puedo montar un negocio y ayudarte a entrar en la universidad de tus sueños. Soy un chico válido para muchas cosas, Tessa.

Tragué saliva. Era estúpido y un poco absurdo, pero que Ryan usara mi nombre en vez de "peque" me hacía pensar en cómo me sentiría al oír mi nombre en sus labios después de que me besara. Fantaseaba mucho con eso. Bueno, con eso y con otras cosas menos confesables. Después de todo era una adolescente, no se me podía culpar por tener las hormonas revolucionadas.

No tuve argumentos. Él aprovechó mi silencio para preguntarle a Easton algo acerca de su nuevo negocio y los dos se enfrascaron en una conversación de la que quedé fuera porque, en mi interior, ya solo había espacio para dar vueltas a la idea de que iba a tener a Ryan de profesor particular. Peor aún: iba a hablarme en español. Lo había oído hablar otras veces en ese idioma y siempre me había parecido algo increíblemente sexy. No estaba lista para aquello, pero interrumpir la conversación para dejarle claro solo me haría parecer una cría caprichosa. Para ellos el asunto era simple: yo tenía un problema y Ryan la solución. Todo lo demás me haría parecer tonta y yo no quería parecer tonta frente al mejor amigo de mi hermano. Quería parecer… lista. Y adulta. Y sexy. Quería parecer todo lo que él me parecía a mí.

***

Aquella noche apenas pude pegar ojo. Las fantasías y los miedos se entremezclaban en mi cabeza. Mis inseguridades, mi enamoramiento y mi autoestima estaban sufriendo grandes azotes y no sabía cómo detenerlo, así que no lo hice. Al día siguiente tenía unas ojeras tremendas pero, cuando llegó la tarde y Ryan entró en casa, no pareció fijarse en eso.

Easton también entró en casa, pero para invitar a mi madre a dar un paseo. No me pasó desapercibido el detalle. Si ella estaba cerca de mí no iba a poder concentrarme en mis clases temiendo que en cualquier momento se descontrolara. Era muy dulce por parte de mi hermano sacarla de allí, pero eso me dejaba con la certeza de que Ryan y yo íbamos a quedarnos solos. Quizás por eso, cuando por fin nos quedamos solos apenas pude articular palabra.

Por suerte no hizo falta, porque él me entregó una pequeña bolsa de papel reciclado y me sonrió de un modo que hizo que me temblaran las rodillas del mismo modo que a las actrices de esas películas románticas que veía a escondidas de mi hermano y mi madre para que no se rieran de mí.

—¿Y esto? —pregunté.

—Ábrelo, es para ti.

Abrí la bolsa y me encontré con un tarro de crema de cacahuetes. No era algo inaudito o excesivamente caro, pero al sacarlo comprobé que era mi marca favorita. Podía no parecer la gran cosa, pero lo era si tenías dieciséis años y grandes carencias emocionales desde niña. Lo miré embobada y él solo se quedó ahí, sonriendo como si no tuviera importancia.

—Desde hoy tu crema de cacahuetes favorita y yo seremos tus fieles compañeros para lograr que vayas a la universidad que tú elijas, sea la que sea.

—Ryan…

—Mereces vivir grandes aventuras. Y mereces hacerlo lejos de casa.

Era una tontería, no debería emocionarme hasta las lágrimas pero lo hice, porque entendí que no se trataba solo de la crema de cacahuetes, sino de algo más. Él entendía mi necesidad de huir de allí. Sabía que, en mi cabeza, era mi turno para largarme y dejar que Easton se ocupara de nuestra madre.

Era mi turno de vivir y por eso supe que no olvidaría nunca aquella primera tarde de clases de español.

Tal vez también por esa razón guardé el tarro de crema de cacahuetes, aun cuando se acabó. Lo limpié y lo coloqué en mi habitación convencida de que sería un recordatorio de que ese día había empezado a luchar por mi futuro.

Ryan nunca me correspondería, estaba segura, pero sin saberlo me había regalado algo que me hacía pensar en desplegar mis alas y volar lejos. Y quizás por eso me enamoré aún más.

9

Ryan

Quería limar asperezas con Tessa, así que supongo que por eso le pregunté si quería venir a casa de mis padres a cenar cuando me dijo que no tenía planes, pese a ser sábado. La relación entre nosotros llevaba días tensa y necesitaba que mejorara, porque vivir y trabajar con ella, tal y como estaban las cosas, se había convertido en un infierno. Ambos estábamos a la defensiva, y lo peor de todo era no ser capaz de entender los motivos. De hecho, no había motivos como tal, más allá de que Tessa se mostraba fría e inaccesible conmigo. Lo lógico hubiera sido mostrarme maduro y asertivo, tener una charla sincera con ella y averiguar a qué diablos venía esa actitud de mierda con la que me trataba desde el segundo uno de nuestro reencuentro. Pero, por lo visto, a pesar de tener ya treinta años, la madurez y la asertividad no entraban en mi lista de virtudes. Mi estilo era más el de ser un capullo prepotente que se desquitaba con un becario que, a fin de cuentas, el único pecado que cometía era deslumbrarse por Tessa. ¿Y quién podía culparlo? Tessa era brillante por dentro y por fuera, además de una grandísima profesional.

La cuestión es que le pregunté si quería venir a cenar a casa de mis padres y dijo que sí. No negaré que me sorprendió que aceptara.

Mis padres vivían en una casita pequeña en el West Village, con jardín delantero, columpios y una valla blanca que rodeaba su perímetro. Era el tipo de casa con la que la gente sueña cuando se casa y quiere formar una familia.

Aparcamos enfrente y salieron a recibirnos Sunny, mi sobrina de siete años, y Scarlet, mi hermana melliza. Ambas vivían con mis padres, haciéndose compañía mutua. Mi hermana decidió mudarse después de recibir el diagnóstico de discapacidad auditiva de Sunny. Ser madre soltera y tener que lidiar con las consecuencias de ese diagnóstico fue demasiado para ella. Por

suerte, las cosas mejoraron hace tres años, cuando pusieron implantes cocleares a Sunny, y ahora podía escuchar todo lo que tenía a su alrededor, aunque su forma de escuchar el mundo fuera distinta a la nuestra.

—Ostras, Ryan, tu hermana es clavadita a ti —dijo Tessa después de las presentaciones de rigor.

Ojos azules, pelo castaño claro y una sonrisa bonita. Sí, éramos clones con distintos genitales.

—Todo el mundo dice que verme a mí es como ver una versión de Ryan en mujer —Scarlet soltó una risita divertida—. Somos mellizos.

—Guau. Solo existe un 1,25 % de posibilidades de tener un embarazo de mellizos. En términos estadísticos, se puede decir que tú y Ryan sois una rareza genética —se notaba que a los hermanos Parker les gustaban los números.

Scarlet se rió y, mientras ellas hablaban de estadísticas y rarezas, yo aproveché para acuclillarme y abrazar a Sunny. Mi sobrina era la persona que más me importaba en el mundo y la llené de besos en cuanto la tuve a mi alcance. Ya me había acostumbrado a ver los implantes de colores conectados a su oído y cabeza, pero al principio recuerdo que me impactaba un poco esa imagen.

—¿Cómo está mi princesa hoy?

—Cansada. Mamá me despertó a las seis para que fuéramos juntas a ver el amanecer en la playa y me obligó a acompañarla, aunque yo no quería.

—¿El amanecer en la playa? —Miré a mi hermana con una sonrisa divertida mientras esta se encogía de hombros.

—Fuimos escuchando y cantando a pleno pulmón canciones de Taylor Swift todo el camino. Fue una experiencia preciosa. Que no te engañen sus ojeras y sus quejidos. Está un poco

gruñona.

—Estoy gruñona porque tengo sueño.

—Dormir está sobrevalorado.

Entramos en la casa y mamá y papá salieron a recibirnos. Mis padres eran muy cariñosos y adoraban las visitas. Solo tuvieron dos hijos porque su situación económica no era la mejor, pero les hubiera encantado tener más, así que se alegraban cuando mi hermana o yo traíamos visitas. Recuerdo que cada vez que traía a Easton a comer a su casa, hacían un banquete para celebrarlo. Y estaba seguro de que habían preparado uno también para su hermana pequeña. Se morían de ganas de conocerla, ya que para ellos Easton era casi como de la familia.

—¿Te gusta la limonada? He hecho dos jarras para la comida —dijo mamá, cogiendo a Tessa del brazo para llevársela con ella a la cocina.

Conociéndola, le contaría detalladamente el método que usaba para elaborar la limonada y la engañaría para que le ayudara a cocinar. Así era mamá.

Sunny se escabulló hacia su cuarto, imagino que con la intención de echar una cabezadita, y papá se fue a su guarida especial, una habitación en el que había instalado un sillón reclinable y una tele enorme en la cual podía ver su deporte favorito: el fútbol. Aquella tarde había partido.

Yo me quedé con Scarlet en el sofá, disfrutando del ambiente relajado y tranquilo de la casa de mis padres. Me gustaba ir allí porque no había nada que pudiera hacer. En casa siempre terminaba encerrado en el despacho adelantando trabajo; era incapaz de desconectar. Pero en casa de mis padres no tenía otra opción que quedarme sentado sin hacer nada, a excepción de los días en que ayudaba a mi madre en la cocina. Hoy ya tenía su propia ayudante y no me necesitaba.

—Así que vives con la hermana pequeña de Easton... —dijo Scarlet con un tono de voz que no me gustó nada, porque había cierta intencionalidad en él, y no me agradaba lo que percibía.

—De forma temporal —puntualicé.

—Ajá. Ya veo. Mejor, porque tener la tentación en casa puede ser peligroso.

—¿La tentación? No sé de qué hablas. —Me reí, haciéndome el tonto, y puse los pies sobre la mesita de café en un gesto relajado que mi hermana corrigió dándome un manotazo.

—Tessa es preciosa.

—Lo es, pero también es la hermana pequeña de Easton. Ni siquiera la veo como una mujer, es como si fuera mi hermanita pequeña.

—¿Una hermanita pequeña a la que miras el culo al andar?

Abrí mucho la boca y los ojos, fingiendo estar profundamente ofendido. Mierda. ¿Se había dado cuenta? No era culpa mía tener ojos operativos y ella un culo respingón muy llamativo.

—No le he mirado el culo —mentí, porque confesarme no era una opción.

—Sí que lo has hecho, y con cara de pervertido. Pero no te culpo. Tiene un culo bonito.

Puse cara de espanto y me salí por la tangente.

—¿Podemos cambiar de tema? No quiero hablar del culo de alguien a quien le llevo casi siete años.

—Oye, no hace falta que te sientas mal por sentirte atraído por alguien más joven que tú. Hace unas noches salí con mi amiga Maeve, ¿te acuerdas de ella? La pelirroja con cara de malas pulgas que iba conmigo en el insti. Pues salí con ella y unas conocidas suyas, y fuimos a un bar universitario donde conocí a un veinteañero que...

—Stop. —Alcé la mano derecha frente a su rostro—. ¿Por qué me cuentas estas cosas? No me interesan tus líos amorosos.

—Lo que quiero decir es que el sexo con alguien más joven que tú es refrescante. Y divertido. Los veinteañeros no están tan cansados y estresados como nosotros, los treintañeros. Deberías probarlo.

Cuando hablaba de Scarlet, la gente solía imaginarse a una madre amorosa que hacía pasteles en su tiempo libre y dedicaba toda su vida al cuidado de su hija pequeña. Pero Scarlet no era así. No es que no fuera amorosa, porque lo era, pero también era un alma libre. Convertirse en madre no le cambió el carácter, ni siquiera cuando le dieron la noticia de la discapacidad de Sunny, lo cual le ayudó a encarar todo con positividad y alegría. Y es que Scarlet, además de ser un alma libre, era alguien luminoso, capaz de ver siempre la parte buena de las cosas, incluso cuando no parecía haberla.

Intenté cambiar el rumbo de la conversación antes de que Tessa saliera de la cocina y nos escuchara, y lo conseguí preguntándole por Sunny y su última revisión médica. Le hacían un seguimiento mensual debido a los implantes y, por lo visto, su evolución no podía ser mejor. Ya habían pasado casi tres años desde que se los pusieron, y aunque el inicio fue duro porque tuvo que aprender a escuchar, fue emocionante seguir su progreso.

La cena con mis padres fue divertida, como siempre. Harold y Stephanie Reed eran los mejores anfitriones del mundo. Y no lo digo porque sea su hijo, sino porque todo el mundo que iba a comer a su casa salía de allí diciéndome justo eso. Todo lo que tenía mamá de atenta y dulce, lo tenía papá de canalla y ocurrente. Mamá era la típica persona encargada de que siempre tuvieras algo en el plato, mientras papá te daba un espectáculo en vivo con alguno de sus monólogos humorísticos preferidos. Era imposible aburrirse en su casa.

Salimos de allí con varios tuppers y acompañados por toda la familia, que nos siguió hasta el coche.

—Conduce con cuidado, cielo —dijo mamá, besándome en la mejilla.

—Mamá, vivo a quince minutos de aquí. Y siempre conduzco con cuidado.

Tessa abrazó a todo el mundo antes de subirse a mi lado en el coche, especialmente a Sunny, con quien había estado jugando a hacer pulseras en su habitación antes de marcharnos. Llevaba una pulserita de bolas de colores que mi sobrina le había regalado.

Puse en marcha el coche y una sensación de calidez se extendió por mi pecho al pensar en lo agradable que había sido la velada.

—Tu hermana me ha contado que tú pagaste los implantes cocleares de Sunny —dijo Tessa minutos después. Asentí como respuesta. Trabajé duro para conseguir el dinero que mi hermana necesitaba para llevar a cabo la operación—. Eso fue muy generoso por tu parte.

Me encogí de hombros.

—Haría lo que fuera por esa canija, y por mi hermana, mis padres o cualquier otro miembro de mi familia.

—Se os ve muy unidos —dijo, y sentí el anhelo en el tono de su voz, ese anhelo que también había percibido en Easton alguna vez.

Lo entendí, conocía sus circunstancias. Sabía que no lo habían tenido fácil en la vida.

—Lo estamos, y a partir de hoy puedes ir a su casa siempre que quieras. Estarán encantados de recibirte y hacerte comida para un regimiento. Sunny te adora, Scarlet seguro que estará encantada de tener a alguien con quien poder cotillear de lo que sea, y mis padres propondrán adoptarte para tener a alguien más en casa a quien poder mimar y alimentar.

Tessa rió, y su risa fue como una bocanada de aire fresco. Era la primera vez que la escuchaba reír desde que nos habíamos vuelto a ver. Bueno, sí que la había visto reír mucho en el trabajo, o incluso antes en casa de mis padres. Pero era la primera vez que una risa iba dirigida a mí y... joder, qué bien se sentía.

***

Una hora más tarde, ya en casa, pensé en proponer a Tessa ver una película, preparar palomitas y trasnochar juntos. Al día siguiente no teníamos que trabajar, y era una buena idea seguir

trabajando en nuestra convivencia. Sin embargo, antes de que pudiera poner en marcha mi sugerencia, Tessa salió de su cuarto vestida con ropa de calle, claramente lista para marcharse. Llevaba minifalda, un top que dejaba al descubierto su ombligo, tacones y el pelo recogido en un moño alto. Se me atascaron las palabras en la garganta porque estaba espectacular, y porque estaba claro que iba a alguna parte.

—¿Sales?

—He quedado con Cindy y algunos del curro para tomar unas copas.

—¿Cindy? —Conocía a Cindy, era del grupito de Adler, así que no me costó sumar dos más dos.

Ni siquiera me dio tiempo de decir nada más, porque Tessa llegó al recibidor, se puso un abrigo sobre el atuendo y exclamó:

—¡Nos vemos!

Y yo me quedé con cara de tonto en medio del salón preguntándome porque la idea de que Tessa saliera de fiesta en un sitio donde estuviese Adler se sentía como si alguien hubiera cogido mi corazón y estuviera jugando a padel con él. Yo no era nadie para decirle a Tessa con quién podía o no salir, pero imaginarme a Adler acercándose a ella con su cara de niño bueno y sus más que probables intenciones oscuras me sacaba de quicio.

¿Cómo se suponía que debía dormir tranquilo aquella noche?

10

Ryan

No dormí. Tampoco lo intenté. No podía sacarme de la cabeza a Tessa con Adler, y cuanto más tiempo pasaba desde que se marchó, más retorcidos y desesperantes se volvían los pensamientos que tenía.

Vi una película, me puse un documental sobre dinosaurios, hice una lavadora, pasé la ropa a la secadora y luego la doblé. Saqué la esterilla e hice una sesión de Pilates, e inicié ese curso de chino que compré online unos meses atrás con la esperanza de empaparme pronto de ese nuevo idioma.

Pasé horas y horas entretenido, con la esperanza de ver llegar a Tessa y… nada.

Llegó un punto en el que intenté marcar el número de Tessa para comprobar si estaba bien o si necesitaba ayuda. Por suerte, evité pulsar el botón de llamada. Hubiera sido demasiado complicado tener que explicarle por qué tenía una llamada mía en medio de la madrugada.

La cuestión es que las horas pasaban, Tessa no volvía de su salida nocturna, y me estaba volviendo loco imaginando posibilidades. Posibilidades en las que mi becario estaba implicado, y no me gustaban nada.

Me fui a la cama con la esperanza de que entre las sábanas mi cabeza se tomara un descanso, pero no sirvió. Solo conseguí que mis pensamientos sobre Tessa y el becario se dispararan al preguntarme qué podrían estar haciendo ellos en una cama.

Resoplé, frustrado, y decidí ponerme ropa de deporte, unas mallas ajustadas y una camiseta térmica, y salir a correr. Siempre me había gustado correr porque era la única forma de mantener a raya los pensamientos intrusivos, y eso era algo que necesitaba con desesperación aquella

noche.

Estaba a punto de salir de casa cuando recibí una llamada al móvil. Se me desbocó el corazón al ver que se trataba de Tessa. Eran casi las cinco, y que me llamara a esas horas no podía significar nada bueno. Respondí de inmediato y la voz de Adler me respondió. No la de Tessa. La de Adler.

—¿Ryan? Tío, menuda movida. Tessa está fatal, ha bebido mucho y apenas se mantiene en pie. No sabía a quién llamar y... —Su voz sonaba ronca y un poco pasada de vueltas. Era obvio que había bebido.

—¿Dónde estáis?

—¿Qué?

—La puta dirección, Adler —dije gritándole al teléfono, porque la idea de que una Tessa semiinconsciente anduviera sola por ahí no me hacía ninguna gracia.

Adler me dio la dirección, y yo agarré las llaves del coche y cambié mis planes. Conduje lo más rápido que pude hacia el pub en el que estaban, saltándome el límite de velocidad y semáforos en rojo. Aquel día cometí una decena de infracciones sin importarme las consecuencias, porque estaba preocupado por Tessa y la simple idea de que le ocurriera algo me ponía enfermo.

Detuve el coche en doble fila frente al pub y encontré a Adler y Tessa esperando de pie frente a la puerta. Adler tenía pinta de estar borracho, pero lo de Tessa era otra cosa. Apenas se sostenía en pie e iba tan doblada que no podía ni caminar dos pasos sin tropezar. Lancé una mirada asesina a Adler, me quité la chaqueta, envolví a Tessa con ella y la cogí en volandas. Tessa solo profirió un medio gemido, medio suspiro cuando lo hice, lo que simplificó mucho las cosas. No quería tener que discutir con una Tessa borracha; ya sobria daba bastante guerra.

La dejé en el asiento del copiloto tapada con mi chaqueta y conduje de vuelta mucho más relajado. Ahora que la tenía conmigo y que había comprobado que estaba bien, todo lo bien que

puede estar alguien que ha bebido por encima de sus posibilidades, mi preocupación bajó varios niveles.

Una vez en el parking subterráneo de mi edificio, volví a coger a Tessa en volandas y la llevé hasta mi piso y su habitación. Llevaba durmiendo la mona todo el rato, desde que la había recogido hasta ahora.

Desde que nos habíamos reencontrado en el aeropuerto, ese era el tiempo más pacífico que habíamos pasado juntos. Y resultaba agradable verla así, durmiendo tranquila, sin fruncir el ceño con altivez como hacía siempre cuando me hablaba o me miraba.

La dejé con cuidado sobre la cama y le quité los zapatos. La puse sobre la colcha ya que me fue imposible abrir la cama. Salí un momento para buscar un edredón en el armario empotrado del pasillo y, cuando volví a entrar, por poco me da un infarto. Tessa ya no estaba vestida tal y como la había dejado. Seguía durmiendo, pero solo con ropa interior. No tenía la menor idea de cómo había conseguido desvestirse en tan poco rato; apenas había estado fuera de la habitación unos segundos.

Intenté no mirar mientras me acercaba a la cama para ponerle el edredón encima. Me dije que tampoco pasaba nada por verla en bragas y sujetador. En la playa, las mujeres iban vestidas incluso con menos. Además, la desnudez era algo natural. Nacíamos y moríamos desnudos. La gente tendía a darle demasiada importancia a algo que en el fondo era trivial. Pero, por mucho que intentara convencerme de toda esa mierda, mi entrepierna no estaba muy de acuerdo conmigo. Quizás porque Tessa llevaba uno de esos conjuntos de ropa interior de encaje con transparencias que dejan muy poco a la imaginación. O quizás también porque, nada más acercarme para ponerle el edredón encima, volvió a proferir un medio gemido, medio suspiro, y en ese contexto me resultó todo menos inocente.

Joderrr…

Me incliné un poco para ajustarle el edredón por arriba y, antes de que pudiera apartarme,

Tessa abrió los ojos y me miró. Me llevé tal susto que perdí el equilibrio y caí sobre ella. Sí, como en una de esas escenas de comedia romántica hechas con intención. Quise levantarme al instante, pero los brazos de Tessa me rodearon como si fuera un peluche enorme del que no se quisiera desprender.

—Quédate conmigo —dijo abrazándome aún más fuerte, con la voz temblorosa y rasposa por el alcohol—. No quiero dormir sola.

Había un edredón entre nosotros, pero saber lo que se encontraba debajo hizo que mi temperatura corporal se elevara. Además, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos un poco acuosos, como si nos encontrásemos en una situación muy… diferente.

—Cielo, realmente debes estar muy borracha para querer dormir conmigo.

—Yo siempre quiero dormir contigo.

—Seguro que sí. —Me reí.

—Eres tan guapo y hueles tan bien… ¿Qué perfume usas?

—No uso perfume. Es… mi olor.

—Eau de Ryan. Deberían comercializarlo.

No sé si fue su forma de mirarme, o el tacto de su nariz en mi cuello olfateándome como si realmente oliera delicioso… pero despertó en mí algo. Algo que no debía estar ahí.

—No deberías beber nunca. Borracha eres un peligro.

—Borracha soy adorable.

—¿Adorable? Adorables son los unicornios o los ponis rosas, no tú.

—En realidad, no quería parecer adorable, quería parecer follable. ¿Eso sí lo parezco?

Me entró la risa nerviosa, aunque también me entraron los cuatro males, porque me empalmé como un puto adolescente, y no me parecía bien estar excitado con una borracha que

no sabía lo que decía.

—Tessa… deberías dormir.

Quise quitarle los brazos que tenía alrededor de mi cuello, pero ella me apretó con más fuerza.

—No te vayas aún, no me has respondido.

—Y no pienso hacerlo.

—Necesito parecer follable para ganar experiencias. Es por eso que he salido esta noche. Quiero ganar muuuuchas experiencias. De sexo, ya sabes. Para ser una femme fatale. Así que dime, ¿lo parezco? ¿Parezco alguien con quien querrías follar?

Aún no sé de dónde saqué la voluntad para apartarla, pero lo hice. Porque hay cosas que están mal. Tener cualquier tipo de contacto con una mujer borracha es una de esas cosas. Nunca jamás aprovecharía la situación con alguien en estado de ebriedad, pero… Tessa era un peligro. Un peligro como conducir por una de esas carreteras de montaña llenas de curvas, con hielo, lluvia, ciervos apareciendo de la nada y niebla. Todo a la vez.

Me la quité de encima y salí de su habitación cerrando la puerta de un portazo. El corazón me latía tan fuerte que temía que acabara saliendo rodando de mi pecho sin control.

Maldita Tessa, a ese paso iba a acabar conmigo.

Y no me equivoqué.

11

Tessa

Los domingos de resaca nunca son buenos, pero son aún peores cuando vives con la persona de la que estuviste años enamorada y, al despertar, te descubres en ropa interior y te lleva unos minutos recordar cómo llegaste a eso y cuánto ridículo hiciste en el transcurso. Eso es lo que me pasó. Recuerdo que miré bajo el edredón extra que yo no me había puesto por encima, de eso estaba segura, y cuando me vi en ropa interior tuve un gran momento de pánico antes de recordar que yo misma me había quitado la ropa a tirones.

Recordé eso y que olfateé a Ryan como si fuera un perro intentando marcar territorio. La vergüenza que sentí sirvió para que no quisiera salir de la cama en todo el día. Por desgracia, tenía que hacerlo por varios motivos. El primero era que había quedado con mi hermano en casa de Becca y Holden. El segundo y no por ello menos importante era que tenía que hacer pis y para eso, sí o sí, tenía que salir de la cama, así que lo hice con vergüenza y un poco de horror al imaginar ciertas escenas que no me apetecía revivir.

La sorpresa me la llevé al encontrarme con que Ryan no estaba. No puedo decir que me alegrara, aunque debería, porque ya no tenía que enfrentarlo, pero el caso es que una parte de mí quería verlo. Y eso era peligroso. Ya había vivido eso antes. Esas ansías y la certeza de que una parte de mí siempre quisiera verlo. Me duché pensando en ello, pero me di cuenta de que me estaba martirizando, así que salí de la ducha, me vestí como una persona decente, me hice un litro de café y me fui a pasar el día con mi familia obligándome a no pensar en dónde, con quién y qué estaría haciendo Ryan ese día.

El día fue divertido. Pese al caos en casa de Holden y Becca, se las habían apañado para reírse de la situación y eso me alegraba, porque Nora estaba pasándolo regular con el embarazo y

necesitaba momentos de risa y no vivir siempre en un bucle infinito de estrés.

Cuando volví a casa oí ruido en su habitación. Era por la tarde, pero no era tan tarde como para que no saliera así que lo imaginé avisándome en cualquier momento para cenar juntos. Pero eso no ocurrió.No salió ni siquiera para cenar y yo era consciente del apetito que Ryan solía tener siempre. Estaba esquivo y aquello, que en un principio me dio igual, empezó a generarme ansiedad. ¿Y si había pasado algo más? ¿Algo que yo no recordaba? Me esforcé tanto como pude en hacer un mapa mental y habría podido jurar que lo recordaba todo, pero por desgracia no podía confiar en mí al cien por cien. Estuve a punto de tocar con los nudillos en su puerta y pedirle que cenara conmigo, o preguntarle directamente si había hecho algo malo, pero al final decidí que no. Justamente lo que tenía que hacer era pasar de él. Eso, en realidad, era bueno, nos ayudaría a distanciarnos y yo necesitaba distanciarme desesperadamente, así que cené cualquier cosa y me encerré en mi habitación.

El lunes por la mañana salí de mi habitación para ducharme y me encontré con la sorpresa de que Ryan ya se había marchado al trabajo. ¿Que cómo lo sabía? Porque quizás, y solo quizás, me había acercado a la entrada para ver si su maletín seguía allí. Era la prueba inequívoca de que había salido de casa.

Me duché, me vestí, me maquillé y durante todo ese tiempo me sentí mal por echarlo de menos. Y por preguntarme constantemente si estaría molesto conmigo. Fui a la cocina a prepararme un café para llevar y me encontré con una fiambrera sobre la encimera, justo al lado de mi termo, ya lleno de café. Me mordisqueé el labio en un intento de ocultar una sonrisa, pero no pude evitarlo del todo. Por un instante incluso me pregunté si no sería mala idea aceptar que me hiciera el desayuno, pero la verdad es que deseché el pensamiento enseguida. Llevaba desde el domingo dando vueltas a pensamientos intrusivos que no me gustaban y ese era justo el motivo por el que tenía que salir ya de casa, pues había quedado con un agente inmobiliario para que me enseñara un estudio en Manhattan que, según él, era justo lo que buscaba.

No necesité más que verlo para darme cuenta de que me había mentido en un acto casi

desesperado por alquilar el estudio. La realidad era que no tenía ventanas, olía mal y era demasiado pequeño, aunque esto último lo daba por hecho. Manhattan se había vuelto demasiado cara. Bueno, en realidad cualquier vivienda en cualquier parte de Nueva York era demasiado cara, pero mi ilusión y mis ganas de salir de casa de Ryan me impulsaban a seguir buscando. Me disculpé con el agente inmobiliario, le dije que eso no era lo que buscaba (aunque cualquiera con dos dedos de frente lo habría sabido) y me marché a la oficina porque, al final, llegaba tarde.

Nada más llegar a mi puesto de trabajo me di cuenta de dos cosas:

La primera era que Ryan no estaba de humor, pero sí estaba guapísimo. Llevaba puesto un traje negro que le hacía parecer un hombre importante. El hombre importante que era, en realidad. Una cosa era que yo ya hubiera superado mi enamoramiento por él y otra muy diferente que no supiera ver y admitir que aquellos trajes se ajustaban como un guante a su tcuerpo musculado. Y que puede que en más de una ocasión le mirase el trasero cuando pasaba como una bala por delante de mí para ir a pedir algo en tono malhumorado a alguien.

La segunda era que ese alguien, de un modo irremediable, era Adler. Podía ver la tensión en los hombros de mi nuevo amigo. Todo el mundo podía verla, pero al parecer a Ryan le daba igual, porque seguía exigiéndole un montón de cosas que llevaban tiempo. Tiempo que no le daba, por supuesto.

Cuando llegó la hora del desayuno y Adler y yo entramos en la sala de descanso, mi amigo estaba tan agobiado que no podía disimular.

—Lleva así desde que llegó —me dijo—. Es como si estuviera castigándome por algo, pero no sé por qué.

—Parece muy estresado. Quizás está siendo un mal día para él por algo del trabajo.

—O quizás es un capullo que disfruta siendo un sádico con sus trabajadores.

No pude rebatir sus palabras, porque yo misma había visto lo duro que estaba siendo con él, pero dentro de mí había una vocecita que quería defenderlo. Y eso me preocupó. Recordé a la

adolescente que justificaba prácticamente cualquier acto de Ryan y me dije a mí misma que no podía perder eso de vista. Si se estaba portando mal con un trabajador, no podía justificarlo, así que permití que Adler hablara mal tanto como quisiera de él. Al menos hasta que abrí mi fiambrera, la misma que me había preparado Ryan esa misma mañana, y vi la nota doblada que había sobre el sandwich.

"Espero que tengas un gran lunes. Y por si no te lo he dicho mucho: creo que estás haciendo un gran trabajo. Ryan"

—¿Qué es? —preguntó Adler al verme leer la nota.

—Nada, una tontería —dije sonriendo y guardándola de inmediato en mi bolsillo.

No era una tontería. De hecho, era un acto muy dulce que me hubiese escrito aquella nota, no por el hecho en sí, sino porque era algo que el Ryan del pasado hacía para reconfortarme cuando sabía que estaba tensa, nerviosa o preocupada.

Fue un gesto precioso que me enterneció lo suficiente como para reflexionar acerca de si debería dejar de ser tan esquiva con él. Todavía pensaba que no podía permitirme a mí misma caer de nuevo en el error de tener sentimientos románticos por él, pero eso no implicaba ser una capulla, ¿no?

Tal vez… Bueno, quizás podría ser un poco más amable. No iba a morirme por entablar conversación con él cuando coincidiéramos en casa y, desde luego, no iba a pasarme nada por darle las gracias por ofrecerse casi siempre a cocinar y preocuparse por mi alimentación.

Ryan sabía muy bien cómo ser un capullo, Adler podía decir mucho acerca de eso, pero conmigo siempre había sido un gran tipo y quizás ese había sido el problema. Nunca se había portado mal como tal, porque yo siempre fui algo así como la hermana pequeña a la que debía respetar a toda costa. El sentimiento todavía conseguía llenarme de furia, pero sentada en aquella sala de descanso, con la nota en mi bolsillo y el recuerdo de lo ocurrido el fin de semana empecé a preguntarme si no sería de mala persona castigar a Ryan por ser un buen tipo, porque realmente

no había hecho otra cosa. ¿No me había querido en el pasado? bueno, SORPRESA, no tenía porqué hacerlo.

Sí, era peligroso para mí acercarme demasiado a él, pero entre no meterse en un fuego y cubrirse de hielo había un término medio, ¿no? Podía acercarme un poco al fuego. Un poco solo. Lo justo para no quemarme.

Además, ya no era la adolescente ingenua del pasado. Tenía que darme un voto de confianza a mí misma. Podía estar con él y no volver a enamorarme. Podía hacerlo. De hecho, cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de qué era lo que debería hacer para demostrarme a mí misma lo fuerte e inmune que había llegado a ser.

Sí, definitivamente había llegado la hora de ser un poco más amable con Ryan.

12

Tessa

Ocho años atrás

Las clases de Ryan iban bien. De hecho, bien tan tan bien que me había convertido en una de las alumnas más aventajadas de español. Eso me hacía feliz por muchos motivos. el primero, por supuesto, pensar en todas las puertas que me abriría de cara a la universidad. Mi verdadera libertad estaba cada vez más cerca. El día en que podría dejar de vivir bajo el mismo techo que mi madre se acercaba y lo ansiaba terriblemente. También me hacía sentir culpable, porque no me sentía una gran persona deseando huir tan desesperadamente, pero intentaba decirme a mí misma que era lógico. Convivir con alguien enfermo era muy complicado. Lo más bonito de mis días en aquellos momentos eran los ratos que podía pasar con Ryan, sobre todo por lo bien que él se portaba conmigo.

Algunas mañanas se ofrecía a llevarme a la escuela y me preparaba el almuerzo. Yo lo aceptaba avergonzada y siempre le aseguraba que no hacía falta, pero él estaba convencido de que la comida del comedor escolar era una basura y necesitaba comer sano y bien.

No solo eso: dentro de mis almuerzos siempre había una nota de ánimo o cariño. Era algo sano, estoy segura de que por su lado era, incluso, fraternal, pero por el mío las cosas empezaban a cambiar.

Recuerdo que llegaba a casa, entraba en mi habitación y abría el bote de crema de cacahuetes que me regaló tiempo atrás y que ya había gastado y limpiado. Guardaba ahí todas las notas que me escribía. podía parecer una tontería, pero a veces, cuando estaba triste, abría el bote y me ponía a leer las cosas que él me escribía. Y automáticamente mi ánimo mejoraba.

Me acostumbré demasiado rápido a todo eso: sus almuerzos, su trato especial y el modo en que me hacía reír. Sus notas y sentirme reconfortada por algo tan simple como unas palabras de cariño.

Era confuso para mí, porque sabía que estaba empezando a desarrollar sentimientos que no eran adecuados. Yo tenía dieciséis años y él era seis años mayor. No estaba bien, pero aun así… era tan bonito que alguien se preocupara por mí que no pude evitarlo.

Es decir, Easton se preocupaba por mí, eso era cierto, pero no era igual. Él era mi hermano. Lo había tenido siempre y, aun así, me había sentido sola la mayor parte de mi vida. No era culpa de él, creo que le pasaba lo mismo. Al final, estar pendientes de nuestra madre hizo que ella se convirtiera en el centro de todo. Nuestra vida entera giraba en torno a su salud y su cuidado y eso hizo que solo nos tuviéramos el uno al otro, pero también hizo que nos sintiéramos solos a veces. Sobrepasados y cansados.

Veía a mis amigas con sus familias sanas y estructuradas y me lamentaba porque yo no tenía algo bonito a lo que aferrarme, salvo a mi hermano mayor. Y cuando Ryan entró en mi vida pensé que ya no éramos solo dos, sino tres. Él siempre sería el mejor amigo de mi hermano, estaba segura. Montarían una empresa y harían grandes cosas juntas. Pero yo podía estar con ellos.

En algunos momentos, los más esperanzadores y que también coincidían con los más fantasiosos, imaginaba que yo crecía un poco más, alcanzaba la mayoría de edad y Ryan se daba cuenta milagrosamente de que sentía algo por mí. Y entonces convertíamos nuestra unión en algo mucho más poderoso que una amistad.

Por supuesto, después de aquello siempre llegaba el golpe de realidad y me daba cuenta de cómo eran realmente las cosas.

Aquella mañana había sido una de esas. Una de fantasear demasiado con él y la vida que no podríamos tener nunca. Salí de clase distraída, así que verlo apoyado en el coche, con gafas de

sol y sonriendome fue toda una sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté nada más acercarme, consciente de que muchas compañeras de clase se quedaban mirándonos.

Lo habían visto más veces, como digo, Ryan se aficionó a llevarme a clases, pero no solía recogerme. Estaba guapísimo con su pantalón vaquero y su camiseta básica. No era la ropa lo que hacía guapo a Ryan, era algo más. La actitud, la sonrisa, el modo de moverse.

—He decidido que me iría bien un batido y pensé que tal vez querrías acompañarme. ¿Qué te parece?

—Me gusta el plan —dije con una sonrisa.

—Esa es mi chica. Venga, sube.

Lo hice. Subí a su coche temblando de emoción, en parte por el helado pero sobre todo por sus palabras. “Mi chica”. ¡Qué bien sonaba! Casi tenía que contenerme para no suspirar abiertamente frente a él. Era absurdo y cuando lo pensaba me daba vergüenza, pero no podía evitarlo.

Fuimos a tomar un batido a mi cafetería favorita y, nada más bajar del coche, una chica nos dio un folleto de un parque de atracciones. Estaba repartiéndolos en el parking, así que le dio otro a Ryan, que me miró antes de ponerse las gafas de sol en la cabeza.

—¿Has estado? —señaló el parque de atracciones de la foto.

—No, pero me encantaría —admití con una sonrisa.

—Cuando termines los exámenes te llevaré para celebrar el final de un suplicio y el comienzo de otro en la universidad.

Me reí y tomé asiento junto a la cristalera. Era una cafetería bonita, con música antigua, sofás de polipiel y camareras que te llamaban “cielo” nada más verte. Pedí un batido de chocolate y vi a Ryan pedir uno de fresa.

Nos lo trajeron unos minutos después y, durante ese tiempo, solo hablamos de las clases y cosas aburridas.

—No hay nada más soso que la fresa —dije para pincharlo cuando nos trajeron los batidos y dio un sorbo al suyo.

—¡Eh!

—Es verdad. ¡Nunca pides chocolate!

—No soy tan fan como tú.

—Eso es porque no has probado este. Está buenísimo.

—A ver, déjame. —Antes de que pudiera reaccionar, me quitó mi copa alargada de cristal y se la acercó a los labios. Sorbió de la cañita y arrugó la nariz de un modo adorable—. Mmm no, sigo prefiriendo la fresa. ¿Quieres probar?

—Eh… no. No hace falta.

No sé si Ryan pensó algo de mí en ese instante por responderle de un modo tan escueto. Creo que no. De los dos, yo era la dada a sobrepensarlo todo. Giré mi copa y miré mi cañita dándome cuenta de que iba a poner los labios sobre el mismo punto que él. Era una estupidez, sabía que no debía sentirme tan emocionada pero, Dios, me latía el corazón a mil por hora y pensé que, si así me sentía al compartir un batido, no quería ni imaginar cómo sería si por un milagro Ryan quisiera besarme.

Tragué saliva, aún más nerviosa.

Ryan hablaba de ideas acerca de proyectos que tenía en mente, pero en mi cabeza ya nada importaba más que el hecho de imaginar cómo sería un beso suyo.

Era oficial. Me había enamorado del mejor amigo de mi hermano. Lo sé, era absurdo, porque él no me correspondía, pero no podía mandar sobre mi corazón. Amaba al hombre atento, guapo, cariñoso e inteligente que era. Lo amaba con todo mi ser adolescente y aceptarlo fue una

de las cosas que más adrenalina me hizo sentir en mi vida.

Después, por desgracia, llegó la realidad. Él me veía como a una hermana y, aunque no fuera así, su amistad con mi hermano siempre iría por encima de todo. Jamás estaría con la hermana pequeña de Easton para no hacer sentir mal a mi hermano. Estaba segura. Conocía bien a Ryan y su ética y moral.

—¿Estás bien, peque? Te has quedado como ida.

—Sí, sí, es solo que estoy cansada —contesté con un hilo de voz.

Me creyó. A día de hoy creo que si le hubiera dicho que estaba pensando en tiburones también me habría creído. Lo que no habría creído nunca es que estaba pensando en cómo se vería mi nombre con su apellido. No lo hubiera creído y, por fortuna, no tenía que hacer el esfuerzo porque tenía bastante claro que aquel secreto tendría que morir conmigo.

Sí, me había enamorado de Ryan, pero aquello no podía ser. Yo era menor, él era el mejor amigo de mi hermano y, además, yo quería ir a la universidad y alejarme de mi madre tanto como fuera posible.

Y aun así, si él quisiera, me lanzaría sin pensarlo porque no podía imaginar nada más bonito que sentir sus labios sobre los míos. De verdad, más que un sueño, para mí sería como estar dentro de una de esas pelis que tanto me gustaban.

Por desgracia, la vida rara vez era tan bonita como en una peli y la ficción solo superaba a la realidad cuando se trataba de cosas malas.

13

Ryan

Cuando llegué a casa aquella noche, lo único que realmente me apetecía era darme una ducha y acostarme. Llevaba dos días sintiendo que la vida me pesaba demasiado. O, bueno, quizás no la vida, pero sí la conciencia. Cuando tu conciencia decide ir por libre y fantasear sobre cosas que no debe, todo se complica.

Me sentía como el protagonista de una de esas películas de catástrofes naturales, en el momento exacto en que veía venir de lejos el tsunami o el huracán, sin poder hacer nada para detener su avance. Nada más que huir, por supuesto.

Y llevaba dos días justo así: huyendo. Huyendo y de mal humor. Porque huir de algo a lo que quieres acercarte no es tarea sencilla para nadie.

Por eso, aquella noche, cuando llegué a casa y me encontré a Tessa en el salón, arrugué el morro al instante. No solo por encontrarla, porque obviamente existía la posibilidad de que estuviera allí. A fin de cuentas, vivíamos juntos. Sino por el hecho de encontrarla de aquella guisa: sonriente, vestida con unos leggins demasiado ceñidos, un top que dejaba demasiada piel al descubierto y una cena para dos preparada sobre la mesa del salón.

—¿Esperas visita? —pregunté, un poco de mala gana, aunque la mala gana se convirtió en mala leche cuando pensé que aquella persona podría ser Adler.

Los había visto muy juntos durante el día, y Adler cada vez estaba más coladito por ella. Era cuestión de tiempo que se lanzara y… bueno, la idea me gustaba tanto como dejarme devorar por una jauría de leones.

—¿Visita? ¡No! Lo he preparado para ti. Es decir, para los dos. —Amplió su sonrisa y

señaló la mesa como si se tratara de una azafata de televisión mostrando el resultado de un premio. Reconozco que todo tenía muy buena pinta, desde la ensalada de brotes verdes hasta los filetes en salsa y las patatas asadas.

—Vaya… No sabía que supieras cocinar.

Tessa se rió un poco y negó con la cabeza. Aquella actitud desenfadada y simpática me sorprendió y desconcertó a partes iguales. Desde nuestro encuentro en el aeropuerto, la actitud de Tessa había sido esquiva y distante. Pero algo había cambiado allí.

—Bueno, me defiendo en la cocina, pero en realidad esto es un pedido a domicilio. Quería obsequiarte con algo bueno de verdad. Le dije a tu secretaria que me avisara cuando salieras del trabajo, así que aún está caliente. Ponte algo cómodo y vente.

Balbuceé un «de acuerdo» y me encerré en la habitación con la sensación de confusión golpeando la base de mi estómago. ¿Qué demonios estaba pasando allí? ¿Por qué de pronto Tessa se comportaba de una forma tan complaciente?

Aquello era lo peor que podía pasar dadas las circunstancias. Porque evitar a la Tessa esquiva hubiera resultado fácil, pero ¿cómo evitar a esa nueva versión dulce y considerada que se había molestado en comprarme la cena?

Me vestí con una camiseta blanca y un pantalón de deportes gris holgado y regresé al salón. Tessa había puesto un poco de música, servido vino y ya se encontraba sentada en una de las sillas, mirando algo distraída en su móvil. Lo dejó sobre la mesa al verme, recibiéndome con una cálida sonrisa.

No sé por qué, en aquel momento, regresó a mí una de las frases que dijo el sábado: «Quería parecer follable. ¿Eso sí lo parezco?».

Maldita sea, esa frase llevaba días torturándome, junto a la pregunta: «¿Parezco alguien con quien querrías follar?».

Agh.

¿Por qué nadie había inventado aún una máquina que te arranque los recuerdos del cerebro?

Carraspeé, observando cada uno de los platos colocados sobre la mesa.

—¿A qué viene este festín? ¿Celebramos algo? —Por unos instantes, pensé que quizás aquella era una especie de cena de despedida y que habría encontrado un piso en el que mudarse.

La posibilidad trajo en mí sentimientos encontrados. Por un lado, que se marchara sería lo mejor que podría pasar, porque estaba claro que vivir juntos estaba confundiéndome demasiado, y suficiente tenía con verla pasearse por los pasillos del trabajo con sus tacones y sus trajes profesionales. Pero por otro… me gustaba tenerla allí. A pesar de que nuestra relación no había sido la mejor, me gustaba llegar a casa y que ella estuviera en ella, o encontrarme cosas suyas por todas partes.

Sin embargo, aquella suposición fue del todo incorrecta.

—He pensado que podríamos tomarnos esta cena como la pipa de la paz. —Hizo un mohín con sus labios, en un gesto adorable—. Sé que no he sido la persona más amigable del mundo estas últimas semanas, y lo siento. A pesar de que te he tratado mal en muchas ocasiones, tú siempre has sido bueno y amable conmigo. Haré un esfuerzo para que, a partir de ahora, nuestra relación sea más cordial. A cambio, solo quiero pedirte que tú también hagas un pequeño esfuerzo por mí.

—¿Un esfuerzo?

—Deja de verme como una niña. Puede que a veces la cague y que parezca inmadura, como el sábado, cuando bebí de más y tuviste que venir a por mí, pero no lo soy. No soy una niña. Tengo veinticuatro años; hace mucho que dejé atrás la mayoría de edad. Y ni siquiera cuando era menor pude comportarme como tal porque tenía una madre enferma a la que cuidar. —Se mordió el labio, gesto en el que pude leer el dolor que eso le provocaba—. Sé que tú me recuerdas como aquella niñita a la que llevabas a clase e invitabas a batidos, pero hace mucho que aquella niñita

creció. Y que me sigas tratando como tal me hace sentir mal.

Me quedé sin saber qué decir. No era consciente de que la estuviera tratando así. O al menos, en ningún momento esa fue mi intención. Era verdad que tenía muy vivo el recuerdo de nuestra relación durante su adolescencia, porque fue pura, sincera y genuina, y me gustaba lo que sentía a su lado. Todo era fácil y sin complicaciones cuando estábamos juntos. Supongo que pensé que podríamos regresar a esa dinámica ahora que ella estaba de vuelta. Y me equivoqué. Porque ella había cambiado, y dudaba que nuestra relación pudiera volver a ser así de pura, sincera y genuina. No cuando había atracción, al menos por mi parte.

—Siento haberte hecho sentir mal, Tessa —dije cuando finalmente terminé de enfrentarme a mis propias certezas—. Prometo hacer ese esfuerzo que me pides a partir de ahora.

Tessa asintió con satisfacción ante mis palabras y sugirió que comiéramos antes de que la comida se enfriara. Así que eso hicimos. Todo estaba tan delicioso como parecía, y eso le dije.

***

Fue la primera cena cordial entre nosotros. La primera de muchas que vendrían después. Era un placer conversar con ella así, sin un muro infranqueable entre nosotros. Porque Tessa seguía siendo la chica lista e inteligente de siempre, y conversar con ella de cualquier cosa era un placer.

Entendí por qué en el trabajo había tardado tan poco en metérselos a todos en el bolsillo. Tessa, al igual que Easton, tenía un carisma natural. Uno de esos carismas con los que la gente nace, que es imposible de replicar por mucho que se entrene.

Después de la cena, sacó el postre, una tarta de fresa de una de las mejores pastelerías de la ciudad, y me sirvió una porción. Me conmovió que recordara que ese era mi sabor favorito.

La cuestión es que el ambiente entre nosotros se volvió íntimo, cómplice. Quizás

demasiado. Por eso, en un momento dado, no se me ocurrió otra cosa que preguntar:

—¿Sigues queriendo tener muuuuuchas experiencias?

No estaba seguro de que ella recordara todo lo que ocurrió entre nosotros aquella noche, ni lo que dijo. Pero por la forma en que se sonrojó y se atragantó con un trozo de tarta, al menos sí recordaba lo suficiente.

—No puedo creer que sea una borracha tan pésima, pero… siendo honesta, sí, quiero tener muuuuchas experiencias. Como te he dicho antes, nunca pude tener una adolescencia normal como las demás chicas, y hay ciertas cosas que no he vivido. Como un primer amor de verdad. O disfrutar de… bueno, ya sabes —bajó un poco la voz—, el sexo. —Al ver mi cara de estupefacción, se explicó—. O sea, he tenido mis rollos y he salido con algún que otro chico, pero no he podido disfrutarlo al 100% porque siempre tenía otras preocupaciones. Mi madre, la universidad… Ahora que estoy libre de esas cadenas, ha llegado el momento de desatarme en todos los sentidos, ¿no te parece?

Forcé una sonrisa y un asentimiento, y me metí una cucharada de tarta en la boca con desgana mientras sentía los músculos de mi mandíbula tensarse. Porque la idea de que Tessa se desatara no me gustaba ni un pelo. Aunque, ¿quién era yo para cortarle las alas? Tenía razón en todo, ahora era una mujer adulta y tenía derecho a vivir todas las experiencias que la vida le había robado.

Entonces, ¿por qué la idea de qué lo hiciera se sentía como si un rayo me partiera en dos?

14

Ryan

Aquello estaba siendo jodidamente bueno. Tessa sabía lo que hacía con su boca de pecado, y yo disfrutaba a lo grande con su forma de succionar y lamer mi polla.

—¿Este es el tipo de experiencias que querías vivir? —pregunté, enredando mis dedos en su pelo.

—Era una de ellas, sí. —Se quitó la erección de la boca y chupó el glande, arrancándome un gruñido.

—Pues pienso darte todas las que quieras, nena.

Empujé un poco la parte posterior de su cabeza y le metí el miembro hasta el fondo. Un gemido escapó de su garganta, y me recibió con hambre. Movió su lengua y aumentó el ritmo de sus movimientos. Dios, aquello se sentía como tocar el cielo. Yo empecé a mover las caderas hacia adelante y hacia atrás en un vaivén delicioso.

Quién me hubiera dicho que Tessa, la hermana pequeña de Easton, fuera tan buena haciendo aquello.

Era una maldita diosa. Y me moría de ganas de devolverle el favor hasta dejarla inconsciente de placer sobre el colchón.

Espera…

¿Qué?

Abrí los ojos de golpe, sacudido por la vergüenza, la contrariedad y la excitación. Todo a la vez. La imagen de Tessa arrodillada sobre la alfombra mientras yo recibía placer sentado en el sofá fue sustituida por otra imagen: la de mí mismo sintiéndome profundamente arrepentido.

Puede que no pudiera controlar mis sueños, pero sí debería poder controlar lo que me excitaba. Y bueno, digamos que en aquellos instantes mi polla estaba tan dura que dolía.

Me levanté de un salto, intentando dominar el latir frenético de mi corazón. Mi respiración también estaba desbocada y sentía el pecho subir y bajar a toda velocidad.

¿Cómo había podido soñar algo así? ¿En qué clase de degenerado me estaba convirtiendo?

Me di una ducha de agua fría y, cuando salí de ella, los efectos devastadores del sueño seguían allí. Por lo visto, una parte muy concreta de mi anatomía no había entendido aún que lo que había soñado no iba a suceder y que, por tanto, lo mejor para todos era que se relajara.

Ni siquiera había amanecido cuando me puse uno de mis trajes y salí de casa maletín en mano. Había pensado en pedirle a Tessa que me acompañara al trabajo. Después de la cena de reconciliación de la noche anterior, esperaba que nuestra relación fuera lo suficientemente pacífica como para que ella se ahorrara el trasiego del transporte público. Pero… dadas las circunstancias, lo mejor era evitar encontrármela aquella mañana. ¿Cómo diablos se suponía que debía mirarla después de aquel sueño?

Llegué al despacho con la idea de tumbarme en el sofá un rato antes de empezar a trabajar. Aún era de madrugada, y yo me sentía demasiado cansado. Ni siquiera encendí la luz. Me dejé caer en mi sofá de cuero con la intención de que sus cojines mullidos me recibieran, pero, en su lugar, me recibió otro cuerpo y una jauría de gritos.

—¿Easton? —pregunté, después de arrastrarme hasta la pared y encender la luz.

—Joder, tío, creo que me has roto dos o tres costillas. —Easton se frotó el costado con una mueca de dolor, ahí donde mi trasero había impactado antes de ser consciente de que había alguien debajo.

—Pero ¿qué diablos haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —Comprobó la hora en su móvil—. Solo son las cinco. No te

esperaba hasta las ocho.

—Easton, eres tú quien ha ocupado mi despacho sin permiso, ¿no crees que deberías ser tú quien diera explicaciones?

Se quejó un poco más y se sentó en el sofá, con cara de cansancio absoluto. Estaba claro que para él aquella tampoco había sido una buena noche.

—He discutido con Nora. Y si ya es difícil discutir con ella en su estado natural, no quieras imaginarte lo que es hacerlo estando embarazada.

—Ya… —Que Nora y Easton discutieran no me preocupaba. Por algo su relación empezó con un «enemies to lovers» de manual—. ¿Y por qué estás en mi sofá en lugar del tuyo?

—Pues porque el mío es incomodísimo, tío. Muy bonito y muy de diseño, pero la comodidad no es lo suyo. Con lo que me costó, debería sentirse como estar flotando entre algodones, pero más bien se siente como tumbarse sobre asfalto.

—Ya, bueno, avísame la próxima vez. Más que nada para no sufrir un puto infarto.

Me senté a su lado en el sofá y él me miró intrigado, de reojo.

—¿Ahora me vas a contar qué haces en tu despacho a estas horas? No me digas que te ha entrado una necesidad imperiosa de trabajar. Te gusta tu trabajo, pero tampoco tanto.

Sonreí, pensando en lo capullo que era mi amigo, pero en la razón que tenía. Porque sí, me gustaba la empresa que habíamos montado juntos y estaba súper orgulloso de todo lo que habíamos conseguido, pero ni de lejos sentía la pasión al trabajar que sí sentía él.

—Yo solo… me he desvelado. Y en lugar de quedarme en casa dando vueltas en la cama, he pensado que me iría bien un cambio de escenario.

—Entiendo. —Siguió mirándome de aquella manera, como si supiera que escondía algo, y yo intenté ignorarlo con la esperanza de que no hiciera más preguntas. Pero, ¡ñec! Error. El detector de problemas de Easton lo pilló pronto—. ¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, está

claro que estás aquí por algo más que un simple desvelo.

Me froté las manos con nerviosismo y pensé que lo mejor sería mentir. Pero no se me ocurrieron excusas y, pensándolo bien, tener una visión objetiva de aquella problemática quizás me ayudaría a verlo todo con perspectiva.

—Verás… hay algo que me preocupa. Se trata de una chica.

—¿Una chica? —Sonrió—. ¿Ryan Reed desvelado por una chica? Esto sí que es nuevo. Lo habitual es que las chicas te quiten el sueño, pero de una forma muy distinta.

—Ya, bueno… —murmuré, intentando buscar la forma de explicarme sin ser demasiado específico—. Se trata de un caso un poco difícil para mí. Existe cierta diferencia de edad.

—¿Es mayor o menor?

—Menor.

Easton asintió. Por unos instantes, creí que ataría cabos y entré en pánico, así que inventé algo a toda prisa:

—Es una chica que conocí en un bar hace unos días. Cuando empezamos a hablar, pensé que tendría más o menos mi edad, pero resulta que le saco unos cuantos años. —No quise especificar cuántos.

—Ajá… bueno, ¿ella es mayor de edad?

—¡Por supuesto! —respondí, casi ofendido—. Nunca se me ocurriría intentar algo con una menor.

—Entonces, ¿cuál es el problema? La edad es solo un número. Además, conociéndote, lo único que buscas es tener una aventura con ella. Si ella está de acuerdo y lo consensuáis todo, ¿qué más da esos años de diferencia?

Me pregunté si seguiría pensando lo mismo de saber que esa chica era Tessa, su querida hermana pequeña, pero no quise averiguarlo. Todo el mundo sabe que es fácil ser comprensivo y

abierto cuando se trata de alguien ajeno a ti.

Siguió soltando frases cliché sobre que el amor no entiende de edades y mucho más blablablá al que no hice demasiado caso, porque lo que dijo antes que eso hizo mella en mí.

¿Podía realmente dejarme llevar por lo que empezaba a sentir por Tessa sin que aquello supusiera un problema?

Entonces… ¿podía considerar a Tessa como una mujer a mi alcance, a la que poder desear?

15

Tessa

Entré en la oficina sintiéndome mucho más animada que en días anteriores. La verdad es que pensaba que la cena con Ryan había sido una gran idea por varias razones: la primera, que con aquella tregua desaparecería parte de mi tensión. Eso quería pensar y de eso me había convencido. Tal vez por ese motivo entré en una de las cafeterías que había de camino a la oficina y le compré su café favorito. O al menos esperaba que aún lo fuera. Lo cierto es que Ryan se había molestado en hacerme café y comidas desde que yo había vuelto pero, al revés, no me había preocupado mucho. Sabía lo que le gustaba al Ryan del pasado, eso sí, pero ¿seguiría siendo lo mismo? después de todo los años no habían pasado solo para mí, sino también para él.

Eso me llenó de… ¿Emoción? no sabía bien cuál era la definición, pero creo que averiguar que todavía podía redescubrir muchas partes de Ryan me emocionó, sí. Lo que me faltaba averiguar era si aquello era sano o no. Intuía que no lo era, pero no pensaba asfixiarme a mí misma aquella mañana, así que llegué al edificio, subí en el ascensor, atravesé todos los pasillos que me llevaban al despacho de Ryan y, cuando entré, lo hice con una sonrisa radiante y determinación. Quizás demasiada, porque Ryan estaba de pie, junto a una de sus librerías, y dejó caer el libro que tenía entre las manos cuando me vio.

—Uy ¿te he asustado? —pregunté intentando sonar inocente y pensando que quizás me había pasado con eso de la determinación.

—No te preocupes, es que estaba… distraído. Buenos días.

—Buenos días —le dediqué mi mejor sonrisa y me acerqué estirando el brazo que contenía el café—. Ten.

—¿Y esto?

—Bueno, pensé que te iría bien tomar tu café favorito, porque al parecer saliste bien temprano de casa hoy.

—Sí, es que tenía cosas pendientes. —Miró a su alrededor, como si buscara desesperadamente esas cosas para enseñármelas—. Mucho… mucho trabajo atrasado.

—Entiendo. —Señalé el café sin darle más importancia a su conversación—. ¿Sigue siendo tu favorito? No sabía qué pedir, así que opté por el de hace años.

Él dio un sorbo antes de responder y debo confesar que, en secreto, pensé cómo sería sentir que esos labios se cernían sobre mí y no sobre el vaso de cartón. Fue un pensamiento fugaz, de apenas un instante, pero estuvo ahí. Debería haber sido suficiente para hacer saltar mis alarmas pero al parecer estaba decidida a pasar algunas líneas convencida de mí misma y mi capacidad de autocontrol.

—Está buenísimo. Y sí, sigue siendo mi favorito —me dijo sonriendo.

Fue una sonrisa preciosa que hizo que los extremos de sus ojos se achicaran, demostrándome que los años habían pasado para él también. No era mayor, ni muchísimo menos, pero el estrés y las horas de trabajo en la oficina empezaban a dejarse ver en su rostro. No era una queja tampoco. En realidad, creo que eso le dotaba de un aire aún más atractivo, para mi desgracia, porque se me hacía difícil dejar de mirarlo.

Tal vez por eso di un paso instintivo atrás y sonreí de un modo un tanto forzado.

—Te dejo trabajar. Además, tengo mil cosas que hacer.

—Claro, ve tranquila.

Salí de allí caminando hacia atrás como una tonta y solo cuando estuve fuera y con la puerta cerrada me di cuenta de que, por más que lo intentara, en su presencia siempre acababa comportándome un poco como aquella niñata embobada.

Me fui a mi sitio y me puse a trabajar pensando en ello. Tras un par de horas, llegué a la

conclusión de que el problema era que no me había tomado en serio eso de tener experiencias sexuales. De algún modo había acabado otra vez en un bucle mental peligroso, porque no dejaba de pensar en Ryan y, de hecho, empezaba a fantasear con él y eso no era bueno. No. Nada bueno.

Tenía que salir, distraerme, ganar experiencias tal y como llevaba un tiempo queriendo hacer. Por eso, cuando Adler vino a buscarme para que lo acompañara a tomar algo a la zona de descanso, no me lo pensé dos veces. Le seguí y pensé que, en realidad, parecía un chico adecuado para llevar a cabo todas esas experiencias que quería. Era listo, guapo, amable, simpático y parecía que yo le gustaba. No estaba enamorada de él, obviamente, y estaba segura de que nunca lo estaría, pero era una opción más que buena para librarme de las telarañas sexuales que había estado tejiendo en los últimos tiempos. Podríamos ser amigos con derecho a roce.

—¿Cómo va la mañana? —preguntó cuando nos sentamos frente a una de las mesas largas que había para que compartieramos espacio como buenos compañeros.

—Bien, la verdad es que cada vez me gusta más mi trabajo. ¿Y tú?

—Bien. Después de unos días intensos, parece que el jefe ha aflojado un poco su presión sobre mí. Hoy apenas me ha ladrado y parece distraído, así que me alegro.

Yo también había notado a Ryan distraído y me pregunté si ocurriría algo malo. Fruncí el ceño. Que me preocupara más eso de lo que me alegraba que no le hubiera ladrado a Adler debió decirme algo, pero decidí ignorar todo eso y sonreír, porque era una chica con una misión a la que no quería renunciar todavía.

—Oye, he estado pensando que deberíamos salir a tomar algo hoy. ¿Qué te parece?

—¿Tú y yo solos?

—Y los demás, si quieren.

Sí, vale, era raro que yo misma nombrara a los demás si pretendía tener sexo con él, pero es que quería que entendiera que aquello no era un inicio de relación, ni una cita. Sí, pretendía llevarme a Adler a la cama, pero no quería nada serio. Ni siquiera casual, porque eso implicaba algún tipo de repetición y yo no estaba segura de si iba a repetir. Para eso tenía que ver si había química sexual, ¿no? así que, pese a su cara de decepción, insistí en que avisáramos a los demás y él me aseguró que se lo diría a algunos a lo largo de la mañana.

Me quedé conforme, y contenta, y una vez me había asegurado de que no íbamos a estar juntos, me dediqué a coquetear con él para que entendiera que eso no significaba que no iba a tener suerte esa noche. Hoy en día todavía no sé si lo entendió, pero de todos modos dio igual porque entró al trapo del coqueteo en cuestión de segundos sin plantearse siquiera por qué motivo flirteaba de ese modo en el trabajo.

Salimos de la sala de descanso sonriendo como tontos y yo, además, felicitándome a mí misma por haber elegido ropa interior bonita ese día. No era lo mismo empezar a tener experiencias sexuales con ropa de encaje negra que con bragas de algodón. Me pasé las siguientes horas de la jornada yendo de aquí para allá, confirmando con algunos compis la salida, trabajando y mirando de soslayo a Ryan cada vez que salía de su despacho y podía recrearme en el modo en que se le pegaba el pantalón de traje al trasero.

Fue, en términos generales, una jornada laboral bastante buena, y cuando por fin fiché para salir, me dije a mí misma que lo mejor del día estaba por llegar.

—¿Lista? —preguntó Adler a mi lado en cuanto pusimos un pie en la acera.

—Yo nací lista, cielo.

Su sonrisa fue tan genuina y, al mismo tiempo, sexy, que supe que él ya era conocedor de mis intenciones. Aquella noche tendría sexo después de mucho tiempo. Lo deseaba. No solo por el placer físico (que también) sino porque iba a romper con una sequía que ya estaba durando demasiado. Tenía que empezar a vivir mi vida como adulta independiente en Nueva York y de

repente no podía esperar ni un minuto más para hacerlo.

16

Ryan

Llegué al local al que sabía que iban a ir antes que ellos a propósito. Era una locura. No debería hacer aquello pero no sé. Enajenación mental. Sí, podríamos llamarlo así.

Todo había empezado horas antes, cuando había oído a dos chicas hablando en la sala de descanso. Comentaban que la chica nueva, Tessa, era simpática y cercana. Que había propuesto salir a cenar y tomar algo a algunos compañeros y había pedido que se corriera la voz. La verdad es que me gustó que comentaran que Tessa se preocupaba de que nadie se sintiera excluido. No era una reunión de un solo grupito de la oficina sino que había insistido en que se corriera la voz y que todo el que quisiera podía hablar con ella o con el imbécil de Adler para que pudieran reservar para cenar y luego irían a tomar algo al mismo sitio de la otra vez.

Sitio del que recordemos que tuve que sacarla borracha y sin tenerse en pie prácticamente. Lo primero que había actuado en mi mente había sido la preocupación, o eso me repetía yo para no quedar mal conmigo mismo. La realidad, si era sincero, era que aquella misma mañana me había despertado con un sueño erótico y un empalme tremendo por culpa de Tessa pero, en vez de alejarme de ella, estaba allí, en el pub al que sabía que iría con los compañeros, para poder verla y sobre todo para poder asegurarme de que no hacía ninguna tontería. Y lo peor no era eso, sino que había estado valorando seriamente la posibilidad de apuntarme a la cena, pero sabía que eso habría sido demasiado raro, incluso para mí.

Easton y yo nos llevábamos bien con nuestros empleados, o al menos eso creíamos. No nos llegaban demasiadas quejas de nuestras funciones como jefe. Bueno, supongo que Adler sí tenía algo que decir sobre mí como jefe, pero el resto del equipo parecía bastante contento y satisfecho trabajando para nosotros. Pero aun así, nos habíamos preocupado mucho de marcar ciertas líneas

entre los trabajadores y nosotros, no por esnobismo, sino precisamente para darles libertad y que se sintieran cómodos. Era importante que ellos tuvieran la línea marcada y sus propios espacios para hablar del trabajo sin la presión de que el jefe los estuviera mirando. Todavía pensaba de esa manera pero, cuando puse en una balanza la opción de dejarlos ir tranquilo y marcharme a casa, y la de plantarme en el pub y esperar a que llegaran para hacerme el sorprendido, como si yo no tuviera ni idea de que iban a ir ahí, elegí la segunda.

No sabía si era la correcta, pero ya estaba allí, así que caminé hasta la barra, me senté en el único banco libre y pedí una cerveza mientras esperaba. Estaba nervioso y eso era una mierda, porque yo no era dado a ponerme nervioso con las interacciones sociales, pero en el fondo me sentía como un niño pequeño haciendo una travesura. Sabía que había algo raro en presentarme allí y sabía que lo pensaría más gente. Y aun así me dio igual.

Tessa y sus compañeros no tardaron mucho en llegar. Ella estaba preciosa. No se había cambiado, así que no llevaba nada que no hubiera llevado durante todo el día pero después de horas y horas intentando evitar pensar en ella, verla de nuevo me incitaba a romper mis propias normas y pensar en ella. En ella y en lo que sentía al verla. La palabras de Easton acudieron a mí, pero las eché a un lado, porque era mi momento de actuar y tenía que concentrarme.

—¿Ryan? —Tessa se acercó con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—Ey, ¡hola! —Me hice el sorprendido tanto como pude—. Me apetecía tomar algo después del trabajo y antes de volver a casa. ¿Y tú?

Era un mentiroso, joder, y algún día la vida me haría pagar por ello, pero en aquel momento no me importaba lo más mínimo.

—¡Igual! —exclamó—. Algunos de la oficina hemos venido después de cenar para tomar algo. ¿Te unes a nosotros?

—No sé… no quiero ser el jefe cortarollos —fingí.

—¡No lo eres! Estoy segura de que todos se alegrarán de verte.

Tenía razón solo a medias. Casi todos se alegraron de verme. Casi todos, menos Adler, que fue incapaz de disimular. Me alegré de encontrar a alguien que era peor actor que yo tanto que hasta le sonreí.

Por desgracia, mi buen humor solo duró hasta que vi el modo en que Tessa se comportaba con él. Al principio no me di cuenta. Era amable, pero eso en ella era normal. Era amable con todo el mundo. En cambio, conforme avanzaba el tiempo, pude ver que era demasiado amable. Demasiado, demasiado. Lo incitaba a bailar, se acercaba para hablarle al oído de tal modo que hacía que sus pechos se rozaran y se ponía de puntillas para abrazarlo cada poco, poniéndome enfermo con ese gesto.

Intentaba ser frío, pero era demasiado complicado, porque con cada abrazo que ella le daba y él le devolvía; con cada sonrisa, flirteo y baile que presenciaba sentía más y más deseos de arrancarle la cabeza a Adler. Me gustaría decir que fui un caballero pero lo cierto es que no fue así. Empecé a meterme en medio con excusas tontas. Si Tessa intentaba bailar con él, yo bailaba haciendo el bruto y fingía que tropezaba con ellos. Si lo abrazaba para cuchichear, yo me acercaba y preguntaba si habían visto a algún compañero o compañera porque no lo encontraba. Si veía demasiadas sonrisas entre ellos preguntaba abiertamente si me estaba perdiendo un chiste y me cargaba de ese modo la tensión entre los dos. Era inmaduro y un poco irracional, pero no me sentía capaz de controlarlo. Lo peor (o lo mejor, según se mire) es que Tessa se dio cuenta y no pasó mucho tiempo antes de que me interceptara. Yo iba saliendo del baño y ella me esperaba en el pasillo, apoyada en la pared, con los brazos cruzados, actitud retadora e irresistiblemente preciosa, aunque su enfado fuera evidente.

—¿Ocurre algo?

—¿De verdad vas a preguntarme eso? —Se acercó a mí con paso decidido y clavó su dedo índice en mi pecho—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—¿Yo? No sé, lo que me has dicho, ¿no? Pasarlo bien y…

—¡No estás pasándolo bien sin más! Estás pasándolo bien mientras te cargas todos mis intentos de coquetear con Adler.

—¿Estás intentando coquetear con Adler? —La pregunta sobraba, era más que evidente que lo hacía, pero pensé que las cosas irían mejor si me hacía el tonto y fingía inocencia.

Por desgracia, Tessa no era una mujer muy dada a creer en la inocencia de los hombres. O más concretamente en la mía.

—No te metas en lo que haga con Adler, Ryan, te lo advierto.

—Siento decirte que no me estoy metiendo, cielo. Lo que pasa es que te has ido a fijar en un pringado que quizás no sabe interceptar tus intenciones.

—Te aseguro que sí que sabe.

—Yo creo que no.

—¡Da igual lo que tú creas porque no es de tu incumbencia!

La miré sorprendido. Tessa había mostrado mal humor conmigo desde su llegada, salvando la tregua que recientemente habíamos hecho, pero nunca me había gritado… hasta ese momento.

—Claro que es de mi incumbencia, Tessa. ¿Sabes por qué? Porque me preocupo por ti. No quiero que empieces una relación con un cretino que…

—¡Nadie ha hablado de empezar una relación! Salvo tú —me interrumpió ella—. Yo lo único que quiero es ganar experiencias y hacerlo cuanto antes.

—¿Experiencias?

—¡Ya hemos hablado de esto! —siguió exclamando. Parecía nerviosa, casi frenética, y me sorprendió que volviera a clavarme el dedo en el pecho tan fuerte como para hacerme retroceder y caminar hasta que mi espalda tocó la pared del pasillo en el que estábamos—. ¡Necesito sexo, Ryan! Y lo necesito ya, maldita sea.

Tragué saliva. Sabía las intenciones que tenía Tessa, joder, ella misma me las había

confesado durante nuestra cena amistosa, pero oírla hablar tan abiertamente de que quería… no, no quería, más bien “necesitaba” sexo me enloquecía. Era algo superior a mí. Me sentía desbordado y con ganas de… de… ¡Maldita sea! No sé de qué tenía ganas, pero desde luego no era de quedarme de brazos cruzados.

Tessa me observaba con la respiración acelerada, como si acabara de dar cuatro vueltas corriendo a la manzana.

—No necesitas sexo con Adler, joder —fue todo lo que logré decir.

—Eso no lo decides tú. Quiero aprender más cosas, Ryan. Merezco vivir mi sexualidad, explorarla al máximo sin comprometerme y él es un buen chico. Me tratará bien y… y yo necesito vivir ¿entiendes? Necesito sentir que perdí mi adolescencia cuidando de mi madre y estudiando sin descanso para salir de aquel infierno de casa, pero aun así puedo disfrutar de la vida. Y del sexo. Aunque ya no sea una adolescente. Quiero ganar experiencias, quiero disfrutar de mi cuerpo y del cuerpo de un hombre sin pensar en nada más que en obtener el placer y…

—¿Quieres lecciones, Tessa?

La voz me salió tensa e imperiosa, pero fue porque estaba volviéndome completamente loco oírla hablar así. Sentía que me faltaba el aire, la saliva y hasta el maldito corazón me iba a destiempo escuchando cómo pensaba obtener todas aquellas maravillosas y jodidas experiencias del cretino de Adler. No, no podía permitir eso.

—Ryan…

No fui consciente de que esta vez era yo quien empujaba suavemente a Tessa con mi cuerpo hasta hacerla cruzar de nuevo el pasillo. Esta vez fue su espalda la que se apoyó en la pared y fui yo quien se cernió sobre ella. Acerqué mi cara a la suya hasta que estuvimos a escasos centímetros y sentí su respiración estrellarse contra mi cara. Quise tragar saliva, pero no lo hice porque no quería parecer inseguro. Quería parecer… No sé. Aún hoy no tengo ni idea de qué imagen quería dar porque lo cierto era que me dominaba la necesidad más primitiva que había

sentido nunca.

—Te lo repito, Tessa: ¿Quieres lecciones?

—Ya sabes que sí —susurró con un hilo de voz.

—Bien. Yo te las daré.

—Ryan…

Su voz sonaba rara. ¿Suplicante? ¿Anhelante? No lo sabía. Tampoco me importaba. Todo lo que me importaba era seguir adelante con aquello, por loco que pareciera.

—Después de todo, no sería la primera vez que me convierto en tu maestro, ¿no? ¿Qué me dices?

17
Tessa

Imagina que tu crush de cuando eras adolescente se ofrece para ser tu profesor sexual en la actualidad. ¿Cuál sería tu reacción? Puede que el cuerpo entero se te convirtiera en gelatina, que el pulso se te disparara como loco y que empezaras a hiperventilar. Pues eso fue justo lo que me pasó esa noche cuando Ryan dijo que podía darme lecciones de sexo. Habían pasado años desde aquel enamoramiento adolescente, pero seamos sinceros: donde hubo fuego, siempre quedan cenizas, y mi atracción hacia Ryan había estado latente desde nuestro reencuentro en el aeropuerto.

Acorralada contra la pared de aquel pub, con Ryan sobre mí, mil pensamientos caóticos y contradictorios pasaron por mi cabeza. ¿Ryan estaba diciendo aquello en serio? No, ¿verdad? Tenía que ser una broma. Una broma enfermiza que terminaría por matarme, teniendo en cuenta la velocidad a la que el corazón latía dentro de mi pecho.

—¿Estás loco? —improvisé, intentando mostrarme serena y confiada, aunque las piernas me temblaban y sintiese la boca tan pastosa que me costaba tragar saliva—. No es lo mismo que me enseñes español a que me enseñes… —bajé la voz, cohibida—, sexo.

Un grupo de chicas salió del baño en aquel momento y nos miraron entre risitas. Imagino que, ante sus ojos, éramos una pareja aprovechando la oscuridad para meterse mano. Lo que significaba que, de ser descubiertos por alguien del equipo, podríamos convertirnos rápidamente en la comidilla de la empresa. No sé si el rumbo de los pensamientos de Ryan siguió el mismo camino que el mío, pero justo entonces me cogió del codo y me llevó a un lugar apartado, alejado de miradas indiscretas.

De nuevo contra la pared, su mirada se clavó en la mía.

—Tú quieres experiencias, y yo estoy dispuesto a dártelas. —La voz de Ryan sonó grave y sus ojos, a través de las sombras, parecían oscurecidos por el deseo—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que esto no está bien. Eres mi jefe y…

—No soy tu jefe —puntualizó Ryan con una sonrisa segura—. Eres un miembro del equipo de desarrollo, así que tu jefe es Easton.

—Ya, pero trabajamos juntos.

—Adler también trabaja contigo, ¿no? E ibas a acostarte con él.

—Pero él no es un superior —dije, cada vez más nerviosa, porque Ryan seguía demasiado cerca y sus labios estaban a escasos centímetros de los míos, lo que resultaba muy inconveniente. Era incapaz de controlar el flujo de mi mirada, que se movía hacia ellos con demasiada frecuencia—. Ni vivimos juntos.

—Vivir juntos facilitará las cosas si lo piensas bien. —Ladeó un poco la cabeza y se humedeció el labio inferior sin dejar de mirarme—. Podríamos dar lecciones siempre que quisieras.

—Ryan… —Lo dije casi como una súplica, o como un lamento, porque a esas alturas tenía un hormigueo pulsátil entre las piernas que deseaba ser satisfecho—. Esto no está bien —musité —. Me ves como una niña, como a una hermana pequeña.

Se tomó su tiempo en responder esta vez, y lo vi tragar saliva con dificultad antes de hacerlo:

—Eso no es cierto. No te veo como una niña, y desde luego no te veo como una hermana pequeña. Puede que en el pasado fuera así, y eso me haya estado confundiendo todo este tiempo, pero puedo asegurarte que en este momento, a mis ojos, eres una mujer. Una mujer a la que quiero ayudar con sus… —lo pensó un poco antes de terminar la frase—, experiencias.

—¿Y después qué? —pregunté, intentando conservar la capacidad de raciocinio, aunque a

esas alturas esta no estaba muy boyante—. Cuando todo esto termine, ¿qué?

Ryan se encogió de hombros.

—Cuando todo esto termine y hayas aprendido lo suficiente y no quieras más lecciones… podemos fingir que todo esto no ha pasado.

Si la situación no hubiera sido tan tensa, probablemente me habría reído. ¿Cómo se supone que debes fingir que no has tenido sexo con tu primer amor?

—Pero ¿por qué quieres hacer esto? —Mi cabeza era una maraña de preguntas sin respuesta.

De nuevo, se tomó su tiempo en responder, pero mientras lo hacía, sus ojos me miraban como un lobo hambriento mira a una presa que desea devorar.

—Bueno, para empezar, porque soy mucho mejor candidato que el idiota de Adler. Y para terminar, porque estoy limpio, seré cuidadoso y no romperé tu corazón.

Esa sí era buena, ¡ya había roto mi corazón en el pasado! Aunque no fuera su culpa ni fuera consciente de ello, me dolió que lo dijera con aquella ligereza. Intenté recapitular la conversación desde el principio. Según había dicho, quería tener sexo conmigo para ayudarme, como hizo en su día con mis clases de español, y eso no estaba bien. No quería que se acostara conmigo por lástima, pena o condescendencia. ¡Ese no era el tipo de experiencias que quería! Y menos viniendo de él.

—Pero yo no te gusto —dije con la voz un poco temblorosa—, y no me deseas. No quiero tener sexo con alguien que lo único que quiere es protegerme de no sé muy bien qué.

Una sonrisa torcida de incredulidad se abrió paso entre sus labios y la expresión de su rostro cambió. Miró hacia los lados y, tras un pequeño fruncimiento, me cogió de nuevo del brazo y me llevó a la zona más alejada y solitaria del local, allí donde la música y el murmullo del gentío llegaban de forma amortiguada. Era como si hubiéramos descendido al mismísimo infierno.

Entreabrí los labios, dispuesta a decirle que quería volver con los demás, cuando las manos de Ryan me inmovilizaron el rostro y su boca cubrió la mía con brusquedad.

En el pasado, había soñado muchas veces con los besos de Ryan, pero en todos esos sueños adolescentes, Ryan y yo empezábamos a besarnos de forma suave y dulce, como en esos primeros besos de las series juveniles de mi época. Los de mi imaginación eran besos bastante ingenuos, aunque alguna vez, durante las noches, fuera un poco más allá para dar rienda suelta al deseo contenido. Sin embargo, en ningún caso soñé con… eso. Ni siquiera sabía que los besos pudieran ser de esa manera.

Cuando la boca de Ryan colisionó contra la mía, no fue dulce ni suave, sino todo lo contrario. Deslizó su lengua en mi interior y buscó la mía con urgencia, apretándose contra mí. Me clavó la erección en el estómago mientras me comía la boca como si llevara tiempo soñando con ella. Como si me deseara con tanta intensidad que no se pudiera controlar.

Me hizo abrir más la boca, tirando mi cabeza hacia atrás para profundizar en el beso. Gruñí, gemí y jadeé desesperada mientras su lengua hacía cosas maravillosas, y fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en lo increíble que sería sentir eso mismo entre mis piernas. Cada lametazo suyo enviaba una señal en forma de relámpago hacia mi sexo. Dios, estaba muy excitada y necesitada, así que empecé a frotarme contra él, buscando aliviarme. Ryan dejó de acunarme el rostro para usar sus manos con otros fines. Me acarició los pechos por encima de la ropa y luego coló una mano bajo la falda para tocarme sobre la ropa interior. Cuando su pulgar acarició mi clítoris a través de la tela, estuve a punto de correrme. Pero eso no entraba en sus planes, por supuesto que no. Retiró la mano a tiempo y rompió el beso justo entonces, dejándome insatisfecha, cachonda y con ganas de más.

Lo miré a través de mis ojos nublados por el deseo. Estaba aún muy cerca y sus ojos seguían fijos en mi boca, como si se estuviera conteniendo para no volver a besarme.

—Tessa… —Su voz sonó ronca y rasposa—. ¿Sigues pensando que no te deseo?

18

Ryan

—Tessa, ¿aún crees que no te deseo?

Definitivamente, perdí la cabeza y el autocontrol. La atracción que sentía por ella había terminado por arruinar mi juicio y mi capacidad de raciocinio, y acababa de besarla como si estuviera follándola con la boca. Ni siquiera era el tipo de beso que solía elegir cuando seducía a las mujeres, y menos en un primer encuentro. Me gustaba empezar despacio, poco a poco, para saborear el momento e ir subiendo la intensidad de los besos a medida que lo hacía mi excitación. Sin embargo, estaba pasado de rosca con Tessa. Venía excitado de serie. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento que la situación se me fue de las manos en el mismo instante en que mis labios rozaron los suyos. Además, tenía que convencerla de que mi propuesta no estaba motivada solo por ayudarla. Quería que comprendiera hasta qué punto la deseaba. Ese beso debía bastar para disipar sus dudas. Bueno, eso y la erección que había estado apretándose contra su estómago todo el tiempo.

Por la forma en la que Tessa reaccionó, devolviéndome el beso y frotándose contra mí, estaba seguro de que le había gustado. Incluso diría que, de haber acariciado su clítoris un poco más, se habría corrido allí mismo. Pero esa no era la forma en la que quería que sucedieran las cosas entre nosotros. Si Tessa quería que le regalara buenas experiencias, iba a hacerlo a conciencia. Le regalaría muchos orgasmos aquella noche, pero no en la oscuridad de un bar. Tenía otros planes para ella.

—Ryan… —de nuevo usó ese tono para llamarme, medio súplica, medio ruego.

—Tú quieres experiencias, y yo estoy dispuesto a dártelas. Di que aceptas mi proposición y te llevaré ahora mismo a casa para empezar con nuestras lecciones.

—Ryan… —repitió Tessa. Ahora había desesperación en el tono de su voz—. ¿De verdad quieres ser mi profesor sexual?

La forma en la que dijo aquello, con las pupilas dilatadas y sus labios hinchados y oscurecidos a causa de los besos, hizo que mi polla se tensara aún más.

Joder, Tessa no tenía ni idea de lo mucho que había estado luchando por contener mi deseo por ella. Desde nuestro reencuentro, se había convertido en la única mujer que ocupaba mis pensamientos, sobre todo en los momentos en que me dejaba llevar por el autoamor.

Tragué saliva, no sin cierta dificultad, y asentí para responder a su pregunta con una afirmación. Quería ser su profesor sexual, por supuesto que sí.

—¿Recuerdas que conseguiste un sobresaliente en español gracias a mis clases? Pues eso no es nada comparado con lo que haré por ti ahora, Tessa. Te prometo que pienso satisfacer todas y cada una de las experiencias que deseas tener.

—¿Todas y cada una de ellas? Decir eso es muy peligroso, Ryan.

—Peligroso es seguir aquí ahora mismo. Sería capaz de arrancarte la ropa y comerte entera contra esta pared.

Tessa me miró a los ojos unos segundos antes de ponerse de puntillas, rodear mi cuello con los brazos y besarme de nuevo. Esta vez fue ella quien atacó mi boca con urgencia, y solté un gruñido desde el fondo de mi garganta porque atrapó mi lengua entre los labios como si, en lugar de la lengua, fuera mi polla y, en lugar de un beso, estuviera haciéndome una mamada. Me puso a mil, y me apreté contra ella para que pudiera notar aún más mi dureza.

Aquello no podía estar mal, me dije cuando, entre esa nube de excitación, apareció el rostro de Easton. Aquello no podía estar tan mal cuando se sentía tan bien. Además, él mismo me había dicho que la edad era solo un número y que, si la relación era consentida, no había problema. Dada la forma en que Tessa se restregaba y me hacía aquello en la lengua, estaba convencido de que había consentimiento pleno entre nosotros.

—Vamos a casa —me pidió, rompiendo el beso entre jadeos—. Por favor, profesor Reed, quiero que empieces con tus lecciones.

Estuve a punto de estallar allí mismo. Escucharla decir aquello con los ojos llenos de deseo hizo que mi propio deseo aumentara varios niveles. Nunca antes me había sentido de aquella manera, tan excitado y duro.

La besé por última vez con fiereza antes de tomarla de la mano y llevarla hasta el exterior. Una vez en la calle, pensé en mis alternativas. Podía coger el coche y conducir hasta casa yo mismo, pero había bebido y no sabía hasta qué punto podría mantener mis manos quietas teniendo a Tessa sentada a mi lado, así que opté por dejar el coche en el parking y detener un taxi. Ya pasaría a recoger el coche al día siguiente.

Nos subimos a un taxi y, después de darle la dirección al conductor, volví a besar a Tessa. Nos enrollamos a base de bien mientras cruzábamos la ciudad hasta mi distrito. Debimos haber dado el espectáculo, porque al llegar, el taxista soltó un suspiro de alivio, como si se alegrara de perdernos de vista.

Volvimos a enrollarnos en el ascensor y, cuando llegamos al apartamento, ni siquiera me tomé la molestia de preguntarle si quería tomar algo antes de ir a mi cuarto. No había espacio para ese tipo de trucos baratos de mujeriego con Tessa en ese momento.

La cogí en volandas sin dejar de besarla y caminé a tientas por el piso hasta mi dormitorio con la intención de empezar la primera lección de todas, una que le haría jadear y temblar como nunca.

19

Tessa

Estaba besando a Ryan. Oh, Dios mío. Lo estaba besando y aquello se sentía como si el mundo entero se hubiera disuelto y solo existiéramos nosotros dos. De hecho, si en ese momento un meteorito hubiera caído sobre la Tierra, exterminando toda forma de vida inteligente, ni siquiera me habría enterado, porque lo único vital para mí en ese instante era sentir los labios de Ryan cubriendo los míos.

Ryan atravesó la puerta de su habitación llevándome en brazos y me sentó sobre los pies de la cama. Para ello, tuvo que dejar de besarme, y eso me molestó, porque los besos de Ryan eran tan adictivos como la mejor de las drogas que uno pueda imaginarse. Tiré de su mano con la intención de obligarlo a sentarse a mi lado y así seguir con los besos un poquito más, pero Ryan se negó, con una sonrisa traviesa bailándole en los labios.

Creo que nunca lo vi sonreír de esa manera antes. A lo largo de mi adolescencia había visto muchas de las sonrisas de Ryan y las había catalogado todas, pero esa era nueva. ¿Era su sonrisa de fuckboy?

—¿Por dónde debería empezar? —preguntó analizándome de arriba abajo.

Desde mi posición, tenía una vista privilegiada del bulto de su paquete, y lo que se intuía allí dentro junto a lo que había notado apretado en mi estómago hizo que me relamiera los labios con anticipación.

—Deberías decidir tú, ¿no? Profesor Reed —me burlé un poco.

—En ese caso, empecemos por el principio. Quítate la ropa, Tessa. O no, espera, lo haré yo. Ponte de pie —me pidió, tendiéndome la mano.

El hormigueo entre mis piernas se hizo aún más evidente. No podía creer que aquello estuviera pasando de verdad. Obviamente, había fantaseado con él en todos los ámbitos, pero mi yo adolescente nunca llegó a imaginar una situación tan morbosa y excitante como aquella.

La luz de la habitación seguía apagada, pero podía ver a Ryan a través de la luz que se filtraba de la ciudad y de las luces parpadeantes de los dispositivos enchufados por todas partes. Aquello era suficiente para verlo todo con la claridad necesaria, pero sin que resultara intimidante.

Tomé su mano y me puse de pie, con la anticipación burbujeándome en el estómago. Ryan me besó en los labios una sola vez antes de empezar a desnudarme. Primero, se deshizo del blazer que llevaba sobre el vestido y luego me tomó de las caderas para darme la vuelta y así tener acceso a la larga cremallera de mi vestido, que bajaba desde la parte central de mi nuca hasta la parte baja de mi espalda. La bajó con cuidado, y luego hizo que me girara de nuevo para tenerme delante.

Me miró con intensidad mientras deslizaba mi vestido por mis brazos para hacerlo caer sobre mis pies. Di unas patadas para alejarlo y me quedé en ropa interior. Nunca olvidaré la forma en la que me miró entonces, como si yo fuera la cosa más maravillosa que hubiera visto nunca y quisiera grabar esa imagen en su memoria para siempre. Me alegré de haber escogido aquel conjunto de ropa interior de encaje, era sexy y elegante, todo a la vez.

Sin dejar de mirarme, me rodeó con sus fuertes brazos y desabrochó la parte trasera de mi sostén. Luego lo deslizó por mis brazos y lo dejó caer al suelo para deleitarse con la visión de mis pechos desnudos. Lo vi tragar saliva con fuerza. Siempre me han gustado mis pechos, porque no son enormes, pero sí lo suficientemente grandes como para tener canalillo cuando me pongo una camiseta ajustada. A Ryan le gustó lo que vio, porque se humedeció los labios como si de pronto tuviera mucha sed. Siguiendo con su afán, se puso de rodillas, introdujo los dedos por la goma elástica de mis bragas y tiró hacia abajo, arrastrando también las medias que llevaba. Me quitó ambas cosas de un tirón y, entonces sí, me quedé completamente desnuda frente a él.

Desnuda y expuesta mientras él aún estaba vestido.

Fue raro, aunque también excitante. Estaba completamente a su merced, a lo que quisiera hacerme. Pero en esta ocasión no fue impulsivo ni deliberado, como sí lo fue en nuestro primer beso. Fue paciente y cuidadoso, y muy observador. Me miraba con mucho esmero, como si no quisiera perderse ningún detalle.

—Eres preciosa —dijo con la voz enronquecida tras un nuevo barrido visual.

Se acercó a mí con lentitud y volvió a besarme. Sus manos se deslizaron por mi espalda desnuda con delicadeza, trazando espirales que me erizaron la piel, pero esa delicadeza terminó pronto. A medida que el beso se fue volviendo más intenso, lo hicieron también sus caricias. Y pronto sentí sus manos sobre mis glúteos, por mi pecho, entre mis piernas.

La excitación latente volvió a salir a la superficie con la fuerza de un ciclón y dejé que me tocara por todas partes mientras su lengua se enredaba con la mía en una batalla sin fin. Aunque, cuando sus dedos resiguieron mi sexo y uno de ellos rozó mi clítoris, estuve a punto de desfallecer.

Madre mía, nunca antes había estado tan excitada.

De pie, besándonos, Ryan empezó a acariciarme entre las piernas. Nunca nadie había tocado así, y menos con tanta destreza. Sabía qué presión hacer para volverme loca y cómo detener un posible orgasmo cambiando la intensidad y el movimiento de sus caricias. No tenía ni idea de qué planes tenía para mí, pero desde luego aquello prometía.

—Siéntate —ordenó, deteniendo sus movimientos mientras me señalaba de nuevo la cama.

Obedecí sin dudarlo. En aquel instante, hubiera hecho cualquier cosa que me hubiera pedido. Estaba completamente entregada a él.

Me senté en los pies de la cama. Ryan se puso de rodillas frente a mí, tomó mis piernas, colocándolas cada una de ellas sobre sus hombros, y me miró con una sonrisa lobuna cuando

percibió mi reacción, entre sorprendida y excitada. Tiré la espalda hacia atrás, dejándola completamente sobre el colchón, y él tiró de mis piernas hasta el borde de la cama. Seguido de eso, empezó a besarme los muslos haciéndome cosquillas en la piel con su barba incipiente, hasta que llegó a mi sexo y empezó a besarme allí.

Su lengua recorrió mi entrada, subió y se enroscó en mi clítoris haciéndome gritar. Grité como nunca mientras movía su lengua en todas direcciones, buscando mi placer, pero también mi desesperación. Cada vez que llegaba al abismo, se detenía frustrándome, algo que le dejaba saber por mis gruñidos y bufidos.

—Quieres correrte, ¿verdad? —preguntó mirándome desde abajo en un nuevo resoplido—. ¿No sabes que prolongar el clímax aumenta el placer final?

—¿Y si dejamos esa lección para otro día?

Ryan sonrió contra mi sexo y volvió a comerme, llevándome de nuevo al orgasmo para detenerse antes de que pudiera estallar en él. Me torturó así un rato, hasta que se detuvo del todo, saliendo de entre mis piernas para ponerse de pie. Me enderecé boquiabierta. ¿De verdad iba a dejarme así?

Antes de que pudiera protestar, Ryan llamó mi atención con el sonido de su cinturón desabrochándose. Dejó caer la cinta de cuero, se desabrochó el pantalón y luego bajó sus bóxers para dejar al descubierto su polla, que se irguió grande y poderosa frente a mí.

—¿Qué tal si me enseñas qué es lo que sabes hacer con esa boquita?

Guau. Qué dijera eso me puso tan cachonda que sin preámbulos, sujeté la base de la erección con la mano y me la metí toda en la boca, hasta el fondo. Ryan jadeó, hundiendo su mano en mi pelo.

—Joder, veo que esta lección la tienes bien aprendida ya.

Sonreí y empecé a moverme, subiendo y bajando por su erección, mientras movía la mano

en la base. Toqué sus testículos, chupé el glande y volví a metérmela entera hasta que él detuvo mis movimientos tirando de mi pelo para echar mi cabeza hacia atrás.

—Seguiremos con eso más tarde, ahora es momento de volver a ti. —Se desnudó con prisas y se tumbó en la cama—. Ven, siéntate sobre mi cara.

Probablemente, si cualquier otro hombre hubiera dicho eso, me habría burlado de él, acusándolo de ver demasiado porno, o me habría negado por vergüenza. Pero era Ryan, y necesitaba como fuera terminar con esa necesidad pulsátil que sentía entre las piernas, así que me arrastré a cuatro patas e hice lo que me pidió. Pasé mis piernas a lado y lado de su rostro y dejé mi sexo sobre él, expectante.

Sus manos cubrieron mis caderas y tiraron hacia abajo, hasta que su boca volvió a estar en mi sexo. Volvió a lamerme, esta vez con más intensidad que la anterior, y yo empecé a mover las caderas en un vaivén para intensificar el contacto.

Dios, estaba tan cachonda que en lo único en lo que podía pensar era en sentir su polla dentro de mí.

—¿Y si me follas ya? —pregunté tras soltar un gemido alto y fuerte.

Ryan detuvo sus movimientos.

—No, hoy no vamos a follar. La lección de hoy es sobre preliminares; dejaremos el resto para más adelante.

—¿Qué? —dije, un poco decepcionada, aunque la decepción me duró el tiempo que tardó Ryan en deslizar su lengua en mi clítoris, regalándome una buena dosis de placer.

Necesitada de compartir mi placer con él, tiré mi cuerpo hacia delante, quedándome a cuatro patas, tomé su polla y me la metí en la boca. Siguiendo sus movimientos, empecé a subir y bajar la cabeza, cada vez más rápido y fuerte. Lo escuché jadear contra mi sexo, gruñir y quejarse, lo que aumentó mi propia excitación. Me corrí en cuestión de segundos, y Ryan me siguió después,

explotando en mi boca. No me molestó que lo hiciera, y para ser honesta, me dio unos golpes en el muslo para avisarme de que iba a pasar, por si quería apartarme.

Después de eso, caímos sobre la cama, jadeantes y sudorosos.

—¿De verdad no vas a follarme? —fue lo primero que salió de mi boca cuando me recuperé.

Ryan se rio con ganas, se sentó sobre el colchón y me miró a través de sus preciosos ojos azules, tomando mi mano.

—Esta noche, no, porque voy a enseñarte todas las formas posibles en las que una mujer puede correrse sin necesidad de usar la polla. ¿Probamos con mis manos?

Iba a decirle que esperase un poco, que aún estaba sensible y necesitaba un rato para volver a estar dispuesta, pero… bueno, digamos que nada más penetrarme con sus dedos arqueados, mi sexo decidió estar listo para una segunda ronda.

Y esa noche, Ryan me dio su primera lección, y con ella aprendí que, a veces, los preliminares pueden ser incluso más satisfactorios que el sexo.

20

Tessa

Despertar en la cama de Ryan era algo que yo no pensaba que viviría en mi vida. Fantaseé con eso muchas veces. Con ser despertada con sus besos, pero la realidad siempre era distinta. Él despertaba con otras, ajeno a lo que yo anhelaba, y yo despertaba sola y con una sensación de vacío indescriptible. Por eso, cuando al día siguiente de nuestra primera lección abrí los ojos y me encontré con el firme brazo de Ryan rodeando mi cintura mientras estaba pegado a mi espalda, tuve que girarme para cerciorarme de que sí era él y no un sueño dentro de un sueño.

Dormía plácidamente, como si estuviera en paz. Que fuera tan guapo hasta durmiendo me dejaba con la boca abierta. Cometí el error de preguntarme cómo había conseguido que se fijara en mí, rememoré la noche anterior y empecé a tener un pequeño ataque de inseguridad porque no sabía si al despertarse él se arrepentiría. Tal vez diría que fue cosa del alcohol. Aunque era muy evidente que no estaba borracho, pero…

—Buenos días.

Su voz somnolienta y enronquecida por el sueño me sobresaltó. Ryan abrió los ojos y me encontró mirándolo fijamente. Mi corazón se aceleró tanto por la adrenalina como por el miedo. ¿Y si me echaba de su cama? Odiaba aquellos ataques de inseguridad, pero la verdad era que había soñado tantas veces estar en esa posición que, ahora que por fin había llegado, no sabía bien cómo comportarme.

Por fortuna, no tuve que pensar demasiado, porque Ryan acercó su boca a la mía para besarme. Solo tuve que dejarme llevar y devolverle un beso lánguido y adormecido que se puso interesante cuando Ryan me ciñó más hasta él y me acercó las caderas, haciéndome partícipe de lo duro que estaba. Gemí por la sorpresa y eso provocó que él abriera mis piernas y se colara

entre ellas. Estábamos desnudos, así que pude sentir toda su longitud acomodarse sobre mí y obviamente eso me arrancó nuevos gemidos de placer.

—Si no tuviéramos que trabajar empezaría ahora mismo la segunda lección —dijo con voz ronca.

—Puedes llegar un poco tarde, eres el jefe —intenté mover mis caderas, pero fue un movimiento fatídico, porque su erección encajó aún más a lo largo de mi vagina, ya humedecida, y los dos siseamos de placer.

—Si te hago todo lo que estoy pensando ahora mismo, no llegaríamos un poco tarde. Posiblemente ni siquiera llegaríamos. —Intenté responder, pero él se arrodilló en la cama, abrió más mis piernas y se agarró la polla en un gesto que me pareció increíblemente caliente y masculino. Frotó su glande contra mi clítoris y arqueé la espalda, sorprendida por el increíble ramalazo de placer que sentí.

—Más —pedí.

—No, ahora, no, pero en cuanto volvamos hoy vas a suplicar por más de esto. —Bajó su polla arrastrandola entre mis labios interiores y, cuando rozó mi entrada, empujó un poco. No me penetró, apenas se quedó en la entrada, pero fue suficiente para que yo temblara y me mordiera el labio mirándolo con necesidad—. Joder, cuando me miras así solo quiero follate y olvidarme del mundo.

Ahogué un quejido de pura necesidad y volví a mover las caderas. Fui consciente en ese instante de que estaba tan caliente que ni siquiera me importaba que él no llevara un condón. Quería que empujara más. Quería que me la metiera y acabara con aquella necesidad física que sentía, pero para mi desgracia Ryan no pensaba lo mismo, porque se dio un par de tirones, como si se masturbara sobre mi vagina, y se retiró con un sonido ahogado de garganta, dejándome claro que estaba igual de frustrado que yo.

Me quedé tumbada en su cama, con la respiración acelerada y la sensación de que iba a

costarme todo el día recuperarme de todas aquellas emociones que revoloteaban en mi cuerpo y en mi mente. Oí la ducha y supe que Ryan estaba bajo el chorro de agua fría. Seguro que era fría, porque si estaba como yo, necesitaría urgentemente apaciguar su calentura.

Cuarenta minutos después los dos estábamos duchados y en el coche. Nos habíamos vestido y arreglado para la oficina cada uno en nuestra habitación y fue lo mejor, porque no confiaba en mí misma cuando estaba cerca de Ryan con poca ropa. Me había bastado una noche desnuda junto a él para confirmar que mi cuerpo adoraba estar a su lado y haría cualquier cosa por tener sus atenciones. Aquello era peligroso. Tenía que tener presente que Ryan se había ofrecido a darme sexo, pero no amor. Y yo ya había superado mi enamoramiento. Debía ser precavida.

Tal vez por eso, cuando faltaban dos manzanas para llegar a la oficina, toqué su brazo y le pedí que detuviera el coche.

—¿Qué? ¿Por qué?

Le miré, con su traje hecho a medida, increíblemente guapo y sexy, mientras me observaba confundido.

—No quiero que nadie en la oficina sospeche de nosotros.

—Eso es una estupidez, Tessa. Nadie sospechará.

—Si llegamos juntos…

—Vivimos juntos. Te das cuenta de eso, ¿no?

—Sí, pero de todos modos prefiero llegar sola y no en el cochazo de mi jefe.

Ryan se rio un poco de mí pero aun así cedió. Paró el coche en cuanto pudo y, cuando estaba a punto de salir del coche, sujetó mi brazo y sacó algo del asiento trasero.

—Ten, para el almuerzo.

Me quedé mirando la fiambrera con el almuerzo muy sorprendida. Esa mañana estaba tan

distraída que ni siquiera pensé en ello. Tampoco hubiera sido un drama porque habría comido en alguna cafetería, pero que él hubiera perdido su tiempo en cocinarlo fue muy bonito.

—Muchas gracias —le dije con una sonrisa sincera.

Ryan me guiñó un ojo y yo salí del coche intentando no parecer una colegiala enamorada.

En la oficina el trabajo me engulló y apenas tuve tiempo para descansar hasta que, pasada media jornada, fui a la sala de café para intentar recuperar energías. Allí me encontré con Adler, que me dedicó una sonrisa cercana que me hizo sentir culpable de inmediato. Yo no tenía nada con él, pero la noche anterior mi intención había sido tenerlo y, en cambio, había acabado… Bueno, había acabado como había acabado. Mejor no recordar eso en ese instante o me ruborizaría.

—¿Qué tal? ¿Que pasó contigo anoche? De pronto te busqué y no te encontraba por ninguna parte.

—Estaba ocupada con unas lecciones importantes.

La voz que sonó no fue la mía, sino la de Ryan que justo entró en la sala y respondió a Adler. Quise matarlo con mis propias manos, pero él solo sirvió un par de tazas de café, me tendió una y me guiñó el ojo de un modo que hizo que me temblaran las piernas.

—¿Lecciones? ¿De qué?

—Cosas del trabajo —conseguí murmurar a duras penas—. Nada importante.

—No, lo importante tenemos que repasarlo luego, Tessa, acuérdate —dijo Ryan antes de marcharse.

Fue casual, estaba segura de que Adler no sospecharía nada pero yo tenía el corazón a mil por hora y la sensación de que iba a salirse de mi pecho en cualquier momento.

Contesté algunas preguntas más de Adler, pero estaba tan distraída que hasta él lo notó y

dejó de insistir. Salí de la sala de estar con café y me puse a trabajar mientras intentaba no pensar en Ryan, porque si no sería imposible conseguir que mi día fuera productivo.

En quien sí pensé y mucho fue en la Tessa adolescente que soñó con algo así durante años. Que imaginó de mil maneras cómo sería que Ryan la coqueteara. Sabía que lo nuestro no iría a más y que no sabría nunca cómo era Ryan enamorado, pero me alegraba haber cumplido al menos ese sueño adolescente. Y como adulta, vivir aquello estaba resultando toda una experiencia. Justo lo que yo quería.

A la hora del almuerzo volví a la sala, abrí mi fiambrera con curiosidad porque no sabía qué me había preparado Ryan y la comida pasó a un segundo plano automáticamente. Ni siquiera me fijé en la comida porque mis ojos estaban fijos en la nota que había en la parte interna de la tapadera. La despegué con cuidado y leí.

«Esta noche no pienso parar hasta que mis lecciones te arranquen, al menos, tres orgasmos».

Tragué saliva. Que hubiera vuelto a la costumbre de las notas era precioso pero si la Tessa adolescente hubiese leído algo como eso se habría muerto en el instante.

En realidad, para ser sincera: ni siquiera estaba segura de que la Tessa adulta no fuese a morir de emoción en aquel mismo instante.

21

Ryan

Conduje a casa tan rápido como pude. Aquel viernes salí tarde de una reunión con Easton. Tan tarde que empecé a desesperarme mirando el reloj al punto de que mi amigo me preguntó por qué parecía tan ansioso. Explicarle que necesitaba salir de allí para hacerle todo tipo de cosas indecentes a su hermana no me pareció buena opción, así que negué que estuviera ansioso y simplemente dije que estaba un poco cansado. No me creyó, pero tampoco me importó demasiado porque, sinceramente, todo lo que yo quería era que acabara de una vez.

Tessa y yo llevábamos ya unos días con sexo oral y juegos preliminares. Aquella mañana, antes de salir del trabajo, la noté verdaderamente frustrada cuando la masturbé en la ducha, pero no la penetré.

—Empiezo a pensar que no quieres hacerlo —dijo enfurruñada.

Clavé mi erección en mi estómago para que fuera consciente en todo momento de lo mucho que la deseaba, porque no quería que lo olvidara, y le prometí que ya faltaba poco.

No le dije que sería aquella misma noche, porque estaba bastante nervioso y no quería que ella también lo estuviera. No me gustaba que estuviera ansiosa y frustrada, pero sería aún peor si estuviera tan ansiosa como yo, porque entonces… igual no habríamos aguantado toda una jornada laboral de miradas ardientes y deseo contenido.

Necesitaba llegar a casa, emplearme a fondo en esos juegos preliminares que tanto habíamos practicado durante días y luego ponerme un condón y enterrarme en lo más hondo de su ser. Solo pensar en ello hacía que se me pusiera dura como una piedra.

Lo tenía todo. Una botella del mejor champán, una caja de condones y la tranquilidad de

saber que al día siguiente ninguno de los dos teníamos que ir a trabajar, razón por la que había elegido ese día. Nuestra noche sería larga. Muy larga. Necesitaba el sábado para descansar… y volver a la carga en cuanto cayera la noche.

Tan ensimismado estaba en mis propios pensamientos que, para cuando abrí la puerta con el champán en una mano ya estaba más que listo para empezar. Fue una verdadera suerte que guardara los condones en el bolsillo de mi chaqueta por miedo a encontrarme un vecino en el ascensor, porque nada más entrar en mi piso me encontré con que Tessa no estaba sola y había un público que, decididamente, no debería haber visto una caja de condones.

Mi hermana y mi sobrina ocupaban mi sofá junto a Tessa. Se estaban pintando las uñas mientras en el televisor se retransmitía una película que posiblemente fuera de Disney, porque mi pequeña sobrina estaba un poco obsesionada con ellas.

—¡Tío! —exclamó la pequeña—. ¡Mira esto! Tessa me ha pintado flores en las uñas. ¿Te gusta?

Me acerqué para examinar sus uñas y el corazón se me llenó de amor por esa pequeña, como siempre que la veía o tenía cerca. Admiraba y quería a mi hermana por luchar tanto por mi sobrina. Para mí era una superheroína sin capa. Quería muchísimo a Scarlet, pero si se trataba de Sunny… no había palabras que describieran bien lo mucho que la quería. Había sido el primer bebé en años en nuestra familia y fue recibida con tanto amor que cuando supimos que tenía problemas para oírnos fue como si nos hubieran dado la peor noticia del mundo. Después mi hermana se puso en pie de guerra y luchó con uñas y dientes por su pequeña. Con su esfuerzo y mi ayuda económica pudimos operar a la pequeña para ponerle un implante cloquear y en aquellos instantes Sunny era una niña increíble que, a su manera, lo oía todo y podía interactuar sin problemas tanto en lenguaje verbal como en lengua de signos.

—Creo que son las uñas más bonitas que he visto en mi vida —dije dejando con disimulo la botella de champán sobre el sillón para que la niña no hiciera muchas preguntas—. ¿Plan de

chicas? ¿Molesto, o podéis pintarme a mí también las uñas?

Fue como si le hubieran dicho a mi sobrina que era el día de Navidad. Me reí y miré a Tessa, que me observaba con una sonrisa que no supe descifrar bien. Intenté no centrarme mucho en ella. La deseaba demasiado y no quería pasar un mal trago delante de mi familia, así que me senté en un sofá y dejé que Sunny me pintara las uñas a placer mientras yo la alentaba y le aseguraba que jamás me habían puesto unas uñas tan bonitas. La película seguía retransmitiéndose en el televisor y mi hermana me hablaba de temas cotidianos o relacionados con nuestra familia mientras incluía a Tessa en la conversación sin esfuerzo.

Durante aquellos instantes, la vida fue preciosa. Su visita retrasaba mis planes con Tessa, sí, pero no los anulaba. Aquello serviría para generar más anticipación y eso siempre era un plus. Además, verlas interactuar y ver a Tessa tan integrada en mi familia despertaba algo raro en mí. Un aleteo que me ponía nervioso y me emocionaba al mismo tiempo. Como si… como si todo estuviera bien. Como si cada pieza de un puzle que no sabía que tenía que encajar, encajara.

Intenté no pensar en ello, porque tampoco quería agobiarme y además era muy consciente de que lo que había entre Tessa y yo era sexo. Solo sexo. Se sentía bien, seguro y de confianza porque la conocía desde hacía tanto que parecía toda una vida, pero eso no cambiaba el hecho de que era algo físico y excitante. Nada de sentimientos. Nada que pudiera estropear aquello tan bueno que teníamos.

La visita se alargó un poco, porque la peli acabó pero mi sobrina estaba ansiosa por pintarme también las uñas de los pies.

—Otro día ¿vale?

—Pero ¿por qué no ahora?

—Cielo, es tarde y tienes que prepararte para dormir.

—¡Es viernes! Los viernes puedo dormir más tarde, ¿a que sí, mamá?

Mi hermana me miró de un modo que me puso nervioso, porque los dos supimos que ella sabía algo y aquella mirada bastaba para hacermelo saber. Aun así, me hice el tonto, como si no fuera conmigo.

Por suerte, mi hermana no disfruta con las torturas psicológicas. Convenció a su pequeña, preciosa y terca hija para marcharse a casa y, cuando ya estuvo en la puerta, me guiñó un ojo y volvió a sonreírme de un modo que no me gustó nada.

—Pórtate bien… y no la cagues.

No pude decir nada. Ella había hablado lo bastante alto como para que la oyera yo, pero no Tessa, que seguía en el salón recogiendo los restos de la sesión de manicura.

—No sé de qué me hablas.

—Ya, bueno… tú solo hazme caso.

Se marchó cuando mi sobrina tironeó de su mano, porque al parecer ahora estaba tan ansiosa por marcharse como lo estaba un segundo antes por no hacerlo.

Las vi adentrarse en el ascensor, cerré la puerta, dejándonos a Tessa y a mí solos, por fin, y me giré para mirar a Tessa. No estaba, así que supuse que había ido al baño. Aproveché para coger un algodón, mojarlo en la acetona y quitarme la decoración que mi sobrina había puesto en mis manos y que no casaba en absoluto con lo que pensaba hacerle a Tessa. No quería ver mis dedos llenos de florecitas cuando se enterraran en…

Recordé las palabras de mi hermana y torcí una sonrisa.

No, lo de portarme bien no iba conmigo. De hecho pensaba portarme mal. Muy muy mal.

Y cuando Tessa salió de su habitación luciendo un despampanante conjunto interior rojo, de encaje y transparencias, confirmé aún más mis pensamientos.

En realidad, para ser franco, confirmé eso y que aquella mujer podía conseguir ponérmela dura en menos de un segundo.

—¿Ese champán que traías es para mí?

Mis ojos no conseguían apartarse de la curva de sus pechos, sus pezones, que alcanzaba a vislumbrar bajo el sujetador, y la parte baja, en la que me moría por poner mis manos, mi boca y mi polla.

—Todo lo que traigo es para ti —murmuré con voz grave y una sinceridad aplastante.

Si mis palabras le afectaron no lo demostró. Se contoneó hasta donde estaba, me empujó por el pecho y me hizo caer en el sofá. Se subió a horcajadas sobre mí y sentí que moría de placer en el instante en que su vagina, solo cubierta por aquella maravillosa tela, rozó mi erección, cubierta por el pantalón de traje y mi boxer. No quería ni pensar lo que pasaría cuando elimin——ramos la tela de la ecuación.

—Va a ser hoy, Ryan. No más juegos. No más preliminares. No más…

—Oh, nena —me reí, reaccionando por fin, la enganché de las caderas y la hice girar tan rápido que no pudo evitar el jadeo de sorpresa. La tumbé en el sofá, me coloqué sobre ella, entre sus piernas, y mordí la base de uno de sus pechos—. Va a ser hoy, pero por supuesto que tendremos juegos. Y preliminares. Y todo lo que se me pase por la cabeza, que es mucho.

—Ryan…

—Hoy llegaremos al tema más importante, Tessa, prometido, pero primero tenemos que repasar lo aprendido…

Su mirada fue de odio fingido, porque en el fondo, entre las sombras de sus ojos, pude vislumbrar la excitación.

Joder, no podía esperar más para empezar aquella noche.

22

Tessa

Olía a acetona y excitación. La suya y la mía revueltas. Era todo lo que podía pensar mientras su erección se clavaba en mi centro y sus ojos me miraban como si quisiera comerme. Envidiaba su autocontrol. Había permitido que su sobrina le pintara las uñas sin quejarse ni una sola vez, sin que se le notara nada de lo que sentía, mientras yo luchaba como una fiera por contener mi excitación y que fuera evidente que me moría por poner mis manos en él.

Días enteros de preliminares habían dado como resultado a una Tessa completamente desquiciada. Necesitaba llegar al final con desesperación. Había masturbado a Ryan infinidad de veces en esos días. Le había hecho sexo oral y, en una ocasión, incluso le había masturbado enrollando mis bragas sobre su polla hasta hacerlo correrse. Aquello fue excitante a unos niveles que no sé explicar, pero aun así, al irme a dormir por las noches, soñaba con el momento en que Ryan abriera mis piernas y por fin entrara en mi cuerpo. Era como… como si necesitara eso para completar mi fantasía. Como si con ese gesto pudiera, por fin, cumplir todas las fantasías de la Tessa adolescente. Las sexuales, al menos, porque era consciente de que las sentimentales no entraban en juego y estaba bien. Debía ser así.

—Ese conjunto…

—¿Te gusta? —pregunté con voz inocente.

Sabía muy bien la respuesta. Podía sentirla presionando contra mí. Aun así, Ryan me miró a los ojos antes de besarme con suavidad y sonreír con cierto cinismo.

—Ese conjunto hace que tú parezcas la maestra y yo el alumno.

—Mmm creo que no me importaría explorar ese cambio de roles en algún momento. ¿Qué

te parecer…? —Ryan empujó su erección contra mí y gemí en respuesta—. Supongo que eso es que sí.

—Todo lo que implique que tú y yo acabemos desnudos es un Sí, cariño.

Cuando decía aquellas cosas se me erizaba la piel de puro placer Intentaba que no se notara, pero era consciente de que cada vez me costaba más disimular. Lo besé solo para ocultar lo que sentía, y porque besar a Ryan era algo que siempre me apetecía. Él me dio su boca, pero sus dedos empezaron a explorar mi cuerpo. Pellizcó mi pezón sobre la tela, haciéndome gemir y arquearme. Adoraba aquello. Había llegado a conocer mi cuerpo tan bien en solo unos días que sabía de sobra dónde debía acariciar con más dulzura y dónde debía ejercer cierta presión para que mi excitación fuera a más. Rompí el beso mordiendo su labio inferior y luego empujé su cabeza hacia abajo sin vergüenza. Lo llevé a mi pecho y noté el ronroneo de felicidad de Ryan. El día anterior, después de alcanzar el orgasmo, me había confesado que le encantaba que siempre dijera lo que quería o me apetecía. Era obvio que tenía menos experiencia sexual que él, pero no me cortaba a la hora de pedir o dar. Me mostraba desinhibida y eso le volvía loco, lo que era una suerte para los dos, porque no concebía estar con alguien en el plano sexual y no poder decirle exactamente lo que necesitaba.

—¿Quieres esto? —preguntó mientras sorbía mi pezón por encima de la tela, provocando que se pusiera más tenso de lo que ya estaba.

Gemí y lo acerqué más, sujetándolo por la nuca.

—Más, quita la tela.

—No, todavía no.

—¿No? —elevé una ceja y él rio, pero me ignoró.

Un segundo después mordió mi pezón con suavidad y luego sopló. El contraste de la tela mojada y mi pezón erizado fue… interesante. Ryan lo notó y repitió el movimiento en el otro pezón.

—La fricción puede serlo todo, si se hace bien —susurró.

Gemí, porque esa misma frase o una muy parecida fue la que yo le dije cuando le masturbé con mi ropa interior, cumpliendo una fantasía que me había confesado que tenía.

—¿Qué tal si pruebas la fricción más abajo?

—¿Aquí? —preguntó él frotando la parte baja de mis pechos. Lo miré mal y sonrió, pero una de sus manos bajó a mi entrepierna, se hizo hueco entre nuestros cuerpos y presionó justo sobre mi clítoris—. ¿O aquí?

—Ahí, definitivamente ahí.

Ryan se levantó del sofá, sorprendiéndome, al menos hasta que lo vi quitarse la chaqueta y después la camisa y la corbata. En cuanto vi su maravilloso torso abrí más las piernas. Era instintivo. Había algo en ese hombre que me hacía sentir enferma de deseo. Sus ojos se oscurecieron de inmediato y estiró una mano hacia mí. La cogí y me puso en pie.

—Hay demasiadas cosas que quiero hacerte. Hoy necesito una cama.

—Siempre y cuando hagamos el exámen final…

Ryan sonrió y por un instante valoró bromear conmigo al respecto. Lo pude ver en su cara. Lo conocía tan bien que sabía sus facciones de memoria. En el último instante cambió de decisión, porque sacó del bolsillo de su pantalón una ristra de condones que me hizo tragar saliva.

—¿Tendrás suficiente con estos?

—Al menos hasta que nos hagamos las pruebas para verificar que estamos sanos y podamos hacerlo a pelo. Siempre y cuando no tengamos más parejas sexuales.

Tragó saliva. Esas justamente eran las declaraciones que le sorprendían y volvían loco. Lo sabía. Le costaba mucho casar a la Tessa que él conocía con aquella mujer sexual y demandante, pero de alguna forma siempre se reponía y conseguía hacerse con el control de la situación.

Aquella vez no fue menos. Se acercó a mí, rodeó mi cintura y mordió mi barbilla antes de besar mis labios.

—Mañana mismo sacaré cita en una clínica para los dos.

—¿Significa eso que aceptas no tener más parejas sexuales?

—Sí. También significa que ese conjunto no va a verlo nadie más que yo. Ni ese, ni ninguno.

Fue un tono serio y tajante. Y quizás no debería haberme excitado tanto como lo hizo, porque incluso gemí, lo que provocó que Ryan me cogiera en brazos, me llevara a la habitación y me dejara en el colchón junto a los condones antes de desnudarse por completo. Se apretó la polla de inmediato. Era algo que hacía siempre, como si necesitara darse calma a sí mismo y lo consiguiera de ese modo. Subió a la cama y, cuando pensé que se tumbaría sobre mí, cambió de parecer y bajó dejando un reguero de besos por mi cuerpo.

Chupó, lamió y mordisqueó cada pedacito de piel que quedó a su alcance. Me quitó el sujetador, pero no las bragas. Cuando llegó hasta ellas las echó a un lado y dio un lengüetazo sobre mi clítoris que me hizo temblar. Me agarré la cinturilla para bajarlas, pero él me frenó.

—Esto se queda…

No entendí bien los motivos hasta que tiró de la tela, metiéndola entre mis labios, y la movió para que se frotara contra mi piel. La combinación de humedad, encaje y semistransparencias es algo que recomendaré siempre a todo el mundo. Gemí de puro placer, sobre todo cuando él agregó su lengua. Consiguió crear una combinación perfecta de roces, lametones y succiones. Mi orgasmo se construyó rápido, como si tuviera prisa por desatarse, y Ryan no jugó a controlarlo. Permitió que me corriera cuando supo que estaba a punto y decidió colar uno de sus dedos en mi interior. Gemí y me contorsioné contra su mano, disfrutando del placer tan inmenso que me proporcionó, pero cuando el orgasmo acabó lo miré entrecerrando los ojos.

—Más.

—La Tessa exigente me vuelve loco.

—Quiero más, quiero…

No pude terminar. Ryan se alzó de rodillas, tiró de mi mano para sentarme en el colchón y llevó su polla a mi boca. Gemí de placer, porque adoraba hacerle sexo oral. Me hacía sentir llena y poderosa. Lamí su glande justo antes de meterlo en mi boca y succionar un poco. Le oí sisear y, cuando sujetó mi nuca para marcar el ritmo, se lo impedí. Él se había hecho cargo de mí y ahora me tocaba hacerlo a mi manera. Me sujeté a su trasero y yo misma engullí su polla tanto como pude, hasta que noté esa sensación de placer y límite al mismo tiempo. Ryan soltó un par de insultos de puro placer, así que miré arriba, a sus ojos, y el modo en que me miraba… Supe que no iba a olvidar eso nunca.

Él acarició mi mejilla, como si no pudiera creer tampoco que estuviéramos así. Moví mi boca y saqué su polla de mi boca suavemente y sin dejar de rodearla. Lo masturbé un poco y, cuando quise chuparlo de nuevo, él me paró.

—No, necesito entrar en ti, Tessa. Ahora.

Podría haber sonado a órden. Las palabras parecían indicarlo, pero el tono era necesitado. Casi una súplica.

Permití que se alejara de mí lo justo para ponerse un condón y luego abrí las piernas y lo invité a subirse sobre mi cuerpo. La primera vez que lo hiciéramos hasta el final no quería grandes posturas ni gestos. Me bastaba con tenerlo así, sobre mí, cubriendo cada parte de mi cuerpo.

Ryan se colocó de rodillas entre mis piernas e hizo rozar su glande contra mis labios vaginales una, dos, tres veces. Comprobaba mi humedad, que era increíble, pero creo que también se empapaba de las sensaciones previas a probar algo que era nuevo y cambiaría aún más la dinámica de nuestra relación.

Cuando su glande se colocó en la entrada de mi vagina me tensé, no de miedo, ni dudas. Me

tensé de un buen modo: anticipación y deseo.

—Deja que te abrace —susurré justo cuando él se estiró sobre mi cuerpo y me dio su boca.

—Si quieres parar en algún momento, no tienes más que decirlo.

El simple hecho de que, incluso en un momento como aquel, estuviera tan pendiente de mí, fue suficiente para volverme loca. Elevé las caderas dejándole claro que era la hora y él empujó con suavidad, pero sin detenerse hasta llegar al fondo de mi cuerpo. Los dos gemimos. Nos abrazamos como si no quisiéramos soltarnos nunca. Lo sentí al fondo, quieto y esperando que me adaptara a su invasión con tanta paciencia que me excité aún más. Moví las caderas para que entendiera lo que quería y él no tardó ni un segundo en moverse. Lo hacía bien. Increíblemente bien. Sus caderas se movían de un modo natural pero se las arreglaba para que yo notara cada embestida más y más profunda. Tenía a Ryan dentro de mí y aquello me hacía sentir tan increíblemente bien que ni siquiera me salían las palabras.

Él tampoco hablaba, pero me besaba. Los hombros, los pechos, la boca, incluso la nariz. Fue lento al principio y subió de ritmo conforme nuestras respiraciones se aceleraron. Pasados unos segundos, los dos gemimos y nos movíamos frenéticamente buscando el placer conjunto e individual.

—Necesito más fricción —dije en un momento dado.

Él lo entendió al instante, pensé que colaría un dedo entre nuestros cuerpos para frotar mi clítoris, pero no fue eso lo que hizo. Rodó en el colchón, haciéndome soltar un grito de sorpresa, y me colocó sobre él tan rápido que dudé si había llegado a salir de mi cuerpo o no.

—Fóllame tú, nena. Hazlo como necesites.

—¿Y tú…?

—Joder, me estoy muriendo de placer.

Sonreí y tomé el control de la situación. Cabalgué a mi ritmo, alterando entre ir más rápido

o lento según necesitara. Dejé que las sensaciones guiaran mi cuerpo y fue la cosa más increíble del mundo. Si quería más fricción me echaba sobre él hasta que nuestros pechos se frotaban. Si quería menos, me alzaba como una amazona y lo cabalgaba a placer. Ni una sola vez me frenó o paró el ritmo, pese a que en algunos momentos le vi apretar la mandíbula y sé que estuvo tenso por si se corría.

Priorizó mi placer de tal forma que, cuando mi orgasmo escaló hasta la cima, listo para dejarse ir, tiré de sus manos para que se sentara y apoyé mi frente en él.

—Me voy…

—Córrete, cariño. Joder, vas a hacer que me corra contigo.

—Por favor…

Había tanto en esas dos palabras que creo que lo entendió. Supliqué para que se corriera conmigo, pero también para que me abrazara, cosa que hizo, y colmara de más besos y caricias, cosa que también hizo. Estuvo pendiente de mí en todo momento y por eso me dejé ir sin complejos ni límites. Grité su nombre cuando sentí el primer calambrazo del orgasmo y seguí cabalgando fuerte, sentándome sobre él mientras Ryan me miraba entre maravillado y excitado, al límite también. Apoyé mi frente en la suya y paré mis movimientos, pero no mis espasmos, porque el orgasmo estaba siendo largo y arrollador. Lo oí maldecir entre dientes y, un instante después, sentí su polla latir en mi interior de un modo que incrementó aún más mi placer. Lo abracé con fuerza, como si no quisiera soltarlo nunca, y cuando el orgasmo de los dos dio paso a la calma y lo miré a los ojos, lo encontré tan sorprendido y sobrepasado como me sentía yo. Besé sus labios, salí de su cuerpo con cuidado y me tumbé en el colchón completamente maravillada, porque yo ya imaginaba que el sexo con Ryan sería bueno, pero aquello…

Iba a tardar toda la vida en olvidar aquello.

23

Ryan

Los siguientes días fueron gloriosos. De hecho, me acostumbré rápido a la nueva rutina que gobernaba mis días: trabajar durante el día y tener sexo con Tessa durante la noche. Aquella dinámica me gustaba tanto que me planteé pedirle a Tessa que dejara de buscar piso para que se quedara indefinidamente en el mío. Pero hacer aquello supondría tener que hablar de sentimientos, y no estaba preparado para tener esa conversación.

En todos mis años de soledad, nunca había conocido a una mujer que me hiciera plantear algo a largo plazo. Mi vida ya estaba demasiado llena de cargas para incluir una más en la ecuación. Pero cuando pensaba en Tessa, no se sentía como una carga, precisamente. Al contrario, ella me llenaba de alivio y ligereza, como uno de esos masajes relajantes que te dan en los mejores spas. No es que Tessa me llenara de relajación de forma literal, porque cuando estaba con ella me sentía tenso y excitado todo el tiempo, pero me hacía sentir bien, satisfecho y feliz como nunca lo había estado antes.

La cuestión es que los días pasaron y lo mío con Tessa siguió en la buena dirección. Hablo del sexo, claro, aunque también hablo de todo lo demás. Llegar a casa después de una larga jornada laboral y encontrarme a Tessa esperándome me hacía sumamente feliz. Me gustaba prepararle la cena, hablar con ella de nuestro día y luego ver algo juntos en la tele antes de que la excitación se hiciera insoportable y acabáramos quitándonos la ropa para dar rienda suelta a las ganas acumuladas.

En ese tiempo habíamos probado todas las posturas del kamasutra e incluso inventamos algunas nuevas. El sexo con Tessa era divertido y cero aburrido. De hecho, a los pocos días de haber empezado aquellas lecciones, Tessa alcanzó tal grado de perfección que empecé a

preguntarme quién estaba enseñando a quién, porque su destreza en algunos puntos era… joder, un puto sueño hecho realidad. Tenía la matrícula de honor asegurada.

Lo único que no me gustaba de nuestra relación era su insistencia en no llegar juntos al trabajo. Entendía que no quisiera que los demás sospecharan lo que hacíamos en privado, pero todo el mundo sabía a aquellas alturas que Tessa y yo vivíamos juntos, me parecía absurdo que no pudiera llevarla en coche.

Aquel día en concreto, cuando Tessa bajó del coche unas cuantas calles antes, me molestó bastante. Puede que el hecho de que me hubiera confesado justo antes de hacerlo que no llevaba nada debajo de la minifalda hubiera contribuido a ello. ¿Qué clase de tortura psicológica era esa y cómo se suponía que debía trabajar durante el resto del día sabiendo que se paseaba por la oficina sin bragas?

Supongo que por eso, nada más llegar, fui en su busca. La encontré en la sala del café, hablando con Adler, que sonreía como un idiota mientras paseaba su mirada por la curva sugerente de sus pechos. Sentí que la sangre me hervía; no me gustaba que ese memo la mirase de aquella manera. Me acerqué a ella, le pedí que me acompañara al despacho para hablar de algo importante y envié a Adler a hacer sus primeros veinte recados del día para que no molestase durante un buen rato.

Metí a Tessa en mi despacho y estampé mi boca en la suya nada más cerrar la puerta. Me alegré de que mi oficina no tuviera una de esas paredes de vidrio que todo lo muestran, porque lo que pensaba hacerle ahí dentro no era algo que quisiera que otros vieran.

Empujé a Tessa hacia mi escritorio, hasta que su culo se topó con el borde de la mesa, y seguí besándola. Sabía que aquello no estaba bien, habíamos hablado en más de una ocasión de que era mejor evitar el sexo en el trabajo para ser profesionales, pero, joder, no llevaba ropa interior y tenía la polla dura como una piedra de tan solo pensar en ello.

—Ryan, no creo que esto sea buena idea —murmuró contra mi boca cuando usé la mía para

morderle el lóbulo de la oreja mientras la sentaba sobre mi mesa.

—¿Seguro que no? Veamos qué opina tu cuerpo…

Deslicé mi mano por el interior de sus muslos y subí hacia el vértice de sus piernas con intención de acariciarla, pero, entonces, un grito ensordecedor procedente de mi sofá paralizó mis movimientos. Me separé de Tessa al instante y busqué al propietario de ese sonido gutural que bien podría pertenecer a un oso furioso. Pero no me encontré con un oso furioso, sino con Easton, que no era un oso, pero sí estaba furioso. Muy furioso.

Tessa saltó del escritorio soltando una exclamación de sorpresa y yo miré a Easton como quien ve un accidente de tráfico sabiendo que no puede hacer nada por evitarlo.

—Easton, tranquilo… —le pedí cuando este se levantó del sofá y se acercó a nosotros profiriendo todo tipo de maldiciones.

Siguió gritando como un poseso unos instantes, hasta que alguien llamó a la puerta de mi despacho, imagino que alertado por el escándalo que estábamos organizando, y se detuvo en seco.

—¿¿Tú?? —me preguntó señalándome conmocionado, ahora sí diciendo palabras inteligibles—. ¿¿Con ella?? —Señaló a Tessa—. ¿¿Era ella la chica más joven que tú a la que te referiste aquel día??

Tenía los ojos tan fuera de sus órbitas que creía que acabaría por darle un infarto.

—Easton, no te metas, no es asunto tuyo —dijo Tessa cruzándose de brazos—. Soy una mujer adulta y puedo acostarme con quien yo quiera.

—¿Acostarte? Oh, Dios. —Se llevó una mano al pecho como si efectivamente estuviera dándole un infarto—. ¿¿Estáis acostándoos??

Antes de que aquella situación se nos fuera más de las manos, le pedí a Tessa que se marchara y a Easton que saliéramos de allí y fuéramos a hablar a otra parte. No quería que todos

nuestros empleados se enteraran de lo que estaba pasando allí. No fuimos muy lejos, lo llevé a la cafetería que se encontraba al cruzar la calle. Pedí un par de infusiones, con la esperanza de que aquello aplacara sus nervios, y hablé antes de que pudiera hacerlo él.

—Oye, entiendo que estés en shock, pero esto no es algo que haya planeado…

—Según recuerdo, llevas tiempo queriendo hacerlo. Le llevas siete años, por Dios.

—Lo que uno quiere y lo que uno hace son dos cosas distintas. Además, si no recuerdo mal, me dijiste que la edad solo es un número.

—¡Pero no sabía que hablabas de mi hermana!

—¿Es que eso cambia las cosas?

—Pues sí, lo hace. Joder, es Tessa. Siempre me habías dicho que la veías como a una hermana pequeña. ¿Te das cuenta de lo turbio que suena todo?

Me mordí el labio entendiendo el punto, porque tenía razón. Años atrás mis pensamientos hacia Tessa siempre fueron puros e inocentes, tampoco había espacio para nada más. Mi moral nunca me habría permitido fijarme en alguien menor. Pero ahora las cosas habían cambiado, Tessa ya no era esa niña y, por supuesto, yo ya no la veía como a una hermana.

—No veo a Tessa como a una hermana, Easton —dije dando voz a mis pensamientos—. Es verdad que en el pasado fue así, pero desde que volvimos a vernos mis sentimientos por ella han cambiado.

—¿Sentimientos? ¿Tienes sentimientos por ella? ¿No es solo sexo?

La mirada de Easton se suavizó y yo no respondí de inmediato, porque, mierda, era pronto para intentar poner nombre a lo que le sucedía a mi corazón cuando estaba con ella.

—No lo sé —admití—. En todo caso, sea sexo o algo más, no te concierne. Tessa es una mujer adulta y puede tomar sus propias decisiones.

Easton dio un sorbo a la infusión y me miró muy serio. Conocía esa mirada, era la mirada

que usaba cuando estaba tomando algún tipo de determinación. Finalmente, soltó un suspiro y se acomodó sobre su asiento con aire resignado.

—Supongo que tienes razón, no puedo meterme en lo que sea que tengáis entre manos, pero escúchame bien, Ryan. Si le rompes el corazón a mi hermana o la haces llorar, iré a buscarte y te patearé el culo. —Asentí, dándole a entender que tomaba nota—. Sé de sobras que eres un mujeriego redomado y que esto solo es temporal para ti, solo intenta que cuando todo termine, lo haga de la mejor forma posible.

Asentí de nuevo y él se terminó su infusión. La atmósfera entre nosotros era tirante y pesada. Sabía que el hecho de que me hubiera dado su beneplácito no significaba que apoyase aquello, solo que lo aceptaba con resignación.

Quise preguntarle por qué había vuelto a dormir en mi despacho, pero no creí que fuera un buen momento para hablar de las complicaciones en su vida dadas las circunstancias. Así que nos limitamos a regresar a la oficina en silencio. Aunque la voz de Easton llenaba ese silencio en mi cabeza: «¿Sentimientos? ¿Tienes sentimientos por ella? ¿No es solo sexo?». No dejaba de preguntarme cuál sería la respuesta.

24

Tessa

Algunos días después de que Easton nos pillara «con las manos en la masa», Ryan me propuso ir a cenar a un restaurante elegante. Sonaba tanto a cita que no pude evitar ponerme nerviosa mientras me preparaba para el encuentro. Sabía que era una tontería, que solo era una cena y que no debía hacerme ilusiones, pero mi niña interior, aquella que había estado esperando a Ryan durante años, sí que se las hizo, y le quedaron preciosas.

Elegí un vestido rojo para la ocasión, y unos zapatos de tacón plateados que sabía que a Ryan le volvían loco, y esperé a que él me enviara un mensaje conforme me esperaba abajo con el coche. Había tenido una reunión fuera de la oficina y me dijo que pasaría a buscarme al terminar.

Entré en el coche y, antes de que pudiera abrocharme el cinturón de seguridad, Ryan se cernió sobre mí para hacerlo él mismo, deslizando la tira con suavidad sobre mi cuerpo.

—Estás preciosa —dijo, incorporándose al tráfico, tras lanzarme una mirada de reojo—. Lo estás tanto que estoy valorando la posibilidad de pasar de la cena y llevarte a casa. ¿Existe mejor cena que tú?

Me reí, palmeando con suavidad su hombro. Me gustaba que Ryan siempre tuviera buenas palabras para mí. Hacía que mis inseguridades menguaran y que me sintiera bella, sexy y femenina a su lado. Ryan cogió mi mano al vuelo, antes de que la apartara, y entrelazó nuestros dedos, dejándolos unidos sobre su muslo.

Ese gesto me pareció tan íntimo y precioso que mi boca se secó y mi estómago se puso del revés. Era un gesto pequeño y tonto, pero parecía tan de pareja que empecé a hacerme preguntas. Fue inevitable. ¿A dónde nos estaba conduciendo todo aquello?

Ya llevábamos varias semanas enzarzados en esas lecciones que tenían como objetivo ofrecerme todas las experiencias que no pude vivir en el pasado, y me preocupaba que en cualquier momento Ryan se cansara y me pidiera terminarlo. Además, había detenido la búsqueda de piso, pues la simple idea de dormir en otro lugar que no fuera su cama se me volvía insoportable. Sabía que lo que teníamos era solo sexo, así habíamos iniciado ese acuerdo, y así sabía que terminaría, pero eso no lo hacía más digerible. Sabía que cuando aquello terminara me quedaría devastada, aunque, al menos, en esa ocasión, tendría un montón de recuerdos hermosos a los que regresar cuando lo necesitara. Ya no se trataría solo de un enamoramiento unilateral sin más. Había reescrito nuestra historia y esperaba que lo que quedara por vivir de ella fuera igual de genial que lo que llevábamos vivido hasta la fecha.

El restaurante al que me llevó Ryan era uno de los más prestigiosos de la ciudad y estaba ubicado cerca del puente de Brooklyn. Además de elegante y lujoso, tenía una terraza con unas vistas espectaculares al horizonte de Manhattan. Nos dieron la mejor mesa y, gracias a los calentadores de exterior, el frío de la noche no fue un problema.

—Ha sido inesperado —dijo Ryan en algún momento. Ya habíamos comido el entrante, bebido vino y la atmósfera a nuestro alrededor era tan romántica que era imposible no dejarse imbuir por ella. Quise preguntarle a qué se refería, pero antes de que pudiera hacerlo, él continuó —. Tú y yo, juntos, ¿quién lo hubiera dicho? Hace unos años, cuando te enseñaba español, nunca imaginé que terminaríamos así.

—¿Así te refieres a cenando juntos en un restaurante increíble con vistas a Manhattan?

—Así me refiero a que me estoy muriendo de ganas de llevarte a casa, arrancarte la ropa y follarte a cuatro patas contra el cabecero de la cama hasta que te corras gritando mi nombre.

Un hormigueo se extendió entre mis muslos.

—Guau, eso ha sido muy… gráfico.

Ryan se rió y deslizó una de sus manos sobre la mesa en busca de la mía. Sus dedos se

enredaron con los míos, como lo habían hecho antes en el coche. Y sentí que las estúpidas mariposas recorrían mi cuerpo como locas. Ya me encargaría después de recordarles que lo mío con Ryan no iba de eso. Que debían quedarse quietas en algún lugar sin molestar.

—¿Tú cómo me veías entonces? —preguntó mirándome con intensidad.

Aquella pregunta me pilló por sorpresa y me puse un poco nerviosa.

—¿A qué viene esa pregunta?

Ryan se encogió de hombros con suavidad.

—Simple curiosidad.

Rompí el contacto de nuestras manos, como si temiera que pudiera notar a través de ella que estaba a punto de mentir. Porque ni en un millón de años confesaría la verdad: que lo veía como el hombre de mi vida. Que soñaba con casarme con él, tener hijos y vivir en una preciosa casita con jardín, como la de sus padres. Contarle la verdad no era una opción. Sabía que Ryan era un mujeriego, que huía de las relaciones formales y que, por tanto, una confesión así lo estropearía todo.

—Pues… no sé. Hace mucho tiempo desde entonces.

—¿Alguna vez pensaste que podríamos pasar de las lecciones de idiomas a las lecciones sexuales?

Negué con la cabeza acompañando el movimiento con una risita.

—Para nada —y eso era verdad, o sea, mis pensamientos nunca fueron tan sucios como lo era nuestro sexo—. Era demasiado ingenua en aquella época para tener ese tipo de pensamientos.

—Ajá. Pues ahora no tienes nada de ingenua, cielo.

Volví a reírme y Ryan volvió a buscar mi mano sobre la mesa. Acarició mis nudillos con el pulgar, mirándome aún de aquella forma tan intensa, y yo sentí que mi corazón se desbocaba y que todo mi interior se removía. Nadie te prepara para que tu crush te mire como si fueras lo

único que existe sobre la faz de la Tierra. Como si fueras el eje que hace girar su mundo.

Pensé en sincerarme, entonces. Decirle de forma casual que durante mi adolescencia estuve loca por él. Pero me contuve. Una mirada no cambiaba las cosas. Lo nuestro seguía siendo sexo.

—¿Y si nos marchamos a casa?

—Pero aún tienen que traernos los platos principales —le recordé, divertida.

—¿Quién necesita un plato principal teniéndote a ti?

No pude negarme. Me puse en pie y le seguí hasta la salida. Una vez en el coche, nos besamos con urgencia, como si la necesidad nos consumiese y no pudiéramos esperar a llegar a casa para saciar las ganas. Pero lo hicimos, claro. Tener sexo en un coche en marcha no entraba en mi lista de fantasías que satisfacer.

Y cuando pasamos el umbral del apartamento de Ryan, todo se precipitó.

25

Tessa

Entramos en casa besándonos. No era la primera vez que entrábamos así al apartamento. Durante semanas habíamos hecho todo tipo de travesuras no aptas para menores en el ascensor o el rellano. Siempre con ropa, pero muy pocas veces de un modo inocente.

No, no era la primera vez que íbamos ardiendo de pasión, pero sí era la primera vez que el ambiente se notaba más denso y cargado de algo que no sabía descifrar. Puede que fuera el modo en que Ryan me abrazaba, como si le costara separarse de mí. Se sentía íntimo y posesivo en el buen sentido. Como si mi cuerpo empezara a pertenecerle a él más que a mí, sobre todo en esos momentos de intimidad en los que él sabía tan bien cómo hacerme sentir segura y sexy.

Por lo general nos gustaba el sexo caliente y subido de tono. A Ryan le encantaba contarme con palabras sucias todo lo que quería hacerme y que le hiciera y mi cuerpo reaccionaba de tal modo, que sabía que me encantaba. Solo tenía que pasar una mano entre mis muslos para averiguar hasta qué punto me excitaba aquello. Sin embargo, aquella noche no hubo palabras subidas de tono. Nada de lenguaje lascivo. Desde que entramos en el apartamento todo lo que oí fueron sus suspiros y gemidos, acompasados a los míos mientras me llevaba hasta el dormitorio y me desnudaba con lentitud.

—Voy a dejarte los zapatos de tacón —murmuró cuando se agachó y bajó mis braguitas, que era lo único que me quedaba, por mis piernas, dejándome al desnudo a excepción de los zapatos.

—¿Otro fetiche? —pregunté intentando sonar mucho más indiferente de lo que me sentía, porque no quería que viera hasta qué punto su simple presencia era capaz de afectarme.

—Contigo surgen cada día —dijo con voz ronca.

Cerré los ojos y procuré no temblar de emoción y deseo cuando besó mi ombligo. No porque mi ombligo fuese una zona erógena, sino porque sabía que no se detendría ahí. Sus dedos hurgaron entre mis piernas y encontraron mi humedad tan pronto que me mordí el labio inferior y me pregunté, por una milésima de segundo, si no estaba siendo demasiado evidente. Puede que no le dijera con palabras cómo me sentía, pero mi cuerpo… había decidido ir por libre y demostrarle que estaba completamente a su merced. Ryan lamió la zona baja de mi vientre y, cuando quiso llegar al vértice de mis piernas, se dio cuenta de que iba a ser complicado con los tacones y de pie, así que se levantó el tiempo justo para llevarme a la cama, tumbarme y abrir mis rodillas, dejándome completamente expuesta. Se arrodilló ante mí y llevó sus labios a mi clítoris, pero incluso eso se sentía distinto a otras veces. Era un gesto que requería confianza de por sí, pero aquella noche todo era más íntimo. Sentía que no le daba solo mi cuerpo y no sabía si eran cosas mías, pero cuando Ryan miró hacia arriba y chupó mi centro sin apartar sus ojos de mí, me pareció ver una chispa diferente. Un reconocimiento distinto.

No aguanté mucho en esa postura. Estaba tan desesperada por tener su contacto que apenas unos minutos después de que empezara a hacerme sexo oral le supliqué que lo dejara y subiera para besarme. Él lo hizo sin rechistar. Aquella noche no hubo un intento de poder por ninguno de los dos. Otras veces habíamos intentado llevarnos al límite, torturándonos en el mejor de los sentidos para ver hasta dónde aguantábamos y tomar el control de la situación, pero no fue así aquella noche. Sucumbimos a cada deseo que teníamos sin protestar ni ponerlo en entredicho. Sin intentar llevar el control hacia un lado u otro.

Ryan me besó y su polla se acomodó entre mis piernas de un modo tan natural que abrí las mías buscando alojarlo más y mejor. Adoraba estar así de mojada y notarlo duro y palpitante sobre mí.

Sus besos sabían diferentes esa noche. Más cargados de necesidad. Como si tuviera un hambre que no es capaz de aplacar con nada.

—¿Te hiciste las pruebas médicas? —preguntó rompiendo el contacto de nuestros labios y

mirándome con la respiración acelerada.

Lo miré embobada. Llevábamos semanas teniendo sexo, siempre con condón, y unos días antes él me había dicho que se iba a hacer unas pruebas médicas rutinarias y se ofreció a sacarme cita si yo quería. No dijo nada más, pero los dos sabíamos lo que buscábamos con aquello. Ya tenía los resultados, pero no me había atrevido a sacar el tema porque no quería parecer demasiado lanzada. Además, sabía que Ryan jamás había tenido sexo sin condón. Yo tampoco, pero nuestra experiencia sexual era muy diferente. La suya, desde luego, era más larga. Así que no quería hacerlo ver como si estuviera impaciente… cuando lo cierto era que no dejaba de preguntarme cómo sería hacerlo sin condón y sentirlo piel con piel.

—¿Las hiciste o no? —preguntó moviéndose y deslizando su polla entre mis pliegues.

—Ajá —gemí.

—¿Y?

—Limpia. —Su mirada se oscureció—. ¿Tú?

—Limpio. ¿Quieres…?

No lo dejé hablar más. Llevé mi mano hacia el punto en el que nuestros cuerpos se rozaban, cogí su erección y la guié hacia la entrada de mi vagina. Coloqué el glande en posición y alcé mis caderas, dejándole claro lo que quería. Ryan no se movió, sus ojos parecían tan profundos que pensé que podría perderme y cometer una locura si lo miraba fijamente mucho tiempo. Una locura como pensar que…

No. Eso no podía hacerlo.

—Métemela, Ryan, por favor.

No me importó sonar necesitada, sobre todo cuando me di cuenta de que esa necesidad que se palpaba en mí hizo que Ryan perdiera el hilo de cordura que le quedaba. Gruñó, empujó y entró en mi cuerpo por primera vez sin barreras de ningún tipo. Me sorprendió que fuese aún más

suave y caliente que de costumbre. Abracé sus hombros y pasé mis manos por detrás de su nuca para sentirlo tan cerca de mí como fuera posible. Él debió pensar lo mismo, porque restregó su pecho contra el mío y se movió a un ritmo tan lento que pronto fue como si, en realidad, fuésemos solo uno.

Nos mecimos sin prisa, disfrutando de las nuevas sensaciones, sintiendo cada caricia multiplicada por mil y mirándonos a los ojos más de lo que lo habíamos hecho nunca. Sentí que algo aquella noche era diferente, mejor, más bonito e íntimo. Y también más aterrador. Pero no me importó en ese instante. Solo quería tener dentro ese placer infinito y sentirlo durante toda mi vida. No pensé en nada más, no me lo quise permitir porque sabía que hacerlo era entrar en un bucle que me daba miedo, así que cada vez que mi cabeza intentó hacer saltar las alarmas, yo besé a Ryan. Le entregué mis besos, mi cuerpo y mucho más, pero no mis palabras. Eso nunca. Dejaría que sintiera lo que yo sentía, y me empaparía de lo que él me ofrecía, pero no pondríamos palabras que entorpecieran aquello.

El orgasmo llegó diferente a otras veces. Pasional, tranquilo pero no por ello con menos fuerza. Fue arrollador, subió hasta lo más alto y, cuando estuve lista, solo pude mirarlo y apretar cada músculo de mi cuerpo para arrastrarlo conmigo. Era todo lo que quería. Como una meta a cumplir solo si él venía conmigo.

—Joder, nena.

—Córrete conmigo, Ryan —gemí—. Córrete en mi interior.

No sé si fueron las palabras, mi abrazo o el modo en que el ambiente se había caldeado hasta el punto de estar los dos sudando, pero Ryan dio algunos empujones en mi cuerpo con más fuerza, generando una fricción sobre mi clítoris que me llevó a la locura, y sé que su primer espasmo lo tuvo cuando grité su nombre llevada por el mejor orgasmo que había tenido en mi vida. Lo sentí todo. Sus pulsiones, el modo en que me llenó, sus manos en mis caderas aferrándose con fuerza y su mirada fija en mí, penetrándome de un modo tan profundo como su

cuerpo.

Fue tan bonito y sublime que, al acabar, solo nos quedó besarnos con los ojos cerrados y en silencio, porque los dos supimos que no seríamos capaces de decir palabras que mejorasen lo que acabábamos de hacer

26

Ryan

Conduje por las calles de Nueva York con sueño, el cuerpo agarrotado y la sensación de que había cometido un terrible error. Pensé en Tessa plácidamente dormida en mi cama, ajena al huracán de emociones que yo tenía en el pecho. Después de una noche del sexo más increíble que había tenido en toda mi vida desperté con el corazón latiendo a mil por hora. Aquella mañana clavé mi vista en el techo y no solo sentí el golpeteo acelerado de mi corazón, sino el cuerpo duro y listo para más. Quería más. Había pasado la noche disfrutando de su cuerpo, había entrado en ella hasta tres veces sin condón y todas y cada una de ellas me había corrido dentro, como si instintivamente y de un modo absurdamente primitivo quisiera marcarla con mi semen. Quería dejar en ella mis marcas y que ella dejara en mí las suyas y aquella certeza me devastó. Por eso, en vez de besarla y despertarla con una ración de sexo y un gran desayuno, me había escabullido de la cama, me había duchado en el baño más alejado de la casa y me había marchado a trabajar con los primeros claros del día sin pensar en nada más que en lo extraño que me sentía.

No me di cuenta hasta que estuve en el coche y a medio camino de que Tessa despertaría y se haría sus propias ideas con respecto a que yo no estuviera. Fui egoísta, lo reconozco. Me pudieron el miedo y aquellas sensaciones que sentía y a las que no sabía poner nombre. Me dolía el corazón de un modo que no me había dolido nunca antes. El simple hecho de pensar en ella hacía que algo dentro de mí quemara en el mejor y en el peor de los sentidos. Sentía que no podía respirar bien. Incluso tuve que aflojarme la corbata para que entrara más aire en mi pecho, pero no funcionó, porque no era falta de aire lo que sentía, sino falta de… ¿De qué? ¿Qué era aquello que sentía? ¿Y por qué no podía dejar en que era un cabrón por largarme cuando lo único

que en realidad quería era dar media vuelta, entrar en la cama y convencerla a base de sexo de que podríamos tener aquello cada día de nuestras putas vidas?

Tragué saliva y aceleré por instinto. No era la primera vez que tenía un flash sobre lo que sería mi vida si Tessa estuviera en ella de forma permanente, pero sí era la primera vez que aquella idea martilleaba en mi cabeza algo más que unos segundos. Hasta ese momento me había parecido fácil desechar e ignorar la idea, pero se estaba volviendo imposible y aquella mañana, en concreto, las preguntas me taladraban de un modo inexplicable. ¿Qué pasaría si lo nuestro no fuera solo sexo? ¿Y si quería algo más? Algo como lo que tenía Easton, por ejemplo.

Aceleré un poco más y agradecí estar llegando al trabajo, porque estaba seguro de que estaba incumpliendo alguna que otra norma de seguridad. Aparqué en mi plaza del parking y subí en el ascensor serio y agradeciendo que prácticamente nadie hubiese llegado aún a las oficinas. De ese modo pude recorrer el pasillo a toda velocidad y encerrarme en el despacho, donde rumié la idea de que algo estaba pasando conmigo.

Me asusté, lo reconozco, me asusté tanto que intenté convencerme de que solo era sexo y el único motivo por el que estaba pensando esas cosas era porque me había levantado duro como una piedra y, en vez de dar a mi cuerpo lo que necesitaba, me había metido en la ducha, así que cometí la estupidez de cerrar la puerta con pestillo, sentarme en mi gran sillón de piel, abrir mi bragueta, sacar mi polla y masturbarme, no como un acto erótico, sino para alcanzar un orgasmo que se llevara aquellas ideas lejos. Quería demostrarme que solo era sexo. No quería ni pensar que había estado toda la noche entrando en su cuerpo y aun así sentía que quería más. Si pensaba en eso, iría derecho a un agujero que sentía que podía tragarme para siempre.

Me sorprendí cuando mi polla no reaccionó al instante a mis caricias. Tragué saliva, pensé en Tessa la noche anterior, en el modo en que había gritado mi nombre mientras la penetraba y, en cuestión de segundos, estuve duro como una piedra. odié a mi propio cuerpo en ese instante, porque me parecía tremendo que, de pronto, solo reaccionara ante ella, ya fuera en persona o en mi imaginación.

¿Así es como sería? me pregunté mientras me tironeaba con fuerza de mi erección. ¿Ya no podría ponerme duro con nadie más que con ella? Ese pensamiento hizo que mi cuerpo vibrara, no de un buen modo, sino de miedo, pero entonces me di cuenta de que, en realidad, no necesitaba más. No era malo que mi cuerpo y mi mente solo reaccionaran a ello. Daba miedo, sí, mucho, pero no era… no tenía por qué ser malo. Mi cuerpo se relajó y a mi mente acudieron imágenes de Tessa de lo más calientes y sensuales, pero esta vez no las frené y no tironeé de mi propio cuerpo con fuerza, como si estuviera castigándome. No. Me dediqué a disfrutar, imaginé todo lo que quería hacerle, porque le había hecho infinidad de cosas pero no estaba ni siquiera cerca de acabar con ella. Joder, si era sincero, no estaba seguro de que alguna vez fuese a estar cerca de acabar con ella. Había probado a Tessa y de pronto era como si mi cuerpo se negara a buscar otras fuentes de placer. Todas residían en ella incluso cuando, en un momento como aquel, estaba yo a solas con mi mano.

Me masturbé hasta el final, me corrí sobre unos clínex pensando en Tessa, en sus labios alrededor de mi polla y en lo mucho que quería aquello durante toda mi puta vida. Sí, lo reconozco, me corrí, me agobié, me asusté y, después de un buen rato, empecé a respirar con normalidad porque mi mente, de algún modo, consiguió abrirse paso en medio del drama y plantear otras posibilidades. ¿Y si lo nuestro no era tan imposible? ¿Y si no era solo sexo? Vale que pensar en ello me aceleraba la respiración, y sí, en aquellos instantes nuestra relación se basaba sobre todo en el sexo, pero había algo más. Cuando estaba con Tessa me reía como con nadie más. Era lista, graciosa, sarcástica y podía pasar horas, no solo enredado en su cuerpo, sino hablando con ella. Me encantaba pasar el tiempo a su lado y no solo por el sexo, aunque fuese una parte importante.

Alguien tocó en la puerta con los nudillos y me sobresalté, me arreglé el traje y fui a abrir. Easton estaba al otro lado, así que intenté poner una cara lo más neutra posible, porque decirle a mi mejor amigo que estaba volviéndome loco hasta el punto de masturbarme en el despacho pensando en su hermana pequeña y después de haberme pasado la noche entera teniendo sexo

con ella no era una opción. Posiblemente me diera una paliza. Y posiblemente la mereciera.

—Me alegra que estés aquí tan temprano. Necesito revisar contigo unos datos, ¿te viene bien?

Ni siquiera le pareció raro que estuviera allí al amanecer y supuse que eso era porque él tenía sus propios problemas y, en el fondo, no era consciente de que algo raro pasaba. Asentí, pero cuando quiso entrar en el despacho me negué y le dije que iría yo al suyo. De algún modo sentía que podría intuir lo que había pasado ahí minutos antes.

—Iré enseguida —murmuré.

Él asintió y se marchó. Yo me tomé unos segundos para coger aire y cuando la imagen de Tessa pasó por mi cabeza me dije a mí mismo que no tenía ni idea de lo que estaba pasando conmigo, pero por el momento lo mejor que podía hacer era ahogarme en trabajo, calmar mi cuerpo y dejar que pasaran las horas antes de volver a darle vueltas. Porque algo estaba claro: las cosas estaban cambiando y, me gustara o no, después de la noche que habíamos pasado no volveríamos a ser los mismos, para bien o para mal.

27

Tessa

Despertarme y descubrir que Ryan no estaba conmigo en la cama, ni siquiera en la casa, fue un golpe duro de digerir. De alguna manera, que se hubiera marchado sin avisar ni dejar una nota o enviado un mensaje era toda una declaración de intenciones. La noche anterior habíamos compartido una sesión de sexo increíble, en la que la intimidad y la conexión fueron claros protagonistas. No estar allí después de ello debía ser su forma de marcar distancias. Un fiel recordatorio de que lo que teníamos era solo sexo, sin más.

Aquella mañana llegué a la oficina con una bola de ansiedad en el estómago. De haber podido, me habría quedado en casa, pero tenía una reunión importante con mi equipo para planificar la siguiente fase del proyecto, y no podía saltármela solo por una pataleta de niña pequeña. Ni siquiera me creía con derecho a estar enfadada o decepcionada por la actitud de Ryan cuando desde el inicio él había sido claro en sus intenciones. Siempre supe que aquellas lecciones de sexo tenían fecha de caducidad, por lo que si él en cualquier momento decidía poner fin a aquello no podría reprocharle nada. Me quedaría el recuerdo de unas experiencias preciosas, que era mucho más de lo conseguido en el pasado.

Por desgracia, al poco rato de llegar, tuve que personarme en el despacho de Ryan para que me firmara unos documentos que requerían ser enviados con urgencia a un colaborador que nos estaba ayudando con el desarrollo del proyecto. Y digo por desgracia porque nada más entrar y notar la tensión del ambiente, supe que mis suposiciones sobre lo nuestro estaban en lo cierto. La frialdad con la que me trató y el hecho de que no intentara besarme ni tocarme fue un claro indicativo de que algo había cambiado en él. En nosotros. En nuestra relación.

La bola de ansiedad fue creciendo y creciendo a medida que las horas pasaban. Intentaba no

darle vueltas, concentrarme en ese proyecto que tanto me entusiasmaba y que tantas vidas mejoraría, pero nada de eso pudo aplacar mi nerviosismo. Los ojos se me llenaban de lágrimas cada vez que pensaba que lo mío con Ryan podría estar a punto de terminarse. Y cuando eso sucedía, me sentía patética, como si volviera a ser esa adolescente ingenua e inocente que realmente creía que algún día podría construir un futuro real con su amor platónico.

Durante la comida, Adler y Cindy me preguntaron varias veces si me encontraba bien. Decían que tenía mala cara y que me veía apagada. Yo les respondí solo que creía estar incubando algo, pues otra de las cosas malas de acostarse con tu jefe, o bueno, el mandamás del lugar donde trabajabas, es no poder compartir aquello con nadie. Ya era malo ser la hermana de uno de los CEOs de la empresa; que me vieran además como la amante del otro no me dejaría en buen lugar. Por no hablar de que me sentía mal por Adler. Había sido yo la que había iniciado el coqueteo descarado dándole ilusiones, y aunque había cortado todo aquello desde que lo mío con Ryan empezó, me sentía culpable.

Las cosas no mejoraron después. Durante la pausa de media tarde escuché a unas chicas hablar de Ryan y una colaboradora extranjera con la que estaba reunido en aquel momento en una de las salas. Me acerqué para escuchar mejor.

—¿Y cómo sabes que están enrollados? —preguntó una de ellas a la otra.

—Bueno, ahora no sé si lo están, pero después de la reunión del año pasado los vi entrar en uno de los hoteles de la ciudad con una actitud de lo más amistosa. Ya sabes cómo es Ryan. Nunca perdería la oportunidad de acostarse con una mujer bonita. Y Keiko Nakamura lo es. Es directiva de una multinacional y transmite una seguridad y confianza en sí misma arrolladoras.

Genial, seguridad y confianza, justo lo que yo no tenía.

Me acerqué a la sala de reuniones en cuestión y cotilleé a Ryan y a la tal Keiko con disimulo. Parecían estar consultando algo en el ordenador de ella, y sentí los celos arder en mi interior cuando, aprovechando la cercanía, ella dejó caer la mano sobre el muslo de él. Puede que

Ryan le apartara la mano al instante con actitud firme, pero eso no hizo que el alivio fuera mayor. Porque, en aquel momento, sintiendo ese agujero negro en el pecho, a la altura del corazón, fui consciente de que no podía seguir con aquello.

Era absurdo seguir haciéndome trampas al solitario; estaba claro que mis sentimientos por Ryan habían sobrepasado la línea de lo que era sano para mí. Hacía tiempo que para mí lo que teníamos había dejado de ser solo sexo. De hecho, dudo que alguna vez solo fuera eso. Puede que hubiera guardado en una caja hermética mi enamoramiento por él, pero de alguna forma esta caja había acabado por romperse y todo ese enamoramiento pasado había vuelto a mí con la fuerza de un ciclón. No podía ignorar esa realidad por más tiempo. Ryan nunca me prometió nada más que lecciones de sexo y experiencias, ¿qué esperaba de él? ¿Que correspondiera mis sentimientos? ¿Que se enamorara de mí? ¿Cómo había podido volver a caer en la misma ingenuidad de antaño? ¡Ya no era una niña de 16 años, por Dios! Era una mujer hecha y derecha, y como tal debía actuar en consecuencia. Así que en aquel momento tomé una determinación. Debía cortar con aquello, ya. Esa misma noche. Cuanto más tiempo tardara en hacerlo, más fuertes serían las raíces de mis sentimientos por él.

Con un nudo presionándome la garganta, decidí marcharme a casa más temprano de lo habitual. Había llegado el momento de hacer las maletas, marcharme de allí y dejar aquellas lecciones con Ryan.

Mientras doblaba la ropa y la metía dentro de la maleta, pensé en lo hermoso y desgarrador que era el amor unilateral. Era hermoso porque era desinteresado, pero era desgarrador porque la certeza de no ser correspondido dolía. Viví aquello siendo solo una niña, y volvía a vivirlo ahora, y en ambas ocasiones, acabé con el corazón roto y la certeza de que no sería fácil recuperarme del golpe.

28

Tessa

6 años atrás

Aquel día falté a las clases de última hora porque era el cumpleaños de Ryan y quería darle una sorpresa. Había hecho algo para él: una bufanda de lana roja preciosa que esperaba que, al ponérsela durante el invierno, le hiciera pensar en mí. Además, con un poco de suerte, podría presenciar aquello con mis propios ojos, porque después de pensarlo mucho, había decidido cambiar mis planes iniciales respecto a elegir una universidad lejos de casa. Iría a Columbia. Estaba en Nueva York, y vivir en el campus no me impediría visitar a Ryan siempre que quisiera.

No perdía la esperanza de que, en algún momento de los próximos años, él dejara de verme como una niña para empezar a verme como una mujer. En las series y películas románticas eso pasaba constantemente. ¿Por qué no podía pasarme a mí?

Bajé del autobús y me dirigí hacia la puerta de la casa de los padres de Ryan con el corazón bombeando dentro de mi pecho a mucha velocidad. Había sonsacado la dirección a Easton. Me hacía mucha ilusión darle mi regalo y pasar un rato con él en un día tan especial. Me acerqué a la verja de la puerta del jardín con una sonrisa y me quedé congelada en el sitio cuando mis ojos se encontraron con Ryan de pie frente a la puerta de entrada, acompañado por otra persona. Una chica. Una chica preciosa, elegante y de su edad.

Fue como si alguien me apuñalara en el pecho y se regodeara en ello. Sentí físicamente ese dolor. Punzante, intenso, increíblemente desgarrador. Ryan y aquella chica estaban cogidos de la mano y se sonreían de una forma que no dejaba espacio para la duda.

La bolsa con el regalo cayó al suelo, emitiendo un sonido sordo que Ryan y aquella chica escucharon. Sus miradas se dirigieron hacia mí, que, aún en shock, fui incapaz de moverme del sitio.

—¿Tessa?

Ryan dejó de sostener la mano de la chica y se acercó a mí, sonriendo. Yo noté un sudor frío bajando por mi frente y deslizándose por mi espalda.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba.

Tenía la boca seca y me costaba tragar saliva. Intenté forzar una sonrisa, recogí la bolsa del suelo y se la entregué.

—Solo quería darte tu regalo de cumpleaños.

Él miró la bolsa aún sonriendo y, le pidió a la chica que se acercara.

—Mery, esta es Tessa, la hermana de Easton. Tessa, ella es Mery, mi novia.

El corazón se me partió en dos al escuchar esas palabras de su boca. Novia. Ryan tenía novia. Aún hoy no sé de dónde saqué las fuerzas necesarias para sonreír y estrechar la mano a Mery, pero lo conseguí. Interpreté el mejor papel de mi vida.

—Ryan no deja de hablar de ti. Si no supiera que eres como su hermana pequeña, me pondría celosa —dijo intentando hacerse la simpática.

Quise llorar en ese momento. Quise llorar en posición fetal durante horas. Pero seguí manteniendo la sonrisa y la compostura, como si aquellas palabras no me hubieran roto el corazón en mil pedazos.

—¿Quieres entrar? Vamos a comer tarta con mis padres.

—No, no, en realidad tengo cosas que hacer. Solo quería darte tu regalo —dije negando con un movimiento de cabeza.

Él miró la bolsa e hizo ademán de coger el regalo que había dentro, pero yo volví a negar

con un movimiento negativo. No quería que abriera el regalo en ese momento. No lo soportaría.

—Mejor ábrelo luego. No es nada. Es solo algo que he hecho yo.

—Si lo has hecho tú, seguro que es genial —dijo tocándome la cabeza con un gesto cariñoso y fraternal—. ¿Nos vemos el viernes para nuestras clases de español?

Asentí, manteniéndome serena unos segundos más antes de despedirme de ellos y echar a andar en dirección a la parada de autobús. Las lágrimas empezaron a caer sin control en cuanto estuve lo suficientemente lejos como para que no pudieran verme. Ryan tenía novia y me veía como una hermana pequeña. Había llegado el momento de enterrar todos esos pensamientos cursis y ridículos sobre él y olvidarlo. Porque Ryan nunca me vería como una mujer. Para él siempre sería esa niña pequeña a la que ayudaba con sus clases de español.

Cuando llegué a casa aquella tarde, con los ojos llorosos y el corazón hecho pedazos, cogí una caja de cartón que encontré vacía por casa y metí todas las cosas que me recordaban a él, incluso el bote de crema de cacahuetes con las notas dentro. Luego, busqué las cartas que me habían llegado hacía poco, todas ellas aceptándome en sus facultades, y elegí la más alejada de Nueva York. California sonaba lo suficientemente lejos. Volver al plan inicial, alejarme de mi madre enferma, me pareció la mejor opción. Además, ahora tenía un motivo adicional para hacer todo aquello. Rellené los campos y decidí ir al día siguiente a la oficina de correos. También anulé las clases de repaso con Ryan, asegurándole que ya había alcanzado el nivel suficiente y que no necesitaba más su ayuda. No le sentó muy bien, pero en aquel momento sus sentimientos no me importaron tanto como los míos.

Esperaba que la distancia y el tiempo fueran suficientes para reparar mi corazón y olvidarme de Ryan. Entonces no sabía que me bastaría solo un reencuentro con él varios años después para volver a caer de nuevo.

29

Ryan

Llegué a casa agotado del trabajo. Era mucho más tarde de lo habitual, había sido un día intenso de reuniones. La parte buena era que habían salido bien en su mayoría y todo parecía ir como la seda en la empresa. La parte mala era que no solo estaba cansado, sino confuso y en un bucle prácticamente obsesivo con respecto a Tessa. Había intentado dejar de pensar en ella, de verdad, pero había resultado muy complicado.

Mis reuniones con Keiko siempre resultaban de lo más productivas, no solo de un modo profesional. La veía cada muchos meses, pero era… explosivo. Siempre habíamos tenido química y llegar a tener sexo fue natural en nosotros. En cambio, ese día evadí cada intento de acercamiento de ella. Cada vez que su mano rozaba como por casualidad mi muslo o mi cintura yo me apartaba sutilmente. Tanto fue así que, al final, Keiko decidió lanzarse y hablar claro, como la mujer decidida que era.

—¿Hay algún problema conmigo? ¿O es que no te apetece?

No intenté hacerme el tonto. Era absurdo y no serviría de nada, así que carraspeé y fui todo lo sincero que podía permitirme ser en ese momento, porque ni siquiera yo tenía muy claro qué sentía.

—Hay alguien. No es serio, pero no estamos viéndonos con nadie más.

—Entonces sí es serio.

—No, no lo es.

Mi respuesta fue tan inmediata y tajante que Keiko sonrió, contribuyendo a que me sintiera aún más incómodo.

—Como digas. Entonces solo trabajo esta vez ¿no?

—Sí, mejor.

Se lo tomó bien y no sabría explicar con palabras lo mucho que eso me alivió, porque lo último que quería era un drama con ella. Me dije a mí mismo de camino a casa que así era como debería ser con Tessa, ¿no? En teoría, teníamos el mismo tipo de relación, solo que a Keiko la veía cada muchos meses y con Tessa vivía en el mismo apartamento. Eso hacía que la línea se volviera confusa. Eso y el cariño que obviamente sentía por ella porque la conocía desde hacía muchísimos años.

Intenté calmarme con ese tipo de pensamientos, pero cuando entré en el salón y me encontré con Tessa rodeada de maletas algo latió dentro de mí, y no para bien.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

Tessa se sobresaltó. Era evidente que estaba esperándome y aun así estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que conseguí sorprenderla con mi llegada.

—Llegas tarde —dijo por respuesta.

—Sí, he estado cenando con una colaboradora y… —No seguí. Hubo algo. Un temblor en su mirada que hizo saltar todas mis alarmas—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —dijo, pero no parecía bien en absoluto.

—¿Por qué están tus maletas aquí?

—Bueno, es que me marcho.

—¿Te marchas?

—Ajá.

—¿A dónde?

Tessa empezó a hablar y me obligué a mí mismo a mantener la atención puesta en ella.

Sentía que la cabeza se me llenaba de aire a punto de estallar, como si no hubiera espacio ni siquiera para pensar. ¿Se iba? ¿Cómo que se iba? ¿Por qué? Todo mi cuerpo parecía horrorizado. Todo, menos una parte minúscula que sentía algo parecido al alivio porque intentaba convencerme de que eso era justo lo que necesitaba para aclarar mis ideas y darme cuenta de que lo de Tessa no se había salido de control. Quizás esa fue la parte que me mantuvo en pie, pero no era la parte más sincera de mí.

—Cindy me ha ofrecido una habitación en su apartamento.

—¿Y por qué iba a ofrecerte Cindy una habitación si tú no estás buscando habitación en otra casa? —Su silencio hizo que mis oídos pitaran—. ¿Tessa?

—Quizás sí le dije que estaba buscando habitación. Bueno, le dije que estaba buscando casa, porque eso es cierto. Necesito mudarme cuanto antes.

—Aquí no molestas, te lo he dicho un millón de vec…

—Aquí no puedo seguir —me cortó ella con voz tajante.

—¿Por qué diablos no?

—Porque no, Ryan.

—Eso no es una explicación.

—Bueno, es todo lo que puedo darte. —Se agachó para coger sus maletas y, en cuanto di un paso en su dirección, me frenó con la mirada—. No intentes frenarme. Esto es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para mí. Siento que todo ha ido demasiado rápido. Necesito… necesito mantener las distancias.

—Tessa, si esto es porque he hecho o dicho algo que…

—No, esto es porque siento que las cosas se han enredado demasiado. Necesito respirar un aire distinto, Ryan, eso es todo.

—¿Estás rompiendo conmigo?

No sé de dónde salió aquella frase, pero sé que, una vez pronuncié las palabras, no pude evitar esperar una respuesta mientras contenía la respiración.

—No estoy rompiendo nada porque no había nada serio. Tú tienes tu vida, yo tengo la mía y llegamos a un acuerdo que ya no quiero seguir manteniendo. Siento que las lecciones han sido suficientes y…

—A la mierda las lecciones, Tessa. Tiene que haber algo más.

Por el modo en que me miró supe que yo tenía razón: había algo más. También supe que no me diría qué era. Conocía bien a Tessa, o eso me gustaba pensar. Sabía que tendía a largarse cuando las cosas se ponían difíciles, pero no entendía por qué consideraba que se habían puesto complicadas.

—Si me he dejado algo puedes llevarlo a la oficina, ¿de acuerdo? nos vemos mañana.

No hubo más intercambio de palabras. Ella cogió sus cosas y salió de mi apartamento como si nada. Como si no hubiéramos compartido un montón de cosas juntos en los últimos tiempos. Se marchó con tanta facilidad que, una vez hubo cerrado la puerta, llegué a preguntarme si quizás yo había inventado todo lo sucedido entre nosotros.

Por suerte o por desgracia, nada más entrar en el baño y ver su toalla de pelo olvidada y colgada justo sobre mi albornoz recobré el sentido de la realidad. Por supuesto que había sucedido algo entre nosotros. Algo increíble que, al parecer, solo había sentido yo.

30

Ryan

Me levanté de la cama después de una noche de mierda que me tuvo más tiempo en vela que dormido. Apenas conseguí cerrar los ojos, mucho menos entrar en un sueño profundo. Miré el colchón despojado de sábanas, porque en mitad de la madrugada me había levantado en un ataque de ira contra mí mismo diciendo que no podía dormir porque las sábanas olían a ella, así que las quité. Luego saqué todos los cojines del salón y, un rato más tarde, rocié mi perfume más caro por toda la habitación como un completo desquiciado. Y aun así, al tumbarme, seguí oliendo a ella, así que asumí que me había vuelto loco y desde ese día el olor de Tessa vendría conmigo y me asaltaría en los peores momentos. Podía imaginarme a mí mismo en una reunión importante intentando concentrarme y de pronto, pum, su olor.

No fui a la oficina. Mandé un mensaje a Easton diciéndole que iba a teletrabajar y me quedé en el apartamento como un cobarde, pero repitiéndome a mí mismo que no era un cobarde porque, a fin de cuentas, el autoengaño debía ir siempre por delante.

Estaba tan obnubilado, aun sin darme cuenta, que hice todo mi trabajo en la mitad de tiempo, lo que me dejó con un montón de tiempo libre que no sabía en qué invertir. Valoré dos opciones: salir a correr e intentar dejar de pensar en cosas que no me hacían bien a través del ejercicio, o ir a casa de mis padres y ver a las personas que más felices conseguían hacerme siempre. Fue una decisión relativamente sencilla porque tenía mis sospechas de que, si empezaba a correr, acabara pareciendome a Forest Gump y no supiera frenar.

Conduje hasta casa de mis padres y me bastaron veinte minutos para darme cuenta de que, ese día, ni siquiera mis personas favoritas iban a poder ayudarme a quitarme de la cabeza la mancha que amenazaba con destruirlo todo.

—¿Estás bien? —preguntó mi hermana, no por primera vez, desde que había llegado.

—Ajá.

—Pues acabas de prometerle a Sunny una fiesta de pijamas con maquillaje de adulta. El maquillado serás tú.

Miré horrorizado a mi preciosa sobrina dispuesto a negarme de inmediato, pero ella me sonreía tan feliz que solo suspiré y asentí.

—Vale, peque, pero no hoy ¿de acuerdo? no está siendo un buen día.

—¿Por qué no has traído a Tessa?

Hablando de meter el dedo en la llaga… nadie como los niños para hacerlo de un modo doloroso a más no poder

—No podía venir.

—¿Por qué?

—Estaba ocupada.

—¿Con qué?

¿He dicho ya que los niños son especialistas en hurgar en heridas abiertas? Miré a mi hermana tan desesperado que se apiadó de mí al instante.

—Cielo, cosas de mayores. ¿Por qué no vas a pedirle a la abuela un poco más de bizcocho casero?

—¿Puedo? —preguntó exultante de felicidad ante la idea de comer más azúcar.

—Sí, hoy sí.

—¡Biennnnn!

Sonreí, pero solo hasta que fui consciente de que mi hermana había hecho eso con el único fin de poder tenerme a solas. Era su presa y no pensaba soltarme fácilmente. Conocía a Scarlet.

Cuando quería algo, luchaba con uñas y dientes hasta conseguirlo y, por cómo me miraba, quería algo de mí.

—Muy bien, empieza a escupir. ¿Dónde está Tessa?

—¿Empieza a escupir? ¿Qué vocabulario es ese para una señorita?

—Ryan…

—Scarlet…

—Ha pasado algo.

—Sí, supongo.

—¿Qué?

Valoré durante unos segundos la posibilidad de ser sincero. Mi hermana Scarlet no era solo intensa y pesada como la mayoría de las hermanas. Ella era, además, una romántica empedernida, así que supuse que la confirmación de que pasaba algo entre Tessa y yo la haría saltar en el sofá, pero solo hasta que supiera el desenlace. De algún modo iba a culparme a mí de todo, eso lo tenía claro, y aun así, confié en ella. Tal vez porque ya había sido capaz de vislumbrarlo cuando estuvo en casa y me vio desesperado por quedarme a solas con Tessa. O porque hay cosas para las que parecía tener un sexto sentido en lo que se refería a mí.

Se lo conté todo. Sin detalles, por supuesto, pero todo lo importante. Nuestro acuerdo, el modo en que había ido todo como la seda y que ella se había largado el día anterior sin una buena razón.

—Bueno, hasta donde sé, tú te largaste primero por la mañana.

—Al trabajo.

—Pero mucho antes de lo que acostumbras y sin decirle nada.

—Estaba dormida. —El suspiro impaciente de mi hermana me hizo cuadrar los hombros—. ¿Qué?

—Te diré esto porque te quiero, Ryan: solo voy a hablar contigo si estás dispuesto a asumir lo que sientes. No pienso sentarme con un hombre melodramático y victimista incapaz de asimilar que está enamorado, ha salido corriendo y ahora se lamenta porque ella se ha largado.

La miré completamente boquiabierto.

—¡Yo no estoy enamorado de Tessa!

—Argggggg —gruñó ella—. ¡Claro que lo estás, idiota! Y ya va siendo hora de que lo asumas. Y de paso, asume que tienes tu propia vida.

—¿Qué? ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que llevas siete años, los mismos que tiene Sunny, preocupándote tanto de nosotras que prácticamente has renunciado a tu vida por ella y por mí. Y eso no es justo.

—Menuda estupidez.

—No es ninguna estupidez.

—¡Claro que lo es! He salido con mujeres, Scarlet. No es como si me hubiera vuelto un monje de clausura desde que nació mi sobrina.

—No has establecido ni una sola relación seria desde entonces. —La miré como si estuviera a punto de volverse loca, pero pareció darle igual—. Desde que me quedé embarazada y supe que el padre de Sunny no se haría cargo asumiste un papel que no te correspondía. Has estado siempre ahí para mí, apoyándome y ayudándome. Me acompañaste a las ecografías, al médico y hasta al parto. Y cuando supimos que Sunny tenía problemas de audición pusiste a nuestros pies tu esfuerzo y sacrificio en la empresa hasta que pudiste pagarle los implantes cocleares.

—¿Estás echándome en cara que he sido un buen hermano?

—No, hermanito. Solo te estoy dando las gracias porque siento que me faltará vida para agradecerte todo lo que has hecho, pero creo que es momento de que te concentres en tu vida. Es hora de que reúnas toda esa valentía que usaste con nosotras y la inviertas en tu propia felicidad.

—Soy feliz, Scarlet. Os tengo a vosotras, a papá, a mamá y a Easton.

—Y a Tessa.

—No, a ella no la tengo.

—Pero la quieres tener.

Apreté la mandíbula y miré al frente, solo porque odiaba reconocer que mi hermana había conseguido acelerarme el corazón al obligarme a pensar en esas cosas.

—Scarlet…

—Lucha por ella. Asume que estás enamorado y lucha por ella del mismo modo que luchaste por nosotras.

—En el hipotético caso de que tengas razón y yo esté enamorado —Scarlet gritó emocionada y alcé una mano para interrumpirla—. Ella no siente lo mismo por mí, así que toda esta diatriba puedes ahorrártela. No soy yo el que se largó ayer del apartamento.

—Te repito que tú te fuiste primero a trabajar sin decirle nada.

—¡No es lo mismo! —estallé—. Además, ella solo quería experiencias de vida. Nunca dijo que tuviera sentimientos por mí. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me suba a un caballo blanco y vaya cual príncipe a rescatarla del destino que ella misma ha elegido?

—Sí, pero sin caballo, sin ser cursi y, desde luego, sin toda esa dosis de ironía que estás usando conmigo. —Bufé, pero mi hermana me cogió de los hombros y me zarandeó con tanta fuerza, pese a estar los dos sentados, que tuve que mirarla a los ojos—. Quiero que asumas que estás enamorado de la hermana de tu mejor amigo. Y quiero que luches por ella y la convenzas de volver a tu casa y a tu vida porque estoy segura de que es el amor de tu vida. Y si escarbas en tu interior, tú también te darás cuenta de que es lo que más quieres. La pregunta no es si la amas, eso yo lo tengo claro y tú, aunque no lo quieras reconocer, también. La pregunta más bien es ¿cómo vas a conseguir que vuelva?

31

Tessa

La habitación que me ofreció Cindy era mucho mejor de lo que esperaba. Tenía un buen tamaño y contaba con todos los muebles y accesorios necesarios para vivir allí cómodamente. Además, el resto del piso también estaba genial. Era amplio, luminoso y estaba ubicado muy cerca del trabajo, tanto que se podía llegar caminando. De mi lista de requisitos, los cumplía todos, y Cindy fue muy amable desde el primer momento. Que hacía poco su antigua compañera de piso se hubiera trasladado a otro estado por trabajo y tuviera una habitación libre para mí fue un golpe de suerte inesperado; sin embargo, aunque estaba agradecida por aquello, no me sentía para nada feliz. Ni mucho menos. Todo lo contrario. Quizás porque aquella situación con Ryan se salió de control y mi corazón volvió a hacerse añicos en el proceso.

Volver al trabajo el día siguiente a la mudanza fue una tortura. Ahora entendía por qué la gente insistía en decir que enrollarse con alguien de la oficina era una mala idea. Tener que ver a esa persona incluso cuando preferirías ser devorada por caimanes es lo peor que existe.

Aun así, intenté levantar una muralla de indiferencia a mi alrededor y, cada vez que me encontraba con Ryan por un pasillo, lo saludaba con amabilidad, tragándome el orgullo y el dolor. Él se limitaba a mirarme confuso, como si no entendiera mi actitud y, lo que es peor, como si se sintiera tan dolido como yo. Sabía que eso solo era una percepción mía, pues para Ryan yo solo había sido una más en su lista de ligues esporádicos.

La cuestión es que, a pesar de sentirme desolada, intenté comportarme como una persona adulta, asumiendo la culpa de haberme enamorado de Ryan a pesar de que, desde el principio, él dejó claro cuál sería la naturaleza de nuestra relación.

Un día, Easton me invitó a comer con él y, después de haber jugado con mi plato sin apenas

probar bocado, me preguntó:

—¿Lo tuyo con Ryan ha terminado?

Sorprendida por lo directo de su pregunta, levanté mis ojos hacia los suyos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque tienes cara de culo.

—¡Eh! —me quejé—. Yo no tengo cara de culo. En todo caso, tú la tienes —dije señalándolo con el tenedor, pues lo cierto es que las ojeras le llegaban hasta la barbilla.

—Bueno, a lo que a mí me pasa se llama reformas que nunca terminan —dijo encogiéndose de hombros—. Se suponía que esta semana tenían que terminar ya con las obras, pero nos han llamado para decir que han surgido unas complicaciones. A este paso, cuando el bebé nazca aún estaremos viviendo con mis cuñados. Y si vivir en un sótano con una niña pequeña es un infierno, no quiero imaginarme cómo sería hacerlo también con un recién nacido.

—Te compadezco —dije con un asentimiento comprensivo.

—Pero no nos desviemos del tema —me miró muy serio—. ¿Qué ha pasado con Ryan? ¿Debo partirle las piernas?

Me reí un poco y negué con un movimiento de cabeza, intentando disimular mi tristeza. No quería que él lo notara y aumentar más la carga que ya llevaba sobre sus hombros.

—No tienes que romperle las piernas a nadie. Solo estábamos enrollados, y ya sabes cómo funciona esto: tarde o temprano termina.

Easton me miró muy serio, no muy convencido, pero no insistió en hablar del tema. Lo último que quería era causar un problema entre mi hermano y Ryan por algo de lo que él no era responsable. La única responsable de mis sentimientos era yo misma.

Los días siguieron pasando, implacables, y a pesar de que buscaba excusas para estar entretenida, no conseguía aliviar el dolor de la pérdida. Me dije a mí misma que era una lástima

no poder hacer lo mismo que hice años atrás, cuando decidí marcharme a la otra punta del país para dejar de verlo. O sea, podría haber buscado una empresa tecnológica en California, tenía contactos allí, pero el proyecto que estaba desarrollando en la empresa de Ryan y mi hermano me entusiasmaba y quería seguir participando en él. En ese momento, me dio por pensar que ojalá lo vivido con Ryan también pudiera ser guardado en una caja, como todos esos recuerdos materiales de antaño que almacené después de que me rompiera el corazón por primera vez. Pero en esta ocasión, los recuerdos eran intangibles. La intimidad, la complicidad, el deseo y el sexo no eran cosas que cupieran en ninguna caja de cartón. Solo me quedaba esperar a que, con el tiempo, todos aquellos recuerdos dejasen de doler.

Dos semanas más tarde, aún intentando sanar mi corazón roto, recibí una llamada de Easton mientras estaba sentada en el sofá de mi piso compartido, viendo una peli de Netflix. Cindy había salido al cine con Adler, y aunque me invitaron a acompañarles, preferí quedarme allí. Me sorprendió que Easton me llamara a aquellas horas de la noche, así que respondí de inmediato.

—¡Ya está aquí! —exclamó Easton con la respiración entrecortada. Escuché el sonido de alguien quejándose, y ese alguien estaba convencida de que se trataba de mi cuñada—. Nora ya ha roto aguas. Estamos de camino al hospital.

Grité emocionada, salté del sofá y corrí a vestirme para esperar la llegada de mi sobrinito en la sala de espera. La vez anterior me perdí aquella experiencia con el nacimiento de Marie, no iba a permitir perdérmelo esta vez.

32

Ryan

Bajé del taxi y me dirigí hacia la casa de mi amigo con la bolsa del regalo en la mano. Gracias a Dios, después de todo, los operarios terminaron las obras a tiempo para que, después del nacimiento del bebé, pudieran regresar a su hogar. Hacía una semana ya de ese acontecimiento, y si aún no había pasado a visitarlos antes, fue porque sabía que andaban agobiados y no quería contribuir aún más a ese agobio. Aún recordaba lo estresante que fue para Scarlet gestionar las visitas cuando nació Sunny. La gente tiene muy poca empatía en estos casos.

Llamé a la puerta y me mantuve a la espera con los nervios trepando por mi estómago. De alguna forma, la esperanza de que Tessa se encontrara allí me provocaba una mezcla de temor y ganas. Me daba temor verla, pero, a la vez, me moría de ganas de hacerlo. La echaba de menos, y cuando nos cruzábamos por los pasillos del trabajo, todo mi sistema se sentía desbordado por su presencia. Después de la charla con mi hermana, estaba convencido de que ella había dado en el clavo con su hipótesis: estaba enamorado de Tessa.

Puede que nos lleváramos varios años, que fuera la hermana pequeña de mi mejor amigo y que hubiéramos empezado nuestra relación a base de lecciones sexuales, pero con todo aquello nació algo más. Un sentimiento hermoso que me llenó el pecho de una calidez que lo empapaba todo y de mariposas que alzaban el vuelo cada vez que la veía. Sin embargo, no sabía qué hacer con mi descubrimiento. Amar a alguien es fácil; saber qué hacer con ese amor, no lo es.

El punto es que, cuando Easton abrió la puerta y descubrí al entrar en la casa que Tessa no estaba, me sentí decepcionado. Aun así, no dejé que mi chasco fuera visible para ellos. Los abracé, felicité y cogí al bebé en brazos, disfrutando de su suavidad. Por primera vez, mientras acunaba a un niño, me pregunté cómo me sentiría siendo padre. Nunca había sentido esa pulsión

en mi interior. Tener hijos no era algo en lo que pensara demasiado. Sin embargo… ahora las cosas empezaban a cambiar. Quizás porque, por primera vez, había conocido a alguien con quien sí podía imaginarme un futuro compartido. Alguien con quien quería madurar y envejecer.

Tessa.

Nora y el bebé se retiraron a su habitación para que pudiera descansar, y yo me quedé en el salón con mi amigo.

—¿Dónde está Marie? —pregunté al notar que la pequeña no estaba en la casa.

—Tessa se la ha llevado al parque de atracciones.

La mención de Tessa hizo que mi corazón diera una cabriola dentro de mi pecho, y Easton debió notarlo porque una sonrisa socarrona se esbozó en sus labios apretados.

—Mi hermana me contó que lo vuestro había terminado.

—Ah, sí.

—Según dijo, solo estabais enrollados y, por tanto, lo vuestro tarde o temprano tenía que terminar. —Sus palabras me dolieron. ¿Era eso lo que ella sentía? ¿Que lo que habíamos tenido solo había sido un rollo casual? Easton me miró con mucha atención—. ¿Qué opinas tú?

Chasqueé la boca contra el paladar, jodido. Era una mierda estar colgado de la hermana de Easton, porque hacía que aquella conversación fuera rara e incómoda.

—No importa lo que yo opine. Tessa decidió terminarlo y yo respeté su decisión.

Easton volvió a sonreír.

—Menudo idiota, es obvio que sientes algo por ella. ¿De verdad vas a dejarlo pasar sin hacer nada al respecto?

—Tú lo has dicho, yo siento algo por ella, pero ella no siente lo mismo por mí.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

—Si sintiera lo mismo, no se habría largado como lo hizo.

Easton puso los ojos en blanco, se levantó del sofá, entró en una de las habitaciones de la planta baja y volvió a salir de ella con algo entre las manos. Una caja de cartón. Me la tendió antes de sentarse de nuevo.

—¿Qué es?

—Ábrela —dijo con un pequeño encogimiento de hombros.

Abrí la tapa y lo que descubrí en su interior me dejó helado. Era una caja de recuerdos. La típica caja en la que guardas cosas que te recuerdan a alguien. En ella había entradas de cine, posavasos de una cafetería, una pajita, un folleto de un parque de atracciones, una hoja de apuntes de español en la que había escrito mi nombre y el de Tessa junto a un corazón y... un bote de crema de cacahuetes con papelitos dentro. Abrí el bote y empecé a leer los papelitos. Eran las notas de ánimo y apoyo que dejaba escondidas en su almuerzo.

—El otro día me llamó el nuevo propietario de la casa de mi madre para decirme que nos habíamos olvidado de vaciar el trastero. Me encargué de eso y me encontré con esta caja de Tessa. No me costó mucho comprender lo que significa.

Lo miré con la boca y los ojos abiertos. El pecho me ardía, asimilando y procesando el contenido de aquella caja.

Entonces… ¿durante el instituto Tessa se había enamorado de mí?

Intenté hacer memoria y recordé aquella tarde en la que Tessa se presentó en mi casa el día de mi cumpleaños. Yo estaba con mi novia de entonces y no supe identificar la expresión en su rostro. Pensé que estaría agobiada por los exámenes, pero ahora aquello tomaba un nuevo sentido.

Después de aquel día dijo que ya no necesitaba tomar más lecciones de español y no volvimos a coincidir hasta el día que me acerqué a su casa para despedirme de ella antes de que

se marchara a California. De alguna forma, ella se las ingeniaba para no estar en casa cuando yo iba a ver a Easton.

¡Por eso nuestro reencuentro en el aeropuerto fue tan raro! Para ella no se trataba de reencontrarse con el mejor amigo de su hermano. Era algo más. Y de ahí su comportamiento posterior. ¿Cómo había sido tan imbécil de no darme cuenta de lo que estaba ocurriendo allí?

Frustrado, me pasé una mano por el pelo, mientras intentaba contener esa noria de pensamientos caóticos.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad, amigo? —dijo Easton palmeando mi hombro—. Para Tessa lo vuestro nunca fue un rollo casual.

33

Tessa

Di un sorbo a mi segundo café del día. Estaba agotada. No conseguía dormir bien por más que intentaba hacer una rutina de ejercicio. Había empezado a salir a correr, pero nada parecía funcionar porque, en el fondo, el motivo de no dormir no era que no estuviera cansada. Estaba agotada, de hecho. El motivo, más bien, era que no podía dejar de pensar en Ryan y en lo mal que me sentía. Y tampoco podía dejar de culparme por ser tan idiota de caer otra vez en lo mismo. Estaba mucho más enfadada conmigo misma que con él, que al fin y al cabo no había hecho nada, porque nunca hizo promesas.

Aun así, cuando aquella mañana entró en la sala de descanso y me dijo que tenía que acompañarlo a un lugar, pagué mi frustración con él.

—Tengo mucho trabajo, Ryan. ¿Es indispensable que vaya yo?

Parecía decidido a lo que fuera que tenía en mente. Tenía pinta de ejecutivo resuelto y seguro de sí mismo. Y lo envidié muchísimo.

—Sí, es indispensable.

—¿No puede ir…?

—No. Nadie me sirve, salvo tú, así que venga, acábate el café y vamos.

Daba igual lo que insistiera. Conocía bien a Ryan y, además, estaba el hecho de que no podía olvidar que era mi jefe después de todo, así que me acabé el café en tragos largos y lo seguí hasta el parking. Entrar en el coche con él después de nuestra ruptura fue traumático. Recordaba todo lo que habíamos hecho ahí. Para ser exacta, no podía dejar de pensar en el día que Ryan decidió colar sus dedos bajo mi vestido pese a ir conduciendo. Para cuando llegamos a

su apartamento ardíamos tanto que por poco no llegamos a la cama.

Miré inmediatamente por la ventanilla y me obligué a dejar de pensar en ello. Estaba segura de que mis mejillas ardían. Quizás él no se diera cuenta, pero yo sabía el motivo y eso solo servía para sentirme aún más avergonzada.

Pensé que iríamos a algún lugar relacionado con el trabajo, por eso cuando Ryan aparcó frente al parque de atracciones fruncí el ceño y lo miré de inmediato.

—¿Qué…?

—Vamos.

No era una petición. Estaba tan decidido que estoy segura de que, de no haber querido bajar del coche, él me habría sacado en brazos. No entendía nada, pero decidí seguirlo porque, cuanto antes se cansara de aquello, antes podría regresar a la oficina, acabar la jornada laboral y luego ir al apartamento de Cindy para encerrarme en mi habitación y lamerme las heridas.

Eso sí, me encargué de poner mala cara en todo momento. No entendía qué hacíamos allí y, aunque dejé de protestar con palabras, lo hice con mis gestos y expresión corporal constantemente. Subimos juntos a la montaña rusa, a la noria, a unas barcas que daban un paseo y hasta me compró un algodón de azúcar. Fue ahí, con la especie de nube rosa en la mano, cuando ya no pude contenerme más.

—¿Qué se supone que es todo esto, Ryan?

—¿El algodón?

—¡Todo! Traerme aquí, obligarme a entrar, las atracciones, el algodón de azúcar. No entiendo nada. Deberíamos estar trabajando.

—Pensé que era más importante empezar a cumplir promesas que dejé atrás. —Debí mirarlo con la viva imagen de la confusión, porque sonrió y retiró un mechón de pelo de mi cara, enganchándolo detrás de mi oreja, antes de seguir hablando—. Te prometí hace muchos años

llevarte al parque de atracciones y nunca sucedió.

Fue como una puñalada en el corazón. Estaba allí mirando al hombre del que había estado enamorada desde hacía años. Y él estaba haciendo y diciendo cosas preciosas que solo contribuirían a romper más mi corazón, porque Ryan me quería, pero no del mismo modo que yo necesitaba. No era un amor romántico y aquel gesto solo hizo que mi herida se agrandara más. Lo suficiente como para que mis ojos se llenaran de lágrimas. Miré al suelo, intentando que él no lo notara y deseando recomponerme a tiempo de explicarle que tenía que dejar de hacer aquellas cosas, pero cuando alcé la vista, por fin, Ryan me esperaba con una sonrisa paciente.

—Oye…

—Mira esto. —Abrió la bandolera que llevaba y sacó un tarro de crema de cacahuetes lleno. Me lo extendió y lo cogí, sin saber bien qué hacer o decir. Tenía en una mano el algodón, en otra el tarro y la confusión nublaba mi mente. Por suerte no hizo falta porque él siguió hablando—. Lo sé todo, Tessa.

—¿Cómo? ¿Qué sabes? —pregunté con un tono receloso.

—Sé que estabas enamorada de mí en el pasado. —Pasé del recelo al pánico en apenas un segundo. Ryan sonrió, pero eso no me tranquilizó lo más mínimo—. Easton encontró una caja en vuestra antigua casa llena de cosas que guardaste.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo ha podido dártelo? ¡Debería dármelas a mí!

—Bueno, en realidad eran cosas mías o dedicadas a mí, así que creo que están justo donde deberían: conmigo en casa.

—No puedes… no puedo… —Sentí que no respiraba bien y, por primera vez en lo que iba de día, vi a Ryan preocupado.

—Eh, cielo, vamos, respira. —Me quitó el algodón de azúcar y me llevó hacia un banco, donde nos sentamos y acarició mi mano en un gesto tranquilizador que no sirvió de nada—.

Mierda, lo estoy haciendo todo mal. Quería traerte aquí, cumplir mi promesa, decirte que lo sabía todo y darte ese tarro para…

—¿Para qué? —pregunté sin dejarle acabar.

—Para que tengas un nuevo tarro en el que puedas guardar las notas que pienso darte a partir de ahora.

—¿Qué?

—De hecho, he traído la primera.

Hizo malabares con el algodón de azúcar y sacó de su bolsillo una nota que me tendió. La abrí y mis ojos se llenaron de lágrimas cuando descubrí lo que ponía. «Te quiero» en español, el idioma gracias al que empezamos nuestras primeras lecciones. Y donde me enamoré por primera vez de él.

Lo miré a los ojos y entonces lo vi: el amor, la dulzura y la paciencia. Estaba nervioso, ahora sí podía verlo, pero esperaba tranquilamente que yo reaccionara.

—¿Esto es…? ¿Es de verdad?

—Te quiero, Tessa —dijo entonces con su preciosa y aterciopelada voz—. No sé bien cuándo empecé a quererte. Pienso mucho en ello y creo que será algo que me pregunte mucho tiempo, pero sé que, desde que me dejaste, mis días son mucho más oscuros. Sueño cada noche que vuelves a casa, conmigo. Quiero prepararte un millón de desayunos, dejarte notas en el tupper del trabajo y hacerte el amor por las noches. Quiero… quiero saber si todavía puedes rescatar algo del amor que sentiste por mí. Si hay una posibilidad, aunque sea minúscula, de que me correspondas.

—¡Sí! —exclamé de un modo casi histérico. Quizás debería haber sido más precavida o debería haber tardado un poco en responder, pero es que aquello era un sueño. Mi mayor sueño hecho realidad—. Claro que hay una posibilidad. Muchas, en realidad. Ryan yo… yo te quiero.

Te he querido desde que tengo uso de razón. Eres el único hombre con el que me imagino a largo plazo.

Sus labios se estamparon con los míos con urgencia, como si temiera que me iba a arrepentir de aquello en cualquier momento. No pasaría, era imposible. Pasé mis brazos por detrás de su cuello y maldije tener el bote entre las manos, y que él tuviera el algodón de azúcar entre las suyas, porque era imposible que nos abrazáramos así.

—Vamos a casa —murmuré contra sus labios—. A la tuya, quiero decir.

—A la nuestra.

—Yo…

—Volverás a vivir conmigo. Te echo demasiado de menos, nena. Por favor, vuelve conmigo.

Mi corazón se saltó un millón de latidos mientras me reía como una tonta y asentía.

—Sí, vale, vamos a casa.

Creo que nunca vi una sonrisa tan bonita como la de Ryan aquel día mientras salíamos del parque de atracciones. Comimos un poco de algodón, pero el resto lo dejamos en una papelera y, cuando estuvimos en el coche, miré el tarro de crema de cacahuetes con una sonrisa ilusionada.

—Deberíamos darnos prisa en acabarnos el contenido. Estoy ansiosa por saber qué tipo de notas podré meter en él.

La risa de Ryan llenó el coche.

—Bueno, se me ocurre una forma muy interesante de comerla… y la probaré en cuanto lleguemos a casa.

Sonaba a promesa y, al llegar a casa, sin ropa, entre sábanas suaves y palabras susurrantes, descubrí cómo de creativo podía ponerse para cumplirla.

Y lo mejor era que estaba segura de que esa solo había una de muchas promesas por

cumplir.

Epílogo

Tessa

Madrid era bonita en fotos, pero pasear por la Gran Vía de la mano de Ryan era algo muy superior a lo que yo me atreví a soñar siquiera.

Nuestro primer aniversario como novios llegó en forma de sobre con billetes de avión para visitar España. Según Ryan, era algo que debíamos hacer, porque gracias al español nosotros estábamos juntos. Me gustaba reírme de él y decirle que, en realidad, había sido un poco más complicado, pero en esencia entendía que todo había empezado con esas lecciones, aunque las lecciones que me dio de adulta años después fueran mucho más divertidas.

Habíamos visitado Ibiza durante unos días de playa y ensueño, más tarde hicimos una parada en Barcelona y en ese momento estábamos en Madrid para acabar el tour. Desde ahí volveríamos a casa, pero estaba siendo tan especial que ya sabía que algún día querría volver con él.

—Deberíamos convertirlo en algo para hacer en ocasiones especiales, ¿no te parece?

Ryan paseaba a mi lado con una camisa blanca, pantalones holgados y unas gafas de sol con las que estaba guapo a rabiar. Me sonrió y pude imaginar perfectamente cómo se verían sus ojos tras los cristales oscuros.

—¿Cuando tengamos hijos, por ejemplo?

Paré en mitad de la amplia y preciosa avenida y lo miré con los ojos abiertos como platos.

—¿Vamos a tener hijos?

Él se colocó sus gafas de sol en la cabeza, me abrazó con cuidado, me pegó a su torso y me sorprendió darme cuenta de que todavía me temblaban las piernas cuando hacía ese tipo de

gestos o decía ese tipo de cosas.

—Vamos a tenerlo todo, Tessa. Si queremos hijos, tendremos hijos. Si queremos perros, tendremos perros. ¿Qué necesitas para darte cuenta de que solo quiero pasar el resto de mi vida contigo?

—Con que me lo digas me basta, pero reconozco que me encanta escucharlo así que podrías repetirlo a diario, ¿qué te parece?

—Me parece bien —dijo antes de besarme—. También podría hacer algún gesto, ya sabes… Esas cosas románticas que tanto te gustan.

Quise responder, de verdad, pero él se despegó de mí, clavó una rodilla en el suelo y, con el atardecer de la calle principal de Madrid de fondo, se dispuso a poner mi corazón al galope.

—Ryan…

—Te quiero. Te voy a querer siempre, Tessa. Toda mi vida —dijo en español. Estaba nervioso, se notaba, quizás por eso enseguida comenzó a hablar inglés—. Adoro despertar contigo cada mañana y dejarte notas que luego guardas en el bote que tenemos en el salón, y no hay nada que quiera más que hacer eso durante el resto de mi vida. —Sacó una cajita del bolsillo de su pantalón y la abrió frente a mí y los ojos curiosos que habían empezado a pararse alrededor nuestra—.¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! ¡Oh, Dios, por supuesto que sí!

Ryan rio y me sorprendió que pareciera aliviado. ¡Como si no supiera que estaba loca por él! Colocó la preciosa alianza en mi dedo y se levantó para abrazarme de nuevo, esta vez como mi prometido y futuro marido. ¿No era increíble?

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró antes de besarme mientras un montón de desconocidos aplaudían y vitoreaban.

—Y tú eres el mejor profesor de la historia… y el gran amor de mi vida.

Nos fundimos en un nuevo beso, pero pronto buscamos la intimidad de nuestro hotel. En cuanto entramos por la puerta de la suite Ryan me desnudó con esmero y dulzura. Hicimos el amor mirándonos a los ojos, cumpliendo promesas que ya nos habíamos hecho y haciéndonos otras nuevas.

No sabía lo que nos depararía el futuro, estaba segura de que no todo sería fácil, pero aún más segura de que, mientras estuviera a su lado, enfrentaríamos lo que fuera juntos y unidos. Quería hijos, claro que quería hijos, y mascotas, y una casa con jardín. Quería el pack completo pero, por encima de todo, quería tenerlo así, enlazado en mi cuerpo y mirándome con ese amor profundo cada noche. Despertar y saber que estaba a mi lado. Alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo y, tiempo después, mientras él dormía y yo miraba alzaba mi mano para moverla y captar el brillo de mi alianza, no pude evitar acordarme de la Tessa adolescente que pasó noches enteras llorando y creyendo que su amor era imposible.

—Lo conseguimos, preciosa —murmuré para mí misma—. Nos quedamos al chico del tarro de cacahuetes.

¡No te pierdas nada!

¿Quién no ha tenido un crush en su adolescencia? Tenía ganas de sumergirme en una historia así, en la que el primer amor no correspondido de la protagonista se acaba volviendo real, y… ¡guau! ¡Qué viaje más intenso!

Confieso que hacía tiempo que no escribía algo tan hot, y me ha encantado.

Tessa y Ryan son puro fuego y ha sido genial poder dar vida a su romance.

Esta es la sexta entrega de Manhattan in love, y estoy deseando traeros más novelas así: sexys, divertidas, spicy y ligeras. Novelas para soñar con el amor y los finales felices.

Si tú también quieres más novelas como esta, ¡deja tu comentario en Amazon! Es la única forma que tengo de saber vuestra opinión, y siempre me las leo todas. Me hacen muy feliz :).

Por último, si aún no lo has hecho, te animo a visitar https://ellavalentine.me/. Podrás descargarte gratis un relato largo si te suscribes a mi boletín, uno muy hot y cuqui.

¿Seguimos soñando juntas en mi siguiente novela?

Te espero.

Con amor,

Ella Valentine

Aquí mis redes sociales:

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También puedes seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novelas anteriores

—Serie Novios de alquiler

Novio por horas: leer aquí

Novio a tiempo completo: leer aquí

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

El deseo oculto de Mr Right: leer aquí

Seduciendo a Mr Quinn: leer aquí

Un desafío para Mr Parker: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario &

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí